La culpa dis
Fernando Garrido Baixauli
HOMO HOMINI LUPUS

La
dis**culpa**

Fernando Garrido Baixauli

Homo **H**omini **L**upus

Ilustración: «Unidentified Classroom», (1914-1918). Library of Congress Prints and Photographs (LC-H261-4837)

Quedan rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación

1.ª Edición: marzo de 2021

© Fernando Garrido Baixauli

ISBN: 979-87-2177-057-9

Contents

Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 1

«Voy a limitarme a plantear un problema; no esperen de mí una teoría perfectamente elaborada, algo para lo que, no siendo especialista en pedagogía, tampoco estaría en modo alguno legitimado. Tampoco esperen la transmisión de resultados concluyentes de una investigación empírica. Para ello habría que añadir a lo que digo comprobaciones y, sobre todo, estudios de casos individuales, especialmente en la dimensión psicoanalítica. Mis observaciones apuntan, en cualquier caso, a poner de relieve algunas dimensiones del rechazo a la profesión de maestro, que juegan un papel que, si no ha salido a la luz en la notoria crisis de la última generación, sí es, y tal vez precisamente por ello, relevante. Rozaré al mismo tiempo, cuanto menos, una serie de cuestiones que guardan alguna relación con la profesión docente y con su problemática en la medida en que las dos cosas difícilmente pueden separarse».

Theodor W. Adorno. *Educación para la emancipación*.

«Algunos profesores son tan malos como sus alumnos».

E.R. Braithwaite. *To Sir, with love*.

Capítulo 2
La ofensa

> «De haber tenido la más ligera sospecha de que alguien podría tomárselo como un insulto personal, y puesto que soy muy meticuloso con respecto a las sensibilidades de los alumnos, jamás habría usado esa expresión. Tenga en cuenta el contexto».
>
> Philip Roth. *La mancha humana*.

Los últimos muchachos se afanan en terminar sus tareas un viernes a última hora. Elías corrige a vuela pluma las líneas torcidas, los reglones dispersos y las huellas de un hormigueo ruinoso que se extiende por la página en blanco. Mientras ofrece aclaraciones espurias a dos rezagados, briznas de conocimiento que se pierden al filo del fin de semana, una sombra corpulenta colma el vano de la puerta. El director del centro, un hombre entraño en años, canas y carnes, reclama al profesor con un gesto sutil, reservado, corporativo. Elías pausa por un momento la conversación con los muchachos y se acerca a la puerta, donde el director le susurra una orden, una reconvención, una severa advertencia de mal agüero.

—Cuando termines aquí, ven a mi despacho. Tenemos que hablar. ¿Vale?

Elías asiente, asumiendo como propia la severidad del momento. Al rato suena una sirena que anuncia el final del turno en la fábrica. Los alumnos aprovechan el despiste para anclarse las mochilas al hombro y huir. Elías observa el campo de batalla, sembrado por confeti, virutas de goma, humedades de improbable identificación, amalgamas de papel manuscrito e impreso en los cajones bajo la tabla del pupitre, un par de chaquetas deportivas en el perchero, un archipiélago de mesas varadas en una deriva sin fuerza ni alma. Antes de rendirse, Elías se apresta a ordenar el caos, cerrando ventanas y subiendo sillas para favorecer el trabajo de las limpiadoras que barrerán cualquier resto de brío pubescentes.

Minutos después, el docente se derrama por las escaleras que

conducen a la planta baja, y antes de salir, recuerda el requerimiento del director. La puerta del despacho está abierta, y Elías pasa tímido sin llamar. En las estanterías que cubren las paredes, los legajos administrativos desbordan los límites de carpetas con tapas rugosas y tejuelos en el lomo para cada asunto y curso. El profesor toma asiento en esta orilla de la mesa; al otro lado, tras la empalizada de impresos, expedientes y demás burocracia, le espera José Vicente, el director, con la mirada siempre absorta en una pantalla donde refulgen reflejos y destellos. La pareja mantiene el silencio algo más de un minuto, hasta que el señor de este pazo desabrido se digna a mirarle, con gesto inclemente y expresión adusta.

—Ha llegado un correo electrónico de unos padres pidiendo explicaciones por tu comportamiento en una guardia. La tutora del grupo me lo ha rebotado. Toma.

La comunicación impresa traspasa la trinchera del escritorio. Elías coge el papel con su mano y lee por encima los detalles del correo, deteniéndose en los comentarios soeces, procaces, bruscos e insensibles que le reprochan. El profesor evita sonreír, y al negarse su misma humanidad, una extraña vergüenza le embarga.

—¿Me puedes explicar qué significa todo esto? —pregunta este mando intermedio de un centro educativo en la periferia del área metropolitana—. ¿Te dirigiste a un alumno en esos términos?

—Sí. —Elías repudia la hoja de papel; por algún motivo, concluye que debe sentirse mortificado por la exigencia de los padres y el equipo directivo, como si de pronto hubiera quedado expuesta una naturaleza tan verdadera como grotesca—. Estaba bromeando con los alumnos. Fuera de contexto, resulta difícil justificar cualquiera de esos comentarios. No sé; tal vez se me fue de las manos. En su momento, no creí que pudiera resultar ofensivo.

—Los padres aseguran que el niño llegó a casa llorando, y no dejaba de repetir que te habías cebado con él, insultándole y animando a otros alumnos a seguir tu ejemplo.

—Yo no apreció nada parecido. A ver… —Elías trata de ordenar sus pensamientos antes de proseguir. Un aguijonazo rubro tafiletea su conciencia, alterando el tañido del corazón y la firmeza de su voz—. Entré en el aula para cubrir la ausencia de una compañera. Vi en la pizarra una lista de ejercicios de cálculo que debían completar, así que pasé lista y luego di una vuelta por los pupitres, asegurándome de que la mayoría ya había terminado sus tareas. Los chavales no me conocen, porque no soy uno de sus profesores, así que, mientras deambulaba entre las mesas, empezaron a hacerme preguntas: cómo me llamaba, qué asignatura doy… Ya sabes. —El director asiente al tiempo que resopla con un suspiro de impaciencia—. Este alumno… No recuerdo su nombre.

—Nacho. Ignacio Seguí.
—Pues Nacho no dejaba de hablar, reclamando mi atención. Se levantó de la silla un par de veces, y no paró de interrumpir a sus compañeros hasta que le hice caso. Por un momento, dudé entre amonestarle o seguir su juego, y al final, viendo que estaban cómodos y que casi todos habían terminado sus deberes, empecé a bromear con él.
—El niño dice que le insultaste, llamándole, entre otras cosas… —El director se calza las gafas y busca en el correo impreso una de las referencias destacadas con letras capitales que los padres han anotado —. Aquí está… Dice que le llamaste: «niño burbuja».
Elías sonríe y niega la gravedad del motivo con un leve balanceo de cabeza, entrecerrando los ojos e inclinándose ligeramente sobre el túmulo de formularios que siembra la mesa.
—Era una broma. El chaval no paraba de reírse, igual que el resto de la clase; incluso llegó a caerse de la silla entre carcajadas. En ese momento, me di cuenta de que estaba sobreexcitado y debía calmarlo. Mientras se levantaba del suelo, bromeé diciéndole que sus padres harían bien en envolverlo en plástico de burbujas al salir de casa para evitar que se hiciera daño… Fuera de contexto, el comentario no tiene gracia, casi resulta absurdo, pero en su momento nos reímos todos.
—¿Sabías que este niño sufrió acoso y exclusión escolar durante su etapa en el colegio?
—No, por supuesto que no. Ya te he dicho que no había coincidido con los alumnos antes del martes pasado, cuando entré en su clase para cubrir la guardia.
—Por lo que la familia le ha contado a la tutora —continúa el director —, el niño revivió el trauma de las burlas en el colegio cuando sus compañeros empezaron a repetir en el patio ese mote que tú le habías puesto.
—Yo no le puse ningún mote. —Elías se detiene por un segundo, traga saliva y juzga con rigor su falta—. O sí, no lo sé. Es cierto que le llamé «niño burbuja», puede que un par de veces, pero… Lo siento; supongo que malinterpreté las señales. Los alumnos con antecedentes de acoso escolar que he conocido son, por lo común, retraídos: huyen de cualquier notoriedad para no exponerse a sus compañeros, en quienes desconfían. Este chaval quiso llamar mi atención desde el primer momento, bromeando en un tono tanto o más procaz que el mío, y dándome juego hasta que fue necesario pararle. No aprecié signo alguno de trauma vinculado a un caso de abuso escolar. Te lo aseguro. De haber distinguido algo así...
—Para eso tenemos un psicopedagogo, ¿no? —El director entrelaza los dedos de sus manos, formando una maza que humilla cualquier altanería en su interlocutor—. Para advertir estas cosas.

—Sí… Claro… Lo siento, no…
—Mira… Leyendo el correo que los padres han enviado a la tutora, se aprecia una preocupación legítima por parte de una familia que espera una explicación y una disculpa, y para zanjar este asunto, si te parece, creo que deberíamos citar a los padres para que les pidas perdón en persona. Con suerte, se darán por satisfechos y podremos pasar página. ¿No crees? ¿Qué te parece?
—Sí, claro. —Elías apenas puede pensar, y aunque una idea incómoda le reconcome, le cuesta darle forma—. Aún así… Durante todo el tiempo que compartí con este alumno y sus compañeros, estuvieron riendo en un tono desenfadado y afable. Llevo suficientes años en la profesión para advertir cuándo un alumno se encuentra a disgusto, y no era el caso de ninguno de ellos. Si hubiera siquiera intuido que estaba ofendiendo o incomodando a alguien, hubiera parado inmediatamente, les hubiera pedido disculpas y hubiera cambiado el tono.
—No importa lo que hicieras o dejaras de hacer, porque nosotros somos los adultos en el aula, y por lo tanto somos los primeros y últimos responsables de lo que sucede entre esas cuatro paredes. Le diré a la tutora que concierte una cita con la familia para que puedas pedirle perdón.
—Me pasaré por el aula, también —añade Elías—, para disculparme con este alumno y con el resto de sus compañeros, por si alguno más se hubiera sentido molesto.
—Como quieras, pero a nosotros lo que nos preocupa son las familias… —El director se incorpora y camina en dirección a la puerta, un gesto que exige de su invitado una retirada inmediata—. Elías, llevas poco tiempo entre nosotros, pero creo que ésta no es la mejor carta de presentación. A partir de ahora, espero que seas más precavido; no querría que se metiera por medio la inspección educativa o la dirección territorial.

Capítulo 3
La duda

> «En cambio, se acordó —sin que fuera su costumbre aprender por la experiencia— de algunos casos en sí poco significativos en los que, a diferencia de sus amigos más precavidos, había procedido con imprudencia, sin la menor alternativa ante las posibles consecuencias que esto le podría acarrear. Se había visto castigado por los acontecimientos. No debía repetirse, al menos no esta vez; y si se trataba de una comedia, él desempeñaría su papel en ella».
>
> Franz Kafka. *El proceso*.

Carla espera en el interior del coche, detenido en doble fila en una calle próxima al instituto. La mujer ve a su marido por el retrovisor. Las familias y los alumnos ya se han dispersado, y del tumulto sólo queda un eco difuso. Elías, tan despistado como de costumbre, otea un horizonte caótico en busca del utilitario negro de la pareja. Su mujer le reclama con un parpadeo de luces, y al fin con un leve golpe de claxon que parece sacar al profesor de su ensimismamiento.

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué sales tan tarde?

La mujer pregunta con una dulce sonrisa, y a poco que su marido se abrocha el cinturón, Carla suelta el freno de mano y se incorpora al torrente. Elías se confiesa con una broma, una gracia descafeinada a la que sigue la explicación de lo sucedido: la llamada a capítulo del director, el correo de los padres exigiendo explicaciones, el bochorno, los nervios, el pesar. Al término del plañidero soliloquio, Carla pone su mano en el muslo del profesor y le reconforta con una sonrisa y una mirada fugaz, pendiente del tráfico. Elías se siente querido, y para aliviar sus preocupaciones lleva su palma al vientre de Carla y acaricia su tripa esférica y tirante, tras la que se gesta su primer hijo. Elías se esfuerza por despejar su mente de reproches y dudas, al tiempo que se pierde en el perfil nacarado de su esposa; pero la charla con el director del centro sigue presente, y tardará varios días en dejar sitio a

otros asuntos.
Carla se descubrió desempleada a las pocas semanas de anunciar su embarazo. Habían de firmar un contrato en fraude de ley que, esta vez, no renovaron. Sin otro ingreso regular que una exigua prestación por desempleo, que espera llegue pronto, la pareja ajusta su economía a la nueva coyuntura, recortando gastos y prescindiendo de lujos en los que nunca han necesitado prodigarse. El centro comercial bulle con la derrota de compradores que caminan de un lado a otro un viernes por la tarde. En condiciones normales, la pareja huiría de esta plaga como si fuera la peste, pero he aquí que los futuros padres necesitan ciertos equipamientos básicos, y las estrecheces de su presupuesto obligan a aprovechar las ofertas de una tienda excesiva, una inmensa nave industrial con pasillos prefabricados por donde los ratones merodean en busca de su pedazo de queso. Los inmediatos padres se detienen frente a una hilera de carros para recién nacidos, e incluso se permiten agarrarse al manillar de uno de ellos, comprobando la versatilidad del vehículo en los giros y quiebros de la vida. Carla menciona el precio con rubor, y al levantar la vista en busca de su marido, lo encuentra ausente, con la mirada perdida en el interior de un moisés repujado en cuero.
—¿Estás bien?
—No dejo de darle vueltas a lo que ha sucedido. —Elías se sienta al borde de un pedestal donde se exhibe un carro de diseño barroco y precio obsceno—. Lo siento. No se me va de la cabeza.
—¿Qué te preocupa? —Carla desplaza con cariño a su esposo, posando sus nalgas en la esquina escasa que ahora comparten. Otra pareja les observa de reojo, secretamente incómodos por un comportamiento espontáneo, más propio de vagabundos que de futuros pilares de la sociedad de consumo.
—No dejo de preguntarme si acaso me pasé con aquel chaval. Ya sabes que puedo ser muy bruto, y tal vez… No sé... Bromeé con ellos, y creía que estaban relajados, pasando un buen rato, pero… No sé. Tal vez lo expuse demasiado, tal vez sus compañeros le martirizaron después, repitiendo alguna de mis tonterías. No lo sé.
—¿Notaste algo extraño durante la guardia?
—No, pero sus padres dicen que llegó llorando a casa, y parece que el chaval podría haber sufrido alguna situación de acoso en el pasado, cuando iba a la escuela.
—Esta semana entregabais las notas del trimestre, ¿verdad? —Elías asiente, confundido por el razonamiento de su esposa—. Tal vez el crío llegó a casa con una montaña de asignaturas suspendidas, y para diluir el efecto de la bronca que le iba a caer encima, exageró lo ocurrido, o incluso se hizo la víctima. ¿Qué te ha contado la tutora de este chaval?

—Nada. La tutora recibió el correo de los padres, e inmediatamente se lo remitió a la dirección para pedirme explicaciones.
—Pues… —Carla resopla, agita la cabeza y baja la mirada. Su esposo la interroga, tan ofuscado por el incidente que apenas puede leer los gestos y expresiones en el rostro de la mujer—. Si yo hubiera sido la tutora, y una familia me hace llegar una queja sobre un profesor, como mínimo habría tenido la cortesía de hablar con mi compañero y preguntarle qué había sucedido. ¿No crees?
—Apenas llevo unos meses en el centro. Todavía no me conocen, y supongo que no saben si tratan con una persona razonable o con un energúmeno. Yo soy el primero que tendría prejuicios; hay mucho imbécil en nuestro gremio, mucho pirado que se refugia en el aula por no enfrentarse a la realidad, capullos inmaduros y pequeños dictadores sin inteligencia ni habilidades sociales.
—¡Vamos! ¿Tú no lo habrías hecho, no te habrías dirigido a un colega para pedirle explicaciones, o al menos para advertirle de que había llegado una queja de una familia sobre lo ocurrido en una de sus guardias? ¿No querrías saber de primera mano qué tipo de persona es el profesor responsable de ese revuelo?
—Seguramente. No lo había pensado.
Elías sonríe a la vez que chista y resopla de forma medida, para nada alborotada, acorde a su carácter privado, tan lejos del histrionismo que pone en escena cada jornada en clase, donde irrumpe con jocoso atropello, a caballo entre la boutade de un bufón y un mercachifle de rubores zafios.
—Pues no… No lo había pensado —repite el futuro padre, con una pierna doblada sobre la otra, el tobillo diestro sobre la rodilla siniestra, el codo encajado al muslo y la mano sosteniendo la quijada reflexiva—. Mientras estaba en el despacho del director, al otro lado de su mesa, con el correo impreso entre mis manos, sólo quería volverme pequeño y desaparecer.
—Para eso sirve la puesta en escena. El director podría haberte pedido explicaciones a la salida del aula después de tu última clase, o haberte comentado el caso en un pasillo; no digo que te invitara a tomar un café, pero imprimirte el correo electrónico, con tus frases fuera de contexto resaltadas en negrita, y llamarte luego a su despacho, resulta un tanto feudal.
—¿Por qué crees que lo ha hecho así?
—No lo sé —responde sincera la mujer, al tiempo que se encoje de hombros, apoyando una mano en el muslo de su marido—. Tal vez por costumbre, o tal vez para atarte en corto, asegurándose de que cumples con cuanto se espera de ti. ¿Ha sido suya la idea de que te disculpes con los padres?
—Sí… No lo recuerdo. Puede que lo sugiriera yo… No lo sé. Creo que

fue idea mía. Bueno; si no lo fue, lo hubiera sido. Si el alumno ha pasado un mal trago a causa de mis comentarios, cuanto menos le debo una disculpa, reconocer mi error y asegurarles a todos que no se repetirá. El lunes por la mañana me pasaré por su clase después del patio y les pediré disculpas, a él y a sus compañeros, no sea que algún otro se haya podido sentir incómodo.
—Está bien —añade Carla—, pero ten cuidado.
—¿A qué te refieres?
—Cariño, ellos no te conocen, pero yo sí. El tipo bruto, malhablado, bromista y soez que han visto no es sino una careta, una fachada. En el fondo, eres una persona demasiado sensible, incapaz de que alguien a tu alrededor lo pase mal, ya sea un familiar, un allegado o, incluso, un alumno. Nunca has gestionado bien la culpa...
—Eso es un poco...
—Ya me entiendes… Cariño, discúlpate con los alumnos, e incluso con los padres si de esa forma dejas atrás este desafortunado incidente, y eso ayuda a unos y otros a pasar página; pero si lo que buscan es organizar un auto de fe a tu costa, no te prestes a ello… Con estas cosas, siempre he tenido el pálpito de que, en cualquier momento, la situación podría descontrolarse; y cuando eso ocurre son los más infelices, provistos de las mejores intenciones, quienes terminan linchados al cruzar la delgada frontera que separa el sentido común del rebuzno colectivo. Ya lo hemos visto otras veces: alguien dice algo, otro lo escucha, tal vez lo malinterpreta, lo saca de contexto, puede que incluso se ofenda, la atención a su alrededor magnifica la respuesta, nadie quiere ser menos moralista que el otro, y mucho menos peor padre, descuidando a sus hijos; la administración cubre el expediente rebotando el problema de una instancia a otra, y antes de darte cuenta, lo que se hubiera resuelto con diálogo y calma se convierte en un pulso de protagonismo fariseo.
—¿No crees que exageras?

Elías despliega cierta condescendencia hacia su esposa, a quien juzga aburrida tras apenas unas semanas sin carga de trabajo ni horario de oficina, víctima de una inactividad que el profesor envidia, él a quien nadie ha despedido por la puerta trasera, cuyo cuerpo no está siendo colonizado por un embrión en crecimiento, quien se despierta cada mañana impelido por un propósito ordinario.
—Cariño… Ten cuidado. Antes de arrojarte bajo las ruedas de un carro sin pensar, recuerda que en unos meses seremos padres.
La mujer coloca la mano de Elías sobre su tripa, cuyas formas abultadas se distinguen claramente bajo la tela de la camiseta elástica. Al final, regresarán a casa con las manos vacías. El precio de los carros resulta prohibitivo, y bien mirado siempre habrá quien pueda prestarles uno. Por suerte para ambos, la familia que han decidido

formar no precisa de accesorios.

Capítulo 4
La censura

> «CORIOLANO: Cuando dos autoridades, la una que desdeña con razón, la otra que insulta sin motivo, existen al mismo tiempo; cuando nobleza, títulos, sapiencia, no pueden concluir nada sin el *sí* o el *no* de la ignorancia general, las necesidades serias deben quedar evidentemente sin solución, y tal estado de cosas dar nacimiento a una inestabilidad frívola».
>
> William Shakespeare. *Coroliano*.

La mañana del lunes a primera hora, antes del inicio de las clases, Elías revisa los horarios de los distintos grupos, dispuestos sobre un tablón de corcho en el pasillo de acceso a la sala de profesores. Lleva todo el fin de semana dándole vueltas a una idea obsesiva; en sus paseos al alba junto a su perro, no ha dejado de repetir entre murmuraciones la disculpa que ha preparado para el estudiante afligido y sus compañeros. Mientras el profesor se dirige al aula, por su mente circulan en bucle las frases conciliadoras, el ritmo flemático y el tono próximo con el que busca calmar las aguas, recuperando la confianza de aquellos muchachos, que ni siquiera son sus alumnos, no de la misma forma que estos otros chavales a quienes vence el aburrimiento mientras se desploman sobre sus pupitres antes de que suene la sirena. Por lo común, la mayoría de profesores prefiere tener clase a primera hora porque los alumnos llegan amodorrados y apenas dan guerra; a Elías le horroriza, y por mucho que estalle en exabruptos y dé rienda suelta sin corsé al payaso que lleva dentro, no obtiene sino bostezos y caras largas, expresiones mórbidas de los mismos chavales que cinco o seis horas antes apuraban la noche frente a la pantalla de su teléfono móvil deglutiendo vídeos de factura doméstica o afilando las garras en la arena de las redes sociales. Imposible competir con el sueño, el cansancio y la lejanía de conocimientos ajenos a su universo de intereses y relaciones mediáticas.

Mientras se proyecta una imagen en la pared blanca junto a la pizarra,

Elías se desvía unos metros, merodeando cerca de la puerta, de donde llegan los ecos de las otras clases. Un colega, a quien apenas conoce, le abordó en mitad del pasillo hace unos días para verbalizar una queja, sublimada en la catarsis del enojo compartido.

—Los alumnos no saben nada, y cada curso aún saben menos —aseguró el viejo docente de cabello lacio y mirada hirsuta—. Y lo peor es que no escuchan. Les estaba explicando la diferencia entre lo público y lo privado, y uno de ellos ha tenido la desfachatez de replicarme con una frase de relleno que habrá escuchado a sus padres: «¡Quién paga manda!», me ha dicho. ¿Te lo puedes creer? Ahora son ellos los que se permiten darnos lecciones en su insensatez. ¿A dónde vamos a llegar por este camino?

Elías interpreta las voces de sus colegas, confundidas en el mismo tono monocorde que inunda de disgusto y disciplina los pasillos del instituto. «Algo no funciona», medita el docente, para sumarme al momento a esa sordina con su propia fraseología, una insulsa disertación sobre los datos representados en un diagrama de aspecto nervudo y gravidez basal, signifique eso lo que signifique, si es que acaso ha de significar algo, para él que no para sus alumnos.

Elías soporta con ansiedad el paso de las horas. Durante el intervalo entre el primer y el segundo bloque de clases, Carla le envía varios mensajes de texto, preguntándole cómo ha ido todo, si bien ese *todo* aún no ha ido, enseguida, en cuanto suene la campana y los chavales suban, tengo una hora libre y me pasaré por su clase a disculparme, he visto que hoy tampoco ha venido uno de sus profesores así que ni siquiera habré de interrumpir el desarrollo de las clases, y su tutora ya está avisada, le escribí un correo, si bien no me ha contestado, son días difíciles entre la libranza de las notas, la firma de actas y el papeleo de las evaluaciones, burocracia, parece un buen argumento, si no una excusa. Su esposa responde al hilo desflecado de mensajes breves con un rostro amoroso de labios prietos que lanzan un beso en forma de corazón palpitante. Elías se siente reconfortado en el amor de su mujer. Carla no ha sido la primera, pero sí la única. Su marido la encuentra tan sensual como insondable, pero no duda ni agradece su suerte, no se enreda en preguntas incongruentes sobre cómo o hasta cuándo. A otros hombres les arredraría batirse con una mujer más inteligente que ellos, habrá quien tema perder la belleza que pretenden suya; Carla ha conocido a algunos de esos tipos que la confundieron con un florero, una estatua enmudecida, un complemento suntuario a su masculinidad atrofiada. Elías sólo la distingue a ella, y en ella todo se disuelve y revuelve, todo se evapora y materializa, todo germina, brota, palpita, existe. Así ha sido, hasta que deje de ser; pero, mientras tanto, nada hay al margen de ella, no, imposible.

El profesor cruza el umbral de la puerta nervioso pero animado. Los chavales, sin un profesor que censure su espontánea algarabía, hablan, gritan, se abrazan, corren, ríen y se agitan. La presencia de Elías provoca una reacción de júbilo, que el docente debe contener con una sonrisa, chistando a la vez que les pide calma, algo de silencio, una mínima atención. Los alumnos acuden a sus asientos no bajo la amenaza de represalias, sino con la ilusión de cruzar bromas y chascarrillos subidos de tono con este adulto, extravagante e informal, al que tan sólo conocen por el breve encuentro de la semana anterior. «¿Estás de guardia?», preguntan varios con delirio; «¿Te acuerdas de mí?», gritan desde las primeras filas.

—¡Calma! ¡Un momento! ¡Calma! ¡A ver! ¡Culo-silla, silla-culo! Que vuestros culos y vuestras sillas se vuelvan a enamorar, como la primera vez. —Los chavales ríen, refrenando esa energía desbordante que define la pubertad—. ¿Qué tal? ¿Cómo estáis? —La claque revienta en una docena de contestaciones solapadas que forman una ruinosa confusión. Elías, de normal algo duro de oído, apenas entiende algunas palabras sueltas de cuanto le dicen—. ¡Calma! Si habláis todos no me entero de nada, y eso por no mencionar que cada día estoy más sordo.

—¿Estás de guardia? —pregunta un chaval, a quien el profesor concede la venia tras alzar la mano.

—¿Podemos bajar al patio?

—¿Podemos sacar el móvil?

—No, no estoy de guardia; seguramente, ahora vendrá algún compañero a quedarse con vosotros. —La revelación decepciona a los muchachos, que protestan a coro—. ¡Vale! ¡Tranquilos! No estoy de guardia. Tenía una hora libre y he querido acercarme a vuestra clase para hablar con vosotros de algo que sucedió la semana pasada. Veréis, quería disculparme porque…

Unos nudillos repiquetean en la puerta, y una profesora de media melena cobriza, gafas de montura encarnada y bata blanca preservando sus ropas de las manchas de tiza, reclama bajo el dintel la atención de Elías. El hombre se acerca unos pasos, no los suficientes para que la conversación entre los adultos goce de la privacidad que la recién llegada desearía.

—¿Qué tal? —susurra la mujer, provista de una escueta sonrisa—. Estoy de guardia. Ya me quedo yo con el grupo, si te parece.

—Quería hablar con ellos por un pequeño incidente que ocurrió la semana pasada. Será sólo un momento.

—Verás —insiste la mujer, al tiempo que se interpone entre los chavales y Elías, murmurando bisbiseos al oído—. La tutora nos ha llamado para pedirnos que alguno de nosotros se quedara con su grupo. —Elías se pregunta quiénes son esos *nosotros* a los que se

refiere, y al mirar a los ojos a su colega entiende que está siendo expulsado de clase con una vaga cortesía en deferencia no tanto a su condición profesional como adulta. Hay mucho de jerarquía y disciplina en este gesto y poco de cordialidad—. Creo que deberías hablar con la tutora.

—Le he mandado varios correos este fin de semana, pero no ha contestado a ninguno.

—Ya sabes cómo vamos de trabajo estos días. Tal vez, si hablas con José Vicente, el director, podréis solucionarlo. Lo siento.

La última apelación implica su salida, un gesto de violencia simbólica tras la sonrisa. Elías se pregunta qué detalles del incidente, que le ha traído esta mañana aquí, conoce su colega; qué apostilla, qué conjeturas, qué juicio. Derrotado en su pobre determinación, el profesor sonríe a los muchachos y se prepara para cruzar la puerta. Al verlo marcharse, los alumnos protestan decepcionados, y en ese momento de leve indisciplina, su colega se metamorfosea en un halcón implacable, látigo en ristre, dispuesta a imponer su voluntad como única ley, única verdad, única certeza posible.

—¿¡Qué significa esto!? ¿¡Quién quiere marcharse a casa una semana con un parte rojo de expulsión!? ¡A mí no me pagan por ejercer de policía, así que sacad todos los libros de texto y completad los ejercicios de la lección que estuvisteis viendo el último día! ¡Vamos! ¿¡Qué acabo de decir!? ¡Vamos!

Antes de retirarse, Elías vuelve la vista hacia los alumnos que ya no le observan ni reclaman, los mismos chavales que minutos antes apenas conseguían gestionar su emoción y que ahora obedecen sin rechistar. Por un momento, Elías busca con la mirada al estudiante agraviado por sus comentarios, pero la expresión fulminante de su colega en lo alto de la tarima le convence de que debe renunciar a cualquier propósito. Ya en el pasillo, a poco que cierra la puerta tras de sí, Elías se ve invadido por una profunda desazón que no le abandonará a lo largo del día.

Capítulo 5
La reunión

> «A lo mejor no existen los adultos, sino que sólo son como nosotros, pero con más años. A lo mejor están igual de perdidos».
>
> Belén Gopegui. *Deseo de ser punk*.

Silencio. Un mutismo incómodo colma la estancia. Apenas se escucha la respiración de las cinco figuras. Los conserjes han ordenado las mesas componiendo el dibujo de una herradura. En la cabecera, el director y la tutora; a su diestra, cerca de la puerta, la madre y la abuela; a la izquierda, con el torso aureolado por un ventanal que da al patio, Elías, el penitente, el jorobado que se humilla y mastica una disertación ensayada durante días. Persiste el silencio. La habitación recibe el nombre de «Aula de Convivencia», y es aquí donde derivan a los estudiantes díscolos que molestan en clase. La educación es un campo abonado para el eufemismo. Al castigo, clausura y destierro se le denomina *convivencia*, de la misma forma que a los alumnos incapaces de alcanzar los objetivos de producción se les considera *adaptados*; los tullidos se desenvuelven con una *movilidad reducida*, y una clase con media docena de nacionalidades que apenas confluyen en un idioma común es un ejemplo de *diversidad*; los energúmenos que vandalizan el mobiliario y amenazan a compañeros y profesores son *disruptivos*, mientras que los indolentes que dormitan en una nube de marihuana o hachís en las últimas filas son *objetores*, no confundir con los *absentistas* a quienes no se les espera ni desea, ni los muchachos con enfermedades mentales y carencias en su desarrollo intelectual de quienes se valora su *socialización positiva*; a los críos que no saben o no quieren hacer la O con un canuto se les pone a mover la tierra azada en ristre, y a eso se le denomina *formación básica*; en los *ambientes desestructurados* se viven dramas que harían llorar a las piedras, pero que a nadie interesan si no es como alcahueteo; y cuando causa rubor mantener a un adolescente rodeado de niños a los que saca varios años y cabezas de altura se le impele a continuar sin base ni

motivación en virtud de una *promoción automática*. Los docentes subliman sus miserias en terapias de grupo conocidas como *evaluaciones*, y a los soliloquios de los equipos directivos, donde se informa del fárrago burocrático que entorpece cualquier pedagogía, se les bautiza con el pomposo apelativo de *claustros*. Los profesores son considerados *unidades*, lo que provoca en Elías el recuerdo evocador de Primo Levi y las *piezas* confinadas en Auschwitz, salvando las distancias entre aquellos reos deshumanizados en proceso de exterminio y estos profesores que merodean por pasillos y aulas, arrastrando en ocasiones una existencia de sueños rotos: músicos, investigadores, artistas, eruditos, escritores, deportistas frustrados que abrazan el término *profesor* también ellos como un eufemismo. En vista del nauseabundo decoro que impera en este universo, Elías teme que la disculpa que le han demandado no sea sino un *auto de fe*, como vaticinó su esposa, siempre un punto más sagaz que él.

—Creo que deberíamos empezar —musita el director, con un hilo indeciso de voz—. Ha pasado casi una hora.

—Sí —acepta la madre—. Mejor empecemos. Lo siento.

Las últimas palabras dejan un regusto amargo a decepción en la mujer, que incluso retuerce sus facciones. Hace meses que se separó de su marido, y aún sigue disculpándole ante los demás, como ocurría cuando estaban juntos. Inés dirige una mirada fugaz a su madre, sentada en el pupitre adjunto; la abuela mantiene el rictus severo de perro de presa con el que se ha vestido desde que salieron de casa, como si hubiera de armarse de rencor para ir a conocer al maestro que se atrevió a vejar a su nieto, que quebró su entereza y le hizo llorar. Inés se pregunta por qué ha traído a su madre, y la respuesta es la existencia ausente de un marido en pie de guerra, un padre que ha decidido omitirse de la vida de su hijo, el niño que en el tránsito a la pubertad se aleja entre el rencor y la inercia, de su madre y de sí mismo, o al menos de su mejor ángel, de aquel crío alegre que hace apenas un parpadeo martirizaba al chucho de la familia tirándole de la cola y las orejas, entre palmadas y gritos eufóricos a falta de un verbo trabado.

—Elías, si le parece…

El docente acepta la palabra que el director le concede; después traga saliva y encara a las dos mujeres que le escrutan, indignada la más vieja, apesadumbrada la más joven. Lleva días de ensayo, y cuanto teme es trastabillar, arruinando el esfuerzo íntimo de su contrición, hasta ahora aplazada en vísperas del encuentro con la familia de… ¿Cómo se llamaba el crío? La memoria le juega una mala pasada, y por un momento sus labios tiemblan, transmitiendo una indecisa reverberación a sus palabras.

—Buenas tardes. En primer lugar, querría disculparme por cualquier

agravio, desazón u ofensa del que haya podido ser causante, tanto en su hijo como en los compañeros de su clase. Al margen de las explicaciones que querría compartir con ustedes, reitero mis más sinceras disculpas, y les aseguro que no fue en ningún caso mi intención provocarles malestar alguno. Por supuesto, en cuanto la tutora del grupo lo considere oportuno, me pasaré por el aula y me disculparé en los mismos términos con su hijo y con el resto de estudiantes.

Elías dirige una mirada servil a su colega, quien no se ha dignado a contestar ninguno de sus correos electrónicos, esquivándole en el ajetreo del día a día, hasta que hoy, por fin, se han conocido. Viéndola en la silla auxiliar que acompaña al trono del director, rígida como una estaca, con el cuello estirado, los codos sobre la madera y las manos apuñadas en un solo ovillo, Elías recuerda las palabras de su esposa y entiende como obvio el carácter advenedizo de su colega y la soledad que se cierne sobre sus espaldas. A instancias del director, el docente se propone continuar con su argumentación. Los rasgos de la madre parecen haberse suavizado, pero tal vez no es sino cansancio, puede que disimulo.

—En cuanto a los comentarios que su hijo reprodujo, me temo que debo admitir haberlos proferido, si bien le rogaría que me permitiera explicar el contexto en el que… Hace un par de semanas, durante mi turno de guardia, entré en esta clase para cubrir la ausencia de uno de mis compañeros. Al poco de presentarme, los alumnos me informaron de que era la segunda hora consecutiva en la que no tenían profesor, y que casi todos habían completado las tareas de matemáticas que les habían encomendado: una relación de ejercicios del libro de texto anotados en la pizarra.

—Permítanme decirles que dichas ausencias estaban justificadas por causas de fuerza mayor —apostilla José Vicente—. No nos gustaría que se llevaran una impresión errónea sobre el funcionamiento de nuestro centro… Elías, puedes continuar.

—Sí… Decía que los alumnos me informaron de que habían terminado los ejercicios, así que intercambié varias frases de cortesía con el grupo, y mientras algunos estudiantes me formulaban preguntas personales, movidos por la curiosidad, fui pasando por las mesas para comprobar que, efectivamente, casi todos habían hecho sus deberes.

Elías percibe un regusto agrio mientras justifica su profesionalidad, su eficiencia, su cuidado por el método; pero han pasado más de dos semanas y el detalle de los recuerdos se desdibuja, se embrolla, se confunde. ¿Pasó por entre las mesas comprobando quién había completado aquellas tediosas series aritméticas o bien es todo cuanto se espera de él, cuanto debe figurar como evidente en una disculpa que suena a excusa? Elías no tiene paciencia para los sermones

montañeros ni para el mecanicismo estructurado de las enseñanzas plúmbeas. Cuando impele a sus alumnos a completar un ejercicio, concibe unas instrucciones repletas de límites a los que más tarde renuncia: ¿qué importa la extensión de las composiciones, la caligrafía tensa, la nitidez de las líneas y párrafos, los plazos de entrega? El docente, anárquico en su pasión y confuso en el mapa de direcciones, no suele revisar libretas ni formularios, por lo que resulta difícil que lo hiciera aquella vez; pero eso es cuanto la familia y el equipo directivo quieren escuchar, que la persona al frente del aula conoce la fórmula que garantiza el aprendizaje, el orden, la excelencia obediente, la multiplicación de los panes y los peces. Elías se juzga un farsante, el peor equipaje para lo que resta de trayecto.

—Desde que entré por la puerta —prosigue el profesor en su descargo —, su hijo intervino insistentemente, reclamando todo el protagonismo, así como mi atención, con una verbosidad irreductible. Llegados a este extremo, y viendo que no paraba, interrumpiendo con preguntas y comentarios más o menos fuera de lugar, entendí que tenía dos opciones: armarme de un tono severo y exigirle que completara los ejercicios, en su caso pendientes, o bien entrar al juego que me proponía, bromeando con él y contribuyendo al clima distendido que reinaba en el aula. —Elías respira aliviado cuando la madre baja la mirada. Un extraño remordimiento le corroe, el espejismo de una traición, un rastro de hipocresía que su conciencia no puede permitirse, pero que tampoco le frena—. Opté por la segunda alternativa, dado que los chavales parecían relajados y lo estaban pasando bien. Bromeé con su hijo durante algo más de diez minutos, y en ningún momento aprecié que él o sus compañeros se sintieran incómodos; todo lo contrario. Durante la guardia, su hijo estuvo riendo, contó anécdotas de lo que llevamos de curso e historias de los años en Primaria, cruzando bromas y réplicas tanto conmigo como con sus compañeros. Al paso de los minutos, me di cuenta de que su discurso se volvía errático y cada vez más procaz, a lo que yo contribuí empleando expresiones que, reconozco, pudieron ser incluso soeces. La situación llegó al extremo de que, en respuesta a una de mis bromas, su hijo se cayó de la silla entre risotadas; de ahí que recomendara que le envolvieran con plástico de burbujas antes de salir de casa para que no se hiciera daño al darse de bruces contra el suelo.

—Usted llamó a mi hijo «niño-burbuja» —afirma Inés, la madre que por un momento parece haber recuperado la memoria de los reproches pendientes.

—Sí… Eh… Fue una tontería que se me ocurrió después de que cayera de la silla. No tenía intención de…

—Mi hijo regresó a casa llorando porque durante el resto del día sus compañeros no dejaron de meterse con él, repitiendo las cosas que

usted le dijo, como lo de «niño burbuja».
—No sabe cuánto lo lamento. Le aseguro que…
—¿Sabía usted que mi hijo sufrió acoso en el colegio el curso pasado?
—Elías lo niega con un gesto, guardando silencio por no interrumpir a la mujer, que contiene la emoción al tiempo que mira de reojo a su madre, a su lado, rigurosa antes que compungida—. El curso pasado, mi hijo volvía a casa cada tarde, deshecho en lágrimas, igual que el otro día. ¿Sabe lo que nos costó convencerle para que empezara en septiembre y no perdiera clases? Mi hijo no quería salir de casa; sólo con mencionar el instituto, se echaba a llorar.
—No tenía ni la más mínima idea. En realidad, ni siquiera soy profesor de su hijo. El día de la guardia fue la primera vez que coincidía, tanto con él como con sus compañeros.
—Razón de más para ir con cuidado.
Las palabras de la tutora despiertan de su letargo contrito al profesor, quien mira a su colega con rabia. Elías lleva dos semanas detrás de esa mujer apergaminada que corrió a vomitar las quejas de alumnos y familias sobre el escritorio del director, la misma compañera que ha dado instrucciones para que el docente arrabalero no entre en el aula de su grupo sin una pudorosa escolta. Elías siente un ardor que sube desde su estómago hasta la garganta, dejando un resabio a bilis que debe apaciguar.
—La… La dirección del centro me indicó que su hijo había sufrido episodios de acoso y exclusión en la escuela, en… en cursos anteriores, quiero decir… y… puede que mis comentarios, incluso mi tono… Yo… Les pido de nuevo disculpas —recita Elías, como si leyera una nota manuscrita, a la que imprime sentimiento—. Erré por completo al juzgar la situación. No supe advertir ningún signo de esos antecedentes. En mi limitada experiencia, los alumnos que han sufrido acoso suelen ser por lo común retraídos, huyendo de cualquier protagonismo para evitar convertirse en el foco de nuevas vejaciones. Su hijo se mostró durante la guardia, en todo momento, como un muchacho abrumadoramente locuaz y extrovertido, reclamando mi atención una y otra vez.
—¿Qué quiere decir eso de «abrumadoramente locuaz»? —pregunta la abuela, que hasta ahora no había abierto la boca.
—Quiero decir que… Bueno… No paraba de hablar. Cuando se cayó de la silla me di cuenta de que estaba sobreexcitado, así que dejé de prestarle atención y me dediqué a bromear con otros alumnos, e incluso entonces, no dejó de interrumpir, una y otra vez.
—Nacho lleva mal el divorcio. —Inés se rinde a la evidencia—. Su hermano es más pequeño y no se entera, pero Nacho…
—Lo siento mucho —continúa Elías—. Durante toda la guardia, no aprecié el más mínimo signo de incomodidad o disgusto, por parte de

Nacho o de cualquiera de sus compañeros, hacia ninguna de mis pullas o bromas. Por las risas y comentarios, me pareció que todos comprendían el carácter cómico de mis palabras. Le aseguro que, en el caso de que hubiera advertido cualquier signo de molestia o desafección, por ínfimo que hubiera sido, habría cambiado de registro. Lo único que buscaba era que los chavales estuvieran bien.

—Le creo.

—Llevo quince años dando clases y es la primera vez que…

En ese momento, la puerta se abre y Elías enmudece, como si la intromisión le hubiera sorprendido en un momento de sinceridad espontánea. El docente recuerda la admonición de su esposa embarazada, reclamándole prudencia en vísperas del alumbramiento que les convertirá en una familia. El padre del muchacho agraviado hace su entrada de forma tajante. El hombre toma asiento en la cabecera al final de la herradura, y sin disculparse ni saludar, lacera con su mirada al desconocido que, por la disposición de los actores en el escenario, debe de ser su presa, piensa el padre, un ejecutivo de mediana edad cuyo semblante, vestuario y complementos transmiten una idea precisa e inexcusable: «No tengo tiempo que perder con estupideces como esta reunión».

—¿Es usted el profesor que insultó a mi hijo?

—Señor Seguí, éste es…

—¿Es usted? —El padre interrumpe al director y carga inmisericorde contra Elías, a quien apunta con el dedo índice—. ¿Es usted el profesor que llamó a mi hijo «niño-burbuja»?

—Sí, pero, como he explicado hace un momento…

—Yo no estaba hace un momento, pero sí que estoy ahora. Dígame, ¿es usted…? —El hombre trastea con la pantalla de su teléfono móvil, hasta dar con el correo electrónico donde se detallan las ofensas referidas por su hijo el día que regresó del instituto licuado en lágrimas y mucosidades—. ¿Dijo usted que debería ahogar a mi hijo bajo el agua?

—Por supuesto que no. Dije que no se callaba ni…

—Y se refirió usted a su hermano pequeño.

—Uno de los alumnos mencionó que Nacho tiene un hermano e hice una broma estúpida, pero…

—¿Y a usted quien le ha dado permiso para hablar de mi familia?

—Esa no fue mi…

—Usted no es nadie para hablar de mi familia, y mucho menos para dirigirse en esos términos a mi hijo.

—Si me permite…

—No, no le permito.

—¿Cómo dice?

—Que no le permito nada. Yo no tengo que permitirle a usted nada,

porque no tengo nada que hablar con usted.
—Ignacio —interviene Inés, en un intento fútil de que su marido entre en razón—, este hombre se estaba disculpando…
—Tampoco quiero sus disculpas.
—Entonces, ¿qué coño quiere de mí? —estalla Elías, harto al fin.
—Para empezar, que no se atreva a emplear ese tono conmigo. Yo no soy un crío de doce años a quien puede acojonar o de quien puede reírse.
—¡Por el amor de Dios! —Elías se reclina sobre el respaldo de su asiento, dirigiéndose al director del instituto. José Vicente no le devuelve la mirada.
—Quiero hablar con ustedes —sentencia el padre, llamando la atención de los burócratas en la cabecera de la herradura—, y quiero que esta persona salga de la habitación.
—No pienso irme a ninguna parte. ¡Por el amor de Dios! Son ustedes quienes me han pedido que venga para ofrecerles una disculpa y una explicación, ¿y ahora quiere que me marche?
—Quiero que esta persona se vaya de aquí —insiste el padre ofendido, señalando a Elías sin mirarle siquiera—, o de lo contrario volveré mañana con mi abogada. ¡Ya es la segunda vez que mi hijo es discriminado este curso! En la ocasión anterior, traté de ser razonable y no alterarme, pero no voy a permitir que me tomen por imbécil y esto se convierta en una rutina.
—Nada más lejos de nuestra intención —responde el director.
—Lo que ocurrió el mes pasado fue un malentendido —se adelanta a puntualizar la tutora, especialmente servil—. Desde entonces, todos los profesores han sido informados de la condición de Nacho y tienen instrucciones de permitirle ir al baño tantas veces como lo necesite, y siempre que lo pida.
—Oiga, yo…
—¡He dicho que no quiero hablar con esta persona! —El padre disgustado interrumpe a Elías con brusquedad—. ¡Díganle que se marche ahora mismo!
—¿Llega usted casi una hora tarde y ahora exige que me vaya?
—Elías —dice el director, indicando a su subalterno que salga del aula con el movimiento de su mano derecha, como si fuera un alumno *disruptivo* en el curso de una clase de Valores Éticos—, por favor. Ya lo discutiremos después tú y yo.
—¿Hablas en serio? ¡No me jodas!
—Elías.
—¡No me digan que se atreven a dejar a esta persona al cuidado con nuestros hijos! —apuntilla el padre.
—Mira, imbécil…
—¡Elías!

El director se pone en pie, y con voz firme y decisión inflexible expulsa al profesor del aula, acompañándole hasta la salida mientras la *unidad* sediciosa saca a relucir ese lenguaje procaz, ese temperamento volcánico, esa intolerable impetuosidad sobre la que cae el telón de la puerta cerrada en sus narices. Desde el otro lado de la madera, Elías escucha una última frase del señor Seguí, el padre de Nacho, quien eleva la voz para que todos escuchen: «Disculpas… Menos mal que he llegado a tiempo. Si fuera por mi mujer...». Lo que sigue es un barullo de reproches que descargan como el estruendo del granizo sobre la chapa de los coches aparcados en la calle un día de tormenta. Elías camina por el corredor, y cuando llega a un banco junto a las escaleras, se deja caer abatido, se lleva las manos a la cabeza y se mortifica con el reproche de su estupidez.

Capítulo 6
La calumnia

> «Aquí todos somos culpables e inocentes. Peor, mucho peor, fue lo que hicieron los soldados que nos vigilan, y hasta ésos podrán alegar la mayor de todas las disculpas: el miedo».
>
> José Saramago. *Ensayo sobre la ceguera.*

C

amino del coche, Inés masculla improperios, sin percatarse de que ha dejado atrás a su madre. La mujer se detiene junto a la puerta del vehículo, deja el bolso sobre el capó, apoya las manos en la carrocería y se inclina hacia el frente, permitiendo que, al caer entre sus brazos, la melena azabache oculte su rostro al borde del llanto. Al escuchar a su madre, Inés se incorpora, con los ojos perlados de lágrimas.

—Jodido payaso de mierda.

—¡Hija, por favor! Ya sabes que no me gusta que uses ese tipo de lenguaje. No está bien.

—Ha llegado una hora tarde, pero no ha perdido ni un segundo en abroncarnos a todos… Payaso.

Inés busca en su bolso la llave del coche; sus manos tiemblan, y no acierta a gobernarse en esas procelosas aguas con los torpes movimientos de sus dedos agitados.

—No creo que debas conducir en ese estado —advierte la anciana—. No creo que estés para…

—Tengo que volver a casa. He dejado a los niños con Verónica. No puedo llegar tarde; la chiquilla tiene instituto mañana.

—Cariño —insiste la mujer, esta vez con un tono más dulce—, ¿por qué no nos tomamos algo en ese bar de la esquina? No tardaremos mucho. Después, si quieres, en vez de dejarme en casa, te acompaño y me quedo con mis nietos mientras llevas a Verónica en coche. ¿Qué te parece? —Inés reconoce en su pulso trémulo una razón evidente para aceptar—. Será sólo un momento.

La pareja cruza la calzada en dirección a un bar. Inés no es dueña de sí misma; sus músculos, sus articulaciones, su decisión pertenecen a la

adrenalina que galopa y golpea, inclemente, corrosiva. Le ocurre siempre que discute con el que fuera su marido, y se odia por ello: por no saber dominarse, como si aquello fuera una opción; por admitir esa beligerancia que no querría concederle; por seguir legalmente casada a la espera de resolver los entuertos judiciales que les mantienen unidos contra su voluntad.

Las mujeres se sientan en una mesa de plástico uniforme y rígido. La anciana pide infusiones para ambas, pero su hija rectifica la orden, cambiando una de las tilas por una copa de vino blanco, si es que tienen alguna botella abierta. Su madre le recrimina con expresión severa que beba alcohol, y no tanto porque luego vaya a conducir, ni siquiera porque deba hacerse cargo de sus hijos, sino por viejos reproches morales, por la falta de decoro y las habladurías.

—¿Te encuentras bien? —La anciana alarga la mano para retirar los dedos de la boca de su hija, quien, inconscientemente, ha empezado a morderse las uñas.

—Lo siento. Ese cabrón me saca de quicio.

—Inés, por favor.

—Lo siento —repite la mujer, mientras se mesa el pelo con exceso de garra—. Cada vez que lo veo, se me revuelve el estómago. ¡No sé cómo lo hace, pero siempre consigue avergonzarme!

—Cariño… —Llegan las bebidas, y mientras el camarero las sirve, la anciana guarda silencio, siempre cortés y reservada—. Inés, debes calmarte.

—No puedo. No quiero volver a verle en mi vida.

—Tenéis dos hijos en común, así que…

—¿Te das cuenta de cómo le ha hablado a ese pobre hombre? —alza la voz Inés, con un discurso errático que desconcierta a su madre, presa de un juicio distinto.

—¿A quién? ¿Al maestro?

—Sí —certifica la mujer, apurando la copa casi de un trago—. ¿¡Y has visto cómo no pierde oportunidad de amenazar a todos con su abogado!? ¡Payaso!

—Bueno, parte de razón no le falta.

—¿Cómo dices? —Inés sale confundida de su ensimismamiento empalagoso.

—El hombre ese, el maestro… Insultó a Nacho en clase, ¿no?

—Y se ha disculpado por ello.

—Ya, pero… Eso no está bien, y no puedes dejar que nadie insulte a tu hijo así.

—Mamá… Nacho no es un niño fácil, ya lo sabes… Seguramente, sacó de quicio a su profesor, interrumpiendo con idioteces, como siempre hace; y el hombre le respondería soltándole alguna burrada, eso es todo. No creo que sea para tanto.

—¿No lo crees? Inés, Nacho es tu hijo.
—¡No me digas! —explota la mujer, ofendida por lo que interpreta como un reproche—. Y porque es mi hijo soy consciente de que puede llegar a ser un grano en el culo.
—Inés…
—Nacho es quien está sufriendo más el asunto del divorcio. Su hermano aún es pequeño y no se entera, pero para Nacho ha sido traumático ver cómo su vida, sus rutinas, todo cambiaba, y nos lo está haciendo pagar. Ese rollo de la incontinencia urinaria, por ejemplo, no es más que una forma de tenernos dominados, de dejar claro quién manda. Estoy preocupada porque se nos está yendo de las manos, y como su padre es incapaz de sentarse a discutir estas cuestiones como un adulto y formar un frente común junto a mí, Nacho aprovecha para subirse a nuestras barbas.
—No es eso de lo que te estaba hablando. —Inés mide su desconcierto, a la vez que apura el contenido de su consumición y pide una nueva ronda—. No deberías beber tanto.
—Es sólo una copa de vino. —El camarero trae esta vez la botella, escanciando hasta las últimas gotas del líquido turbio—. ¿Qué me estabas diciendo?
—Inés, una madre debe ponerse siempre del lado de sus hijos, no importar lo que hayan hecho... Y más aún en una situación como la tuya.
—¿Qué quiere decir eso de: «una situación como la mía»?
—Hace menos de seis meses que te separaste…
—¿Y qué tiene que ver mi divorcio con lo que estamos hablando? Confundes las cosas, mamá.
—Hija… —La anciana se detiene un segundo para componer las frases, renglones abstrusos que no siempre se ajustan a sus deseos, a sus intenciones—. Tal vez confías demasiado en esa abogada tuya. Si tu marido quisiera llevarse a los niños…
—No digas tonterías. —Inés se lanza a beber con rabia—. Ignacio no quiere la custodia de los niños. Para él, sus hijos siempre han sido un estorbo. Lo único que a Ignacio le preocupa es su trabajo, y salir a correr todos los días, comer sano y mantenerse hecho un pincel. No he conocido a nadie más egoísta en mi vida.
—Creo que te equivocas. Tú eres quien se fue de casa, quien le abandonó, y aunque Ignacio no quiera cerca a sus hijos, si quitándote la custodia puede hacerte daño, no dudes que lo hará. ¿No te preocupa lo que puedan pensar los demás, lo que dirán de ti: que te dejas convencer y agachas la cabeza delante del maestro que ha insultado a tu hijo; y lo que opinarán de tu marido, que ha puesto firme al director del colegio? ¿Qué comentarán las otras madres?
—Me importa una… Sí… Me importan una mierda los chismorreos de

un montón de mujeres amargadas que sólo respiran con alivio después de empaquetar a sus hijos en la escuela a primera hora de la mañana.
—Pues debería importarte. Imagina que les preguntan si eres una buena madre. ¿Qué crees que dirán de ti?
—¿Quién iba a preguntar a…? Estás… Mamá, no… —Inés llama con un gesto al camarero, requiriendo la cuenta—. No sabes de lo que estás hablando.
—Hija. —La anciana agarra la mano de Inés, con firmeza a la vez que dulzura. El gesto viene acompañado de cierto dramatismo, incómodo para ambas mujeres—. A los padres se les valora por lo que hacen; a las madres se las juzga por lo que dejan de hacer. No lo olvides nunca.
La oscuridad tiñe las horas tempranas de la tarde en estos meses de invierno. Inés se despide con un beso al dejar a su madre a las puertas del edificio de apartamentos donde vive desde que llegaron a la ciudad hace más de treinta y cinco años. Ya en casa, la mujer carga en el coche con sus dos hijos y con la niñera, una adolescente con mechas moradas, a quien conduce de vuelta junto a sus padres. De regreso, Inés para en un restaurante, resolviendo de forma casi milagrosa el trámite de la cena. Mientras esperan en el vehículo a que les entreguen las bolsas de papel con la comida rápida y grasienta, una mala conciencia picajosa rasguña sus sienes. Los chavales disfrutan pringándose en el asiento trasero del utilitario; los jugos de las hamburguesas caen por sus dedos, multiplicadas las falanges por la adición de un buen puñado de patatas fritas. Inés mira de reojo, temiendo que alguien pueda verlos allí, en el aparcamiento a medio gas del centro comercial, frente a la salida de un hipermercado por donde los compradores de última hora deambulan entre el zumbido de los neones. Las palabras de su madre pesan, y sin meditarlo con sesuda resolución, la mujer blande su teléfono y rastrea entre las distintas aplicaciones hasta dar con un servicio de mensajería. Las madres del grupo mantienen un foro activo desde los tiempos en que sus hijos iban al colegio. Inés ha visto desfilar por este mentidero toda suerte de banalidades y polémicas: discusiones en torno a detalles de vestuario para las fiestas de disfraces, agendas actualizadas de deberes escolares, avisos neuróticos sobre eventos, actividades y excursiones. Este foro tiene su prolongación en el café y almuerzo que, de nueve a once, algunas madres mantenían como costumbre inveterada, y que en los días del instituto se ha vuelto algo más exótico. En uno y en otro se chismorrea, se despotrica, se trivializa lo relevante y se alcanza el paroxismo de la estupidez contemplativa y orgullosa. Y al caer en la cuenta de estos detalles, Inés ve en el foro un medio ideal para su redención, por lo que no duda en comenzar a escribir una cadena de mensajes escalonados.
«Chicas, ¿cómo va todo?»

«Disculpad que no os haya dicho nada desde que empezó el curso, pero la vida no me da para más»
«Salgo ahora de una reunión en el instituto, y quería contaros algo que creo deberíais saber»
«Hace un par de semanas, Nacho llegó a casa llorando»
«Le pregunté qué había pasado, y me contó que esa mañana había entrado un profesor de guardia en la clase de nuestros hijos y se había metido con él»
«El profesor dice que sólo bromeaba, pero le insultó varias veces, empleando un lenguaje soez, con comentarios subidos de tono que no creo adecuados para niños»
«Cuando Nacho me lo contó, le pedí explicaciones a la tutora, y hablé con el director»
«Esta tarde me he reunido con el profesor y se ha disculpado»
«El director me asegura que este hombre no volverá a entrar en la clase de nuestros hijos, pero en cualquier caso he creído que debíais estar al corriente de lo ocurrido»
Inés observa la pantalla estática unos segundos antes de abandonar el teléfono móvil sobre el salpicadero. Los chavales ya han terminado de cenar y es hora de ponerse en marcha. El coche merodea entre el tráfico que languidece. Al llegar a casa, los pequeños corren hacia el portal. Mientras cruza la calle, Inés ilumina la pantalla del móvil, e inmediatamente salta un aviso que le informa de que tiene setecientos diecinueve mensajes sin leer.

Capítulo 7
La consulta

> «La locura ataca a los que solo piensan todo el tiempo en sí mismos. La demencia es el castigo del egoísmo».
>
> Elias Canetti. *Auto de fe*.

El aire polar se cuela bajo las perneras de los pantalones cortos de deporte. El muchacho camina dos metros por detrás de su padre. Desde que salieron del coche, el adulto no deja de toquetear la pantalla del móvil, y cuando de reojo se percata de que su hijo le sigue, alza la voz sin apartar la vista del hipnótico aparato.

—¡Haz el favor de subir a la acera!

Nacho se ajusta a la espalda la mochila con el equipamiento de fútbol, y en el primer encuentro entre vehículos aparcados, se cuela entre las carrocerías de los coches y sigue la senda de adoquines. Se supone que su padre debía llevarle al entrenamiento, como cada lunes, miércoles y viernes, pero en vez de eso, el hombre ha conducido su monstruoso todoterreno hasta una zona de oficinas cerca del centro, por donde ahora callejean sin brújula. Don Ignacio Seguí aprieta el paso, se lleva el auricular del móvil a la oreja y arranca una conversación de envoltura siempre pomposa, al tiempo que agita la mano, exigiendo que su primogénito le siga casi a la carrera. El adulto viste, como de costumbre, un traje entallado, esta vez al resguardo de una gabardina oscura, con las solapas levantadas en torno al perímetro de su cabeza grasienta por la gomina que doblega los rizos de su pelo. Cuando la pareja llega a un portal abierto, el hombre toma de la mano al niño, y sin interrumpir su conversación telefónica, cruza el zaguán hasta el ascensor, saludando con un gesto altivo al portero tras su mesa. Mientras la cabina remonta, don Ignacio observa su reflejo en el cristal: su rostro resulta en exceso ovalado, y de ahí la costumbre, sobre todo en los momentos fotográficos, de morderse el interior de la boca y proyectar la mandíbula para que sus facciones se afilen.

Viste el pasillo, a la salida del ascensor, una moqueta terrosa, que se

prolonga hasta la puerta acristalada del fondo, donde espera la recepcionista. Padre e hijo avanzan en silencio, y al cruzar el umbral translúcido, el rigor del hombre parece desvanecerse por un momento, el primer instante en el que se topa con la mirada dulce y los pómulos carnosos de la recepcionista. Don Ignacio pide que lo anuncien, y mientras la mujer descuelga el teléfono para avisar de la temprana llegada de la próxima visita, el hombre muestra a su hijo dónde pasará la tarde: en un sillón tapizado en polipiel de color verde pálido, en una zona de espera abrevada con revistas profesionales y pasquines de prensa amarilla.

—¿Tienes tu móvil? —pregunta el padre. Nacho responde con un movimiento afirmativo de cabeza—. Puedes jugar con el móvil, si quieres. ¿Tienes que ir al baño? Si tienes que ir al baño, díselo a esta chica, ¿de acuerdo? —El hombre señala a la recepcionista, cambiando así de interlocutor—. Lo dejo aquí. No le molestará. Si le pide ir al baño, por favor, indíquele dónde se encuentra.

La joven sonríe, señalando la puerta a la que el cliente debe dirigirse, instrucciones que don Ignacio pasa por alto, visitante asiduo de estas oficinas. El hombre, de hecho, entra sin llamar, sin disculparse siquiera cuando descubre a la inquilina del despacho agazapada tras su escritorio, con una mano en el auricular del teléfono y la otra sobre el ratón del ordenador. Don Ignacio, simplemente, se desprende de la gabardina, la pliega y descarga sobre el respaldo, toma asiento y espera impaciente a que su abogada termine de hablar con quien sea, da igual; para el hombre nadie hay más importante que él mismo y sus presuntas tribulaciones.

—Muy bien… Sí… Sí, no te preocupes. Te llamo mañana y te cuento cómo hemos quedado… Vale… De acuerdo… Muy bien. Te dejo que tengo a otro cliente esperando en mi despacho… De acuerdo… Gracias a ti. Adiós, adiós. —La mujer cuelga. En su rostro se suceden primero el hastío y después el regocijo, con una sonrisa impostada llenando su cara redonda y flácida—. Nacho, ¿qué tal? ¿Cómo estás? Te esperaba un poco más tarde, sobre las seis y media.

—Tenía que llevar a mi mayor al fútbol y me he escapado para vernos antes.

—Bien, bien. Tengo los contratos para que les pegues un vistazo —explica la abogada, alargando la última sílaba mientras rebusca entre los papeles que orbitan a su alrededor.

—No, no. Déjalo. He venido por el otro asunto. ¿Cómo has quedado con el colegio?

—Sí, eh…

La abogada se reclina sobre el respaldo de su silla y dirige la mirada a una obsoleta colección de plúmbeos volúmenes de recopilaciones legales, sin otra función que decorar el despacho.

—Hablé con el centro, y contactamos también con la dirección territorial. Hemos puesto en conocimiento de la inspección educativa el suceso. Me han asegurado que en breve lo estudiarán, y dependiendo de la gravedad de los hechos, tomarán medidas.
—¿Tomarán medidas? —rezonga el padre, incomodo en su asiento—. ¿Y eso qué significa? Como mínimo, deberían apartar de las clases al cabrón que insultó a mi hijo. ¿Medidas? Yo no quiero que tomen medidas; yo quiero que lo echen a la puta calle.
—No es así cómo funcionan las cosas —replica la mujer, viendo a su cliente ponerse en pie y caminar por la oficina.
—Ah, ¿no? Y, entonces, ¿cómo funcionan las cosas?
—Pues, la verdad, no lo sé —reconoce la mujer, para sorpresa del hombre, desacostumbrado a muestras de hiriente sinceridad, y mucho menos viniendo de un abogado—. Nacho, no tengo ni idea de cómo funciona el sistema educativo, qué procedimientos sancionadores existen o lo que sea… Si quieres consultar a otra persona...
—Tú eres mi abogada —insiste el hombre, abriendo teatralmente los brazos, con las palmas vueltas hacia el techo.
—Somos un bufete de letrados corporativos. Representamos a tu empresa, igual que hicimos en el pasado cuando la dirigía tu padre, y estamos encantados de asesorarte en otras cuestiones legales, pero no somos especialistas en…
—Y entonces, ¿para qué coño os pago?
—Nacho —prosigue la mujer, conteniéndose por no subrayar la necedad obtusa del hombre que la sanciona desde las alturas—, eres uno de nuestros mejores clientes, y por eso hemos aceptado encargarnos de varios de tus asuntos personales, pero debes entender que algunas cuestiones escapan al marco de nuestras competencias, como el tema del divorcio… Por cierto, la abogada de tu mujer nos ha enviado una propuesta de acuerdo que deberías considerar.
La letrada navega por las carpetas y archivos de su ordenador, hasta dar con el documento que buscaba, y que a instancias de un doble clic se despliega en la pantalla.
—Creo que la propuesta es adecuada —continúa la mujer—. El régimen de visitas resulta lo suficientemente flexible para que os podáis adaptar a diferentes escenarios. Los periodos de vacaciones están repartidos de forma equitativa. Si quieres, podríamos apretarles un poco con la manutención, pero dados tus ingresos anuales y tu patrimonio, la cantidad no parece descabellada.
—Recházalo —responde el hombre, cruzado de brazos en mitad del cuarto, como un conquistador insatisfecho.
—¿No quieres revisarlo primero?
—No. Quiero ir a juicio.
—Nacho… No soy abogada de familia, pero… La alternativa a este

acuerdo es reclamar la custodia de tus hijos. ¿Es eso lo que quieres, la custodia de los niños?
—Lo que quiero es que sufra.
—Nacho…
—Hace seis meses, yo tenía una familia: mujer, dos hijos; y de pronto, un día ella decide que se acabó, y me lo quita todo. ¿Por qué? Dime, ¿por qué debería aceptarlo?
—Nacho, no soy la persona…
—¿Por qué ella puede decidir y yo no? ¿Por qué ella decide por mí? ¡Dime! No, no lo voy a consentir.
—Eso son problemas de pareja. Yo te hablo de cuestiones legales. Si me pides que rechace este acuerdo y que nos presentemos ante el juez es porque quieres la custodia de tus hijos.
—Quiero que entienda lo que se siente cuando alguien decide por ti, ¡cuándo alguien actúa contra tu voluntad y te obliga a renunciar a lo que era tuyo! Quiero que vayamos a juicio, y quiero que todos vean a esa mujer egoísta pasarlo mal, y perder el sueño como yo lo he perdido estos meses… ¡Y quiero que echen a la calle a ese puto profesor —grita don Ignacio—, que si fuera por Inés seguiría a lo suyo como si nada después de haber insultado a nuestro hijo! Quiero que todos vean que no es una buena madre, que sus hijos no le importan una mierda, ¡que su familia no le importa una mierda!
Una cuarta parte de la facturación del bufete depende de Ignacio Seguí. La abogada se repite este mantra como lenitivo a la marea de bilis que sube por su garganta hasta el paladar.
—Está bien. Le diré a su abogada que no aceptamos los términos de la propuesta y pediremos una vista ante el juez; pero, antes de presentarnos frente al tribunal, deberás decirme qué quieres hacer con los niños: patria potestad, régimen de visitas, todo eso.
—¿Y el profesor? —insiste don Ignacio, eludiendo de nuevo el aspecto más espinoso de su enajenada determinación—. ¿Qué vas a hacer con el profesor?
—Ya te lo he dicho: ahora está en manos de la inspección educativa. La buena noticia es que, al parecer, han habido quejas de otros padres por lo que sucedió aquella mañana en la clase de tu hijo. La dirección del centro va a convocaros para una reunión en breve.
—De acuerdo. Iré a la reunión —dice el hombre, al tiempo que recoge su gabardina y se prepara para salir por la puerta—, y tú vendrás conmigo.
Don Ignacio subraya su admonición apuntando con el dedo índice de la mano diestra a su abogada, que daría lo que fuera por enviar al carajo a este cliente, necio y soberbio; lo que fuera, salvo una cuarta parte de sus ingresos, cifra cuyo peso descomunal dobla su cuello con el trazo de una confusa reverencia.

Al salir del despacho, el padre pasa junto a su hijo sin percatarse de que deja atrás un bulto de cuarenta kilos y metro y medio de altura, con los ojos incrustados en una pantalla de cristal líquido. Nacho habría ignorado a su padre, de no ser porque la recepcionista se percata del olvido, y a voz en grito corre tras el empresario a fin de reintegrarle el suplemento a su condición humana, con el que carga desde que una enfermera le entregó un saco de huesos, músculos y piel cubierto de placenta. De aquella promesa poco queda, piensa el hombre, si no es una realidad agotadora que don Ignacio deja en casa de la madre al rato, despidiéndose en el portal mientras su coche aparcado en doble fila provoca un inoportuno atasco.

Cuando Nacho entra en el apartamento, agitado tras subir a la carrera, los vapores de la cocina inundan el pasillo con un olor a sofrito. Inés, al frente de los fogones, le pregunta qué tal ha ido el entrenamiento con un grito lejano, que Nacho ignora, dirigiéndose a su dormitorio. Llevan meses en este piso alquilado, donde todo parecía indicar que no durarían, y sin embargo ahora se ha convertido en su único horizonte. Inés pregunta a su hijo si viene duchado del campo de juego, y Nacho la ignora de nuevo, accediendo al cuarto que comparte con su hermano, la habitación principal de la casa, de hecho, que su madre les cedió para que ambas camas encontraran acomodo junto a los escritorios, estanterías y demás mobiliario. De rodillas frente a su catre, el pequeño ha diseminado las piezas de un puzle, en el que debe de haber invertido toda la tarde en vista de lo avanzado que resulta el proceso de ensamblaje.

—¿Por qué no lo has puesto en tu cama?

Nacho lanza su mochila a una esquina y espera la respuesta de su hermano, que no llega. Sobre el colchón contiguo, se aprecia el perfil rocoso de distintos montones de camisetas y pantalones doblados tras la colada; su madre los habrá dejado allí, olvidándose de guardarlos en el armario, y antes que retirarlos, el hermano pequeño ha preferido colonizar la cama vecina. Todo eso no son sino conjeturas, porque la respuesta a la duda de Nacho no llega, y en un arrebato de ira, el joven hace pagar a su hermano el rencor que trae de fuera, cogiendo la colcha y tirando con fuerza, tanto que las piezas del puzle vuelan por los aires. El pequeño rompe a llorar, con un histrionismo que refuerza la delación ante su madre cuando corre a su lado para contarle la última afrenta del hermano mayor.

Capítulo 8
La asamblea

> «Fue culpa nuestra, atribuible a nuestra propia negligencia, el que suscitara un conflicto —un conflicto más— con una situación por nosotros ya registrada y valorada: se hizo evidente entonces que las circunstancias precedentes no fueron obra del azar. En una palabra, atentamos contra la moralidad pública».
>
> Thomas Mann. *Mario y el mago*.

A la cabecera del salón de actos se dispone una tarima que eleva a los oradores algo más de un palmo sobre el público en sus sillas de pala. La organización ha dispuesto una hilera de asientos para los comparecientes, además del atril y el micrófono de pie para el maestro de ceremonias. La claque está formada por un variopinto grupo de personas, mujeres en su mayoría, quienes interpretan una sonata brumosa de murmullos. Sobre el clamor, algunas voces se elevan, e incluso se distinguen retazos de conversaciones diseminados aquí y allá. «¿Quién es?», se escucha preguntar desde el fondo de la sala. «¿Está ahí arriba?», insiste otro susurro capaz de materializarse entre la algarabía. «Creo que no ha venido», murmuran desde las primeras filas. «Ese es el director, y la otra la tutora», señala una mujer con incierto disimulo. «Es la madre de Nacho», afirma alguien sin convicción. «¿A qué están esperando para empezar?». «¿Empezamos ya?». «Ya sabes cómo son estas cosas». «La cosa es que hay que estar encima de ellos siempre». «Siempre igual. Y lo último que les preocupa son los chavales». «Mi chaval es muy inteligente, por eso se aburre en clase. ¡Ay, con lo bien que estábamos en el colegio!». «En los colegios viven a cuerpo de rey, con todas las vacaciones que disfrutan. Las mismas que los chiquillos. ¿Te lo puedes creer?». «Creo que es de fuera, extranjero. Eso he oído. Que yo no soy racista. Que a mí me parece bien. Que yo soy tolerante». «Es intolerable. ¡Qué cara más dura!». «No, creo que no ha venido a dar la cara. ¿Alguien sabe cómo se llama?». «Están divorciados, ¿verdad?». «Yo lo siento por los

niños. Pobres, parece que no importan a nadie». «¿¡Empezamos ya!?». «Como se nota que esta gente no trabaja. Claro, como no tienen otra cosa que hacer». «¡Vergüenza!».

Un hombre avejentado y con sobrepeso sube de un salto a la tarima. El maestro de ceremonias saluda a sus compañeros de proscenio antes de tomar el micrófono, desacoplándolo del pie donde descansa. El hombre carraspea, llama al orden a las familias, y tras cerciorarse de que ha atraído su atención, se viste con una sonrisa formal para comenzar.

—Buenas tardes a todos, y gracias por venir. Mi nombre es José Vicente González y soy el director de nuestro centro. Con alguno de ustedes tuve la oportunidad de coincidir durante las jornadas de acogida al principio de curso… Eh… Me acompañan aquí arriba la tutora del grupo, los padres de Nacho y la señora inspectora, doña Esperanza Calabuig, a quien agradezco especialmente su presencia.

—¿Dónde está el otro, el profesor que insultó a nuestros hijos? —pregunta desde la platea un hombre, de voz ronca y ademanes envalentonados, mejillas rubras y caparazón compacto de pelo.

—No ha venido esta tarde.

—¿No va a dar la cara? —esputa una mujer de tez ruborosa y mechas decoloradas orlando su media melena castaña.

—Hemos considerado conveniente que hoy, primero, el equipo directivo se pusiera a su disposición, resolviendo cualquier inquietud en presencia de la señora inspectora. Además, don Ignacio Seguí —el director señala con un gesto servil al hombre que ocupa la última silla al final del proscenio— insistió en que el profesor no estuviera presente hoy.

—No, no es cierto. —El padre de Nacho refuerza su argumentación con un movimiento pendular de la cabeza y el dedo índice de su mano derecha.

—Eso fue lo que usted me dijo —insiste el director.

Don Ignacio continúa negando la proposición, y por consejo de su abogada, que le dirige desde la primera fila como la apuntadora de un vodevil, el hombre se levanta y exige a José Vicente que le ceda el micrófono. En principio, el director se resiste, pero al final claudica a las presiones del padre, y a los murmullos hostiles de las familias congregadas esta tarde fría de invierno.

—Ustedes me convocaron a una reunión —dice el padre de Nacho, con voz estridente, enlatada y chirriante a causa del micrófono, a cuyas propiedades el hombre no termina de adaptarse—, en la que, se supone, iban a ofrecerme una disculpa, cuando todo lo que hicieron fue justificarse. Así que no, por supuesto que no quería hoy tenerlo delante, porque yo no tengo nada que discutir con una persona que insulta a nuestros hijos, y aún tiene la desfachatez de emplear ese

mismo tono irrespetuoso y vulgar conmigo.
—¡Mi hijo me ha dicho —grita una mujer desde el fondo de la sala— que se puso a hablar de sexo con los niños! ¡Me ha dicho que les habló de penes, de semen y de esas cosas repugnantes!
—Mi hija dice que usó un lenguaje muy desagradable. —La madre que toma el relevo se pone en pie, dirigiéndose a los otros progenitores con una perorata preparada desde casa—. Mi Sara me ha dicho que fue muy vulgar. Y yo me pregunto: si no aceptamos ese lenguaje en casa, ¿por qué mi hija tiene que escucharlo en la escuela?
—¡Por favor! ¡Si me permiten! —El director acaba de recuperar el micrófono, si bien no ha conseguido desprenderse del espontáneo que se lo arrebató, y que permanece de pie en primera línea por indicación de su abogada.
—¡No quiso dejar que mi hija fuera al baño, y le dijo que mejor se meara en el pasillo, como si fuera un chucho!
—¡A mi niña le preguntó si aún usa pañales —grita otra madre desde el tumulto—, y se rio de su pelo de estropajo!
—¡De mi hija dijo que era una vieja amargada, y que guardaba cabezas de hombres en el frigorífico!
—¡Eso no es nada! Dicen que se atrevió a asegurar que el embarazo altera a las mujeres, que las vuelve locas y que van por ahí amenazando con degollar a la gente.
—¡Abrase visto! ¡Qué desfachatez!
—¡No podemos permitir el machismo en las aulas!
—¡Normal que después pase lo que pasa!
—¡Por favor! —vuelve José Vicente, desbordado por esta catarsis de agravios.
—¡Una pregunta! ¡Una pregunta! ¿Cómo permiten que una persona así quede al cargo de nuestros hijos?
La muchedumbre aplaude esta última intervención, animando a la madre que se incorpora sin soltar su bolso de mano, tabla de salvación que agarra con fuerza. El director asiente y alza el brazo, como si pidiera la palabra, él que tiene el micrófono y la supuesta autoridad.
—¡Si me permiten! —repite José Vicente entre palmadas y susurros—. ¡Permítanme destacar dos cuestiones, que…! ¡Quiero dejar claro que…! ¡Si me permiten! Gracias... En primer lugar, esta persona no da clase a sus hijos, simplemente es un trabajador del centro que entró en una guardia de forma accidental. Y, lo más importante, en cuanto el equipo directivo tuvo conocimiento de este incidente nos aseguramos de que este profesor no volvía a coincidir con sus hijos, y notificamos lo ocurrido a las instancias correspondientes, incluida la dirección territorial y la inspección educativa.
—¿Qué van a hacer con ese energúmeno? —pregunta un padre, sentado en una de las primeras filas—. Lo echarán a la calle, supongo.

Espero que no se protejan entre ustedes, como siempre hacen.
—Creo que esa pregunta le corresponde a la señora inspectora.
El director entrega el testigo a una mujer de mediana edad, melena perfectamente estructurada, vestido de dos piezas con falda plisada y chaquetilla de punto, zapato cerrado con hebilla ornamental en la solapa y mirada inquisitiva tras unas gafas de pasta de montura carmesí, única extravagancia que se permite, a juego con la tapicería oculta.
—Buenas tardes. Mi nombre es Esperanza Calabuig y soy la inspectora de zona asignada al centro por la administración educativa. Hace apenas un par de días que tuve noticia de este incidente, y ni siquiera he tenido ocasión de hablar con los implicados, pero les aseguro que ofreceremos soluciones a lo ocurrido en un plazo razonable, por lo que les ruego paciencia.
—Con eso no responde a mi pregunta —insiste el padre—. ¿Qué van a hacer con esta persona? ¿Van a expulsarlo?
—¿Qué vamos a hacer? Bueno, eso depende de lo que haya ocurrido. Hasta que no me familiarice un poco más con el caso, no puedo adelantarles qué medidas cabe adoptar.
—¿Nos llamarán para que prestemos declaración? —se interesa una madre desde el fondo del gallinero—. ¡Yo quiero testificar!
—Hablaré con sus hijos, y llevaré a cabo un seguimiento del ejercicio profesional del docente implicado. Con eso será suficiente.
—Entonces, ¿no nos tomará declaración?
—No —clarifica la inspectora, reprimiendo una sonrisa inoportuna—, claro que no. Verán, esto no es un juicio. Mi labor es indagar en las causas del problema y proponer soluciones. Como mucho, se puede recomendar alguna sanción en virtud de la gravedad de los hechos; pero, por lo que cuentan, creo que esto no pasa de ser un incidente desafortunado.
—No estoy de acuerdo. —Se alza una mujer robusta, de porte sereno, aunque algo desmañado, prescindiendo de un portafolio que abandona sobre el asiento libre—. Durante la jornada escolar, estos padres dejan a sus hijos al cuidado del instituto, y es la administración educativa, la dirección del centro y sus profesores quienes ejercen la guardia y custodia, lo que les convierte en responsables del bienestar de los menores. Si los niños han sufrido ofensas graves, de las cuales se pueden inferir traumas y otras secuelas por evaluar, todo ello podría suponer un delito, lo que requeriría algo más que simples sanciones administrativas.
—¿Es usted madre de algún alumno del grupo? —pregunta la inspectora, mientras el director le susurra al oído la respuesta.
—No. Soy la abogada del señor Seguí, el padre del niño que llegó a casa deshecho en lágrimas tras sufrir los insultos de este profesor; un

niño de apenas doce años que, por lo que me indica su padre, ha tenido desde entonces un comportamiento errático, y parece haber desarrollado una aprensión patológica hacia el instituto, negándose cada mañana a salir de casa.
—Ya. Bueno... Hablaré con las partes y trataré de comprender lo que ha sucedido aquí, pero ya les adelanto —prosigue la mujer, sujeta al micrófono, esta vez dirigiéndose a la congregación— que yo no soy jueza ni esto es un tribunal.
—Y entonces —levanta la mano un padre, de pie en el flanco derecho del salón de actos, junto a la puerta de salida—, ¿de qué nos sirve este paripé?
—Lo siento, no acabo de comprenderle.
—Si no van a hacer nada, ¿para que estamos aquí? Al final, todos ustedes se apoyan entre sí. Nadie piensa en nuestros hijos. A ustedes sólo les preocupa dar sus clases, cobrar e irse a casa. No me parece bien; no me parece justo. ¿Qué pasa con nuestros derechos?
—¿Van a permitir que esa persona siga haciéndose cargo de nuestros hijos, sin supervisión de nadie? ¿No van a castigarle? ¿No le echarán, como mínimo?
—En primer lugar —aclara la inspectora, cada vez menos paciente a las exigencias y reproches de las familias—, esta persona ni siquiera es profesor de sus hijos, tan sólo coincidió con ellos durante cincuenta y cinco minutos durante una guardia.
—¡Pero dará clase a otros niños! —protesta airada la última voz en intervenir.
—Eso es algo por lo que ustedes no deben preocuparse. Mi tarea ahora consiste en valorar el trabajo del docente y…
—¡Así que no lo van a echar a la calle! ¡El desgraciado insulta a nuestros hijos, los humilla, se ríe de ellos, y a ustedes no les importa una mierda! ¿¡Qué tal si voy yo a su casa y me cago en sus muertos!?
—¡Por el amor de Dios! —estalla la inspectora—. Creo que su reacción resulta desmedida. Estamos hablando de comentarios desafortunados, no de un caso de agresión o abuso sexual.
—¿Ese es su rasero? —pregunta la abogada, recogiendo con su pregunta la indignación que cunde entre los padres. La inspectora comprende, a poco de haber pronunciado las últimas palabras, que ha cometido un estúpido desliz—. ¿Un profesor tiene que golpear a un alumno, o incluso propasarse sexualmente con él, para que la administración actúe?
—No he dicho eso.
—¡Cuando traigo a mis hijos a la escuela quiero saber que estarán bien, que no les pasará nada malo! Pero ahora me dice usted que debo preocuparme por si a mi niño le ponen la mano encima.
—Yo no he dicho nada parecido.

—¡Qué se atreva el listo ése a tocar a mi hijo! ¡Le arranco la puta cabeza! ¡Yo por mi hijo mato!
—¿¡Vamos a consentir esto!?
—¡Por Dios!
La inspectora cede el micrófono al director del centro, desalentada por el caos que se ha formado. José Vicente recupera el orden con paciencia infinita, echándose a la espalda los exabruptos y amenazas que arrecian. El director se deshace en disculpas conciliadoras, hollando la insubordinación con su discurso plañidero.
—Lo más importante —concluye el director— es que les quede clara una cosa: en el centro velamos por nuestros alumnos, y desde que entran por esa puerta, sus hijos son nuestra mayor prioridad, sin lugar a dudas.
—Yo tengo una pregunta, para quien pueda responderla. —Una madre joven se alza en medio de la tormenta—. ¿No había forma de prevenir esta situación? Quiero decir, ¿no entrevistaron a este hombre al contratarlo? ¿No vieron de lo que sería capaz? Estas cosas se saben, ¿verdad? No me dirán que nadie se percató del tipo de persona a quien estaban confiando el cuidado de nuestros hijos.
—¿Qué criterios siguen para escoger a los profesores? —La abogada reformula las dudas de la última oradora, que ya se sienta, recibiendo el calor del público.
Por un momento, ninguno de los comparecientes que ocupan el estrado parece decidido a contestar. El director y la tutora señalan a la inspectora, que suspira antes de ponerse en pie, tomar el micrófono como testigo y volver al ruedo de este despropósito.
—Los docentes contratados por la administración educativa siguen rigurosos procesos selectivos donde se valora su conocimiento de la legislación y los contenidos a impartir en el aula, así como sus aptitudes pedagógicas.
—¿Eso qué quiere decir? —preguntan desde el fondo.
—Los profesores pasan un examen de su especialidad y detallan cómo resolver una unidad didáctica… Eh, una especie de caso práctico, para que lo entiendan.
—¿Eso es todo? —se escucha una queja.
—Es más de lo que les exigen a ellos para convertirse en padres —masculla la tutora al oído del director, sentado a su diestra. La madre de Nacho cree haber comprendido este murmullo, lo que la tutora teme, ofreciendo una sonrisa bobalicona.
—¿No se aseguran de que sabrán guardar las formas —pregunta de nuevo la abogada—, de que tendrán un comportamiento responsable, atenderán con corrección a las necesidades de los alumnos, sabrán mantener el orden en el aula, serán capaces de resolver conflictos y respetarán a los estudiantes y a sus familias?

—Esas son cualidades que se tienen por evidentes. El rigor, el civismo y la empatía son más una cuestión de sentido común.
—¡Eso dígaselo a mi cliente! —La abogada se pone en pie, señalando al padre de Nacho, al tiempo que se dirige a la turba de familias enfurecidas—. ¡Dígale que la administración educativa ha confiado en el sentido común de un hombre que insultó a su hijo hasta que rompió a llorar! Dígaselo a estas madres y a estos padres que confían en el sentido común de unos profesores a quienes no se han molestado en evaluar, hombres y mujeres que cada mañana ejercen de custodios para sus hijos y que bien podrían ser tan despreciables, tan repugnantes, tan viles y abyectos como el tipo que se aparece en las pesadillas del pobre Nacho, ¡el monstruo que no le deja dormir!
—¡Un momento, por favor! —El director del centro arrebata el micrófono a la atónita inspectora, elevándose sobre el arrullo que retuerce el salón de actos—. ¡No tolero que emplee usted esos términos! No forma usted parte de esta comunidad educativa, y aunque no debería molestarme siquiera en contestar a sus calumnias, lo haré por respeto a nuestros alumnos y sus familias. Los profesores de este centro son excelentes profesionales, y no le permito que nos meta a todos en el mismo saco sólo porque ha aparecido una manzana podrida. ¡Este es nuestro hogar, y le aseguro que vamos a sacar la basura! ¿Me entiende? ¡A sacar la basura! ¡No lo dude!
La multitud estalla en un aplauso espontáneo y acompasado, que obliga a la letrada a volver a su asiento. El director parece haber sucumbido a la euforia del reconocimiento público, por lo que se agarra con fuerza al micrófono, dispuesto a ir más allá en su arenga. Por la imaginación del burócrata circulan antorchas llameantes que encienden hogueras, piras que derriten la piel y tuestan la carne, un humo denso de semblante azarcón que se eleva formando caracolillos, y los gritos del penitente que se redime de sus pecados en el dolor purificador. Pero, justo cuando iba a abrir de nuevo la boca, la inspectora tapa el micrófono con la palma abierta de la mano y le susurra unas palabras de contención al oído.
—De acuerdo. Escuchen, se lo ruego —continúa la inspectora, mientras el director se abate cariacontecido sobre su silla—. Antes de terminar, no quisiera que se fueran esta noche de aquí con la más mínima duda al respecto de nuestras intenciones: aclararemos lo sucedido y no descansaremos hasta que no hayan recuperado ustedes la confianza en el centro y en su personal, volviendo a la rutina de las clases y la buena marcha del curso. Tienen ustedes mi palabra de que zanjaremos este asunto de una forma que encontrarán satisfactoria. Les doy las gracias por haber venido, y más aún por contribuir con sus apreciaciones y testimonios a facilitar nuestra labor. Nos pondremos de nuevo en contacto con ustedes en breve, se lo aseguro. Muchas

gracias y buenas noches.
«Subnormales», musita la inspectora con la respiración entrecortada, como si acabara de concluir una larga carrera, angustiosa e irracional. La mujer, ahora sí, deja en manos del director el micrófono, renunciando a otra cortesía que el silencio. Las familias querrían mantener la agitada indignación que, minutos antes, parecía haber alcanzado el paroxismo, pero la contundencia con la que la mujer ha cerrado el acto parece irrevocable, y la mayoría ya se viste con sus chaquetas, dispuestos a abandonar el auditorio. Desde las primeras filas, una anciana ve cómo cunde el alboroto a su alrededor, y despierta de su letargo. La vieja mueve el brazo, y con la palma abanica el aire. Inés agita la cabeza, renegando de su madre, quien desde abajo insiste en que actúe. La mujer rechista, pero al final se acerca al director y le roba el micrófono, para regocijo de la anciana que ve a su hija tomar la palabra.
—Hola… ¿¡Hola!? ¿Me oís? Es… Sólo… Quería… Disculpad. —Las familias se detienen, sentados y de pie, para escuchar a Inés, que parece una huérfana de esperanza a las puertas de la inclusa. Su marido la observa con recelo—. Sólo quería daros las gracias por las muestras de ánimo que nos habéis transmitido, a mi hijo y a mí. Nacho aún rompe a llorar sin motivo y tiene miedo a venir al instituto, pero cada día está mejor. Por la noche, cuando llegan las pesadillas, mi hijo me busca para que le abrace, y se tranquiliza porque sabe que su madre siempre estará ahí para cuidarlo y protegerlo, igual que yo sé que vosotros estáis también ahí, pensando en mis hijos y en mí. Gracias por vuestro apoyo. De verdad.
Las familias, conmovidas, aplauden con euforia, y Inés siente el mismo regocijo que antes experimentara el director del centro, sólo que esta vez, tanto la abogada de su marido como la inspectora de educación son conscientes de que no pueden arrebatarle el micrófono y hacerla callar, lo que vuelve el momento especialmente peligroso para los intereses propios y ajenos.

Capítulo 9
La angustia

> «Me sorprendía en sus rostros no ver sus ojos, sino tan sólo una luz sin brillo en medio de un nido de arrugas. Cuando se sentaron, la mayoría me miró e inclinó la cabeza con embarazo, con los labios subsumidos en la boca sin dientes, sin que pudiese yo saber si me saludaban o si se trataba de un tic. Creo más bien que me saludaban. Percibí en ese momento que estaban todos sentados frente a mí cabeceando, en torno al conserje. Por un momento tuve la impresión ridícula de que estaban allí para juzgarme».
>
> Albert Camus. *El extranjero*.

Elías comparece ante los alumnos con la escolta de la tutora, el director del centro y la inspectora de educación, alineados en ese orden junto a la puerta, que permanece extrañamente abierta, como si los responsables de esta pantomima quisieran recalcar la transparencia de sus actos, la bondad de sus intenciones, la naturaleza irreprochable de este primer misterio en el calvario del docente.

En los últimos días, los rumores se han acelerado pendiente abajo. Se habló al principio del uso en clase de un lenguaje procaz, a lo que más tarde siguió una conducta impropia, abusos, gritos, insultos, adoctrinamiento, escarnio y miedo. Elías se ha convertido en un paria, y ni siquiera sus colegas de departamento le dirigen la palabra. No está claro lo que ha sucedido, pero no faltan las sospechas: se dice que profirió insultos racistas a una alumna mulata, de rizos suaves recogidos en un moño tirante, a quien Elías reconoce en primera fila mientras intercambian extrañas miradas de incomodidad. Otros refieren insinuaciones indecorosas, claros indicios de pedofilia, por mucho que quienes alcanzan semejantes conclusiones sean los mismos vejestorios que secretamente se relamen contemplando las faldas menguantes y las camisetas desgarradas de las adolescentes en el tránsito de su primavera. Se sofocan quienes aseguran haber escuchado una arenga política por parte de un profesor que nunca se

ha ocultado, y que incomoda por su honestidad sin prejuicios. Por último, alguno fantasea con la violencia física, esa bofetada que tanto añoran quienes ven rebasado el límite de su paciencia por estudiantes díscolos que se defienden retando al adulto al mando, una y otra vez.

Elías está nervioso, él que lleva quince años al frente de un aula y ya no le reconcome desazón alguna. El docente aún confía en sus alumnos, aunque no tanto como desearía. A fin de cuentas, es un recién llegado al instituto, con apenas unos meses de experiencia común, tiempo que no ha sido suficiente para darse a conocer si no es por medio de las habladurías y los prejuicios. Los estudiantes de quienes realmente es profesor le estiman, pero más de uno ha aprovechado este mar revuelto para poner en tela de juicio sus calificaciones, y fruto de esas quejas se ha establecido en el departamento un comité con el fin de revisar su trabajo hasta la fecha: notas de exámenes, correcciones en ejercicios, comentarios adjuntos a notificaciones giradas a las familias; todo es susceptible de verse interpretado por la nueva coyuntura, lo que ha conducido a un inverosímil desenlace: los alumnos suspendidos redondean hasta el aprobado, y muchos de los estudiantes a quienes Elías benefició por su esfuerzo o capacidad han visto desplomarse sus calificaciones. La inspectora, poniéndose en lo peor, ha impuesto el secreto de sumario, pues teme que, si los rumores rebasan los límites del centro, las familias de estudiantes de cursos anteriores puedan tomar el mismo camino, desatando un pandemónium burocrático que nadie se puede permitir a estas alturas.

En este difícil trance, por el que familias, compañeros y alumnos parecen haber sentenciado ya al sospechoso, Elías ha regresado al aula donde empezó a rodar la bola de nieve. Los rostros son los mismos, aunque las expresiones parecen mucho más agrias, reprimidas por la vigilancia de los adultos que escoltan al profesor apaleado. Elías busca con un rápido barrido a Nacho, pero no lo ve, aunque tampoco recuerda su rostro, no del todo; ni siquiera recuerda los detalles del discurrir de aquella guardia, por mucho que la haya repetido en su conciencia una y mil veces durante el último mes. Alguien le advirtió de que Nacho está faltando a clase; ¿fue el director? Elías se aturulla al forzar su memoria. Sí, seguramente fue el director; nadie más le dirige la palabra a estas alturas. El chaval, Nacho, se ausenta con frecuencia últimamente; su madre asegura que el niño sufre pesadillas, y Elías se pregunta cómo es posible: «¿No ves que se trata de una excusa?», insiste su mujer. «Y lo que debe preocuparte es de quién es esa excusa: ¿del alumno, que es un cabroncete consentido capaz de manipular a su familia; de los padres, que quieren suscitar lástima y adhesiones a tu costa, convirtiendo a su hijo en una víctima; de tus compañeros, que se tragan ese cuento para que el crío se quede en

casa y no dé por culo en clase? *Qui prodest*», concluye su mujer, con una cita leguleya propia de la profesión que el embarazo y el sexismo de sus antiguos jefes le impiden desarrollar. Pero a Elías no le preocupa a quién beneficia este absurdo sino a quién perjudica, inquieto por la suerte de ese muchacho que ni siquiera es su alumno: «¿Y si hice algo que le pudo haber afectado?». «¡No digas tonterías!», estalla su mujer. «¡Pero si tú eres un pedazo de pan! No he conocido a nadie que se desviva tanto por sus alumnos. Eres un bruto que no sabe tener la boca cerrada, pero te dejarías arrollar por un autobús antes que perjudicar a uno de tus chavales. Tú no eres ése del que todos hablan, ¿entiendes? No eres tú, y poco importa lo que digan o hagan, eso no cambia quién eres. No lo olvides».

El silencio se alarga demasiado. Nada hay peor que un prolongado mutismo: hastía a los alumnos y exaspera al profesor, tanto al que lamenta que vaya a quebrarse como a quien se queda varado y no sabe cómo continuar. La situación resulta hasta tal punto extraordinaria que nadie repara en la incomodidad del silencio, como si todos supieran de antemano cuanto se va a decir y replicar, como si cada palabra ya hubiera sido pronunciada, transcrita, esculpida en piedra. Por vez primera ante una clase abarrotada de alumnos, Elías desearía que hubiera transcurrido el tiempo, que sonara el timbre que anuncia el fin del asalto y pudiera lanzar la toalla. Nunca antes había contemplado la rendición porque jamás hasta ahora había visto en el aula una hostilidad que requiriera de su mejor defensa, tal vez incluso de una oportuna evasión. Aquel martirio parecía siempre reservado a otros: a los indolentes, a los perezosos, a los jornaleros de la pizarra que arrastran las cadenas de su naufragio mientras pasean sin rumbo entre los pupitres hueros; pero no a él, humanista por vocación, profesor por accidente; no a él, brusco y bonachón, satírico y volcánico. Parece como si los últimos quince años hubieran sido un intervalo previo a la amargura, que ahora llega para colonizarlo todo: su confianza, su energía, su iracundia, su mala leche y su mejor ángel, sus ademanes burlescos y su voz… Su voz… Elías aprecia el reproche a su mutismo en las expresiones desconcertadas de su público. Debe pronunciar una primera palabra, arrancando un discurso aprendido, uno más, otro, un nuevo manojo de excusas, ¿cuántas van ya? ¿Acaso no se cansan de escuchar sus disculpas? ¿No han tenido suficiente? Pero esta vez es distinto; los alumnos merecen cuatro palabras sinceras expresadas de corazón, sin retórica, o al menos con la pompa justa para salir bien parado bajo la vigilancia de la tutora, el director y la inspectora, esa mujer de aspecto rubicundo que le sigue a todas partes, escrutando cada una de sus decisiones. Elías querría romper este silencio dirigiéndose a los alumnos, querría pedirles perdón si es que acaso alguno se sintió ofendido, querría bromear, diciéndoles que

siempre hay algún llorón que corre al regazo de sus padres cuando alguien mancilla su delicada sensibilidad, querría decirles que lo siente, que tal vez fue un gilipollas, que en ocasiones no puede evitarlo, pero que si se saben ofendidos es tan fácil como mandarle a tomar por el culo, a él, el profesor, anatema imposible, pero podéis hacerlo: «Elías, vete a insultar a tu puta madre», y él, que es un capullo arrabalero y, en ocasiones, irresponsable, se daría cuenta del error y pediría disculpas, como está haciendo ahora, porque no le duele admitir que puede haber errado, no le preocupa aceptar que se equivoca porque no pretende tener el monopolio de la verdad académica y el orden moral, sólo quiere que aprendan a su lado y que se sientan cómodos, relajados, que nada les amenace ni intimide, y menos él, el profesor, que renuncia a cualquier pedestal para codearse con sus alumnos: «Vosotros sois muchos y yo uno solo», les diría. «Yo soy el primero que debe asegurarse de que todos estamos bien, que nadie se siente agredido ni intimidado, cohibido ni amedrentado, excluido ni desconsiderado. Para ello, tan sólo os ruego que, si alguna vez falto a mi obligación, me lo recordéis; que, si alguien se percibe extraño a esta aula y a mí, me lo diga; que habléis, entre vosotros y conmigo, antes de buscar fuera el refugio a ofensas que tal vez fueron malentendidos». Les pediría perdón, y les escucharía, porque no existe otra forma de resolver esta suerte de enredos que sentarse y escuchar, y entender, dejando en la puerta los reproches y las pullas, la beligerancia y las ofensas, las réplicas y la retórica: «Escuchar entendiendo que pude pasarme con mis comentarios, pero que no soy un cabrón ni un tirano; que si os disgustó algo de lo que dije yo soy el primero al que le quita el sueño; que aprendo de mis errores y de cuanto vosotros tengáis a bien enseñarme»… Silencio.

—Buenos días. —La voz de Elías se quiebra con la primera sílaba, rechinando en la segunda al elevarse con un gallo espontáneo—. Perdón... Eh… Buenos días. Quería hablar con vosotros porque… Bueno…. Eh… Lo siento… Si lo recordáis, hace unas semanas estuve de guardia en esta clase. Por lo que me han dicho, puede que alguno se sintiera incomodo a causa de mis comentarios. Quería disculparme, con la clase en general y con aquéllos a quienes pudieron ofender mis palabras. Os aseguro que no fue, en ningún caso, mi intención. Durante esa hora, estuve bromeando con el único propósito de conoceros y que pasáramos un buen rato. En todo momento, entendí por vuestras risas que os estabais divirtiendo, y no percibí que nadie pudiera haberse molestado o, mucho menos, ofendido. Es evidente que me equivoqué, y por eso os pido disculpas.

Elías termina su soliloquio plañidero. A lo largo de su monólogo, no ha despegado la vista del horizonte, una línea que separa el marco alicatado del yeso, con un perchero atornillado a la pared del fondo y

un tablón de corcho junto a la hilera de chaquetas. De nuevo en silencio, el profesor baja la cabeza y dócil dirige una mirada doliente al tribunal que vigila, de pie en un lado del aula. «Ya está», piensa Elías, y se equivoca, por supuesto. La tutora, estratégicamente colocada bajo unas cartulinas sujetas a la pared con celofán, construye un remedo de sonrisa y se dirige a sus alumnos, a quienes lleva tiempo aleccionado para la ocasión.

—Muy bien. Ahora es el momento de que podáis expresaros, como estuvimos practicando con el orientador. ¿Alguno tiene algo que comentar? Levantad la mano, por favor.

En primera fila, una niña de cabello rizado y piel meliflua desfleca sus dedos, tal y como ensayaron en su momento. Elías la recuerda, sentada en el mismo pupitre un mes atrás.

—Yo creo que no estuvo bien lo que hizo usted —dice la muchacha—. Creo que se rio usted de nosotros, y eso no está bien. Nos trató usted mal, y eso no debe hacerlo un profesor.

—Lo siento… No sabes cuánto… Yo… Lo siento.

Elías ha de contener la emoción, sobrepasado por un rubor que desbarata su confianza. Sin embargo, el hombre también advierte el forcejeo de una pieza que no encaja. Elías recuerda a esta mulata, de voz aguda y dientes marfileños, meándose de risa con sus bromas gruesas. «¿Es la misma cría?», duda el profesor, confuso. Sin tiempo para recuperarse, un nuevo alumno levanta la mano: se trata de un chaval provocador y envalentonado, de cabeza repeinada y ambiciones adultas, con quien Elías estuvo intercambiando procacidades taberneras y secretos de alcoba en el patio de juegos.

—No estuvo bien la manera como nos hablaste. Nosotros somos niños —enuncia el siguiente orador—, y hay palabras que no debemos escuchar. Si a nosotros no nos permiten hablar así en clase o en casa, tú tampoco deberías hacerlo.

—¡Usted! —corrige la tutora.

—Perdón. Usted tampoco debería hacerlo.

—Lo siento —repite Elías, como un mantra que pierde significado con cada vuelta de tuerca—. No fue mi intención ofenderos. Es cierto que estoy acostumbrado a un lenguaje adulto que puede considerarse inapropiado. Supongo que mi forma de hablar pudo incomodaros, aunque no es esa la impresión que me dio el otro día.

—Mis padres me castigarían si usara esas palabras, y lo último que esperan es que un profesor diga esas cosas en clase —concluye el muchacho, con razonamientos que parecen especialmente impostados en el timbre de su voz pubescente.

—Lo lamento... Yo suelo expresarme de esa forma, igual que la mayoría de adultos, incluidos tus padres. —El director del centro carraspea al primer signo de rebeldía por parte del profesor que ha

venido a expiar sus pecados, y de quien no se deben aceptar reproches o réplicas—. Lo siento. No tengo excusa para mi lenguaje.
Por un momento, Elías pierde la paciencia y un golpe de rabia tensa sus puños y suelta su lengua: «Puto crío de los cojones. Puto santurrón de mierda», repite el profesor en su fuero interno, contrarrestando la retahíla sin fin ni fondo de disculpas vanas. Pero, al momento, Elías se reprocha esas mismas palabras necias, y no tanto por el tono procaz sino por lo desatinado del sujeto: no es este muchacho el meapilas y soplapollas que se ofende por las formas bruscas, sino otra presencia evidente que se esconde tras los chavales en sus pupitres, titiriteros que influyen en el sentir y el verbo de los estudiantes reunidos hoy aquí.
—A mí no me gustó que te metieras con nuestra tutora.
Una niña de cabello rizado y gafas con montura jaspeada ha irrumpido sin avisar, y con su voz ha invocado uno de los peores augurios que Elías temía.
—En ningún momento quise faltar al respeto a vuestra tutora.
—Pero lo hiciste —reconviene la alumna con aspecto de mujer de mediana edad que busca refugio al vacío de su existencia en la ficción de programas cetrinos y literatura pornográfica con lazos rosas y cadenas acolchadas con velvetón—. Te reíste de las fichas que colgamos en la pared, y de los carteles que hicimos en tutoría.
La niña señala las cartulinas pegadas al muro sobre la cabeza de la tutora, quien, ahora lo entiende Elías, se ha situado justo bajo estos pasquines para subrayar su protagonismo como víctima colateral de la insensible patología de este tipo malhablado, a quien sería excesivo llamar colega a la vista de su comportamiento ruin. Elías vuelve a leer las máximas de autoayuda que engalanan los carteles, salmos de una religión posmoderna: «La empatía es la vía», reza el primero lábaro, pintarrajeado con un arcoíris de destellos y corazones caricaturescos, una bomba de muros contráctiles veteada de arterias, venas y destellos de emociones impostadas. «La educación es la solución», eslogan publicitario concebido por y para conciencias menguantes, intrascendentes, solubles. Los muchachos frente a él no son niños por su edad, sino por el trato que se les dispensa. ¿Acaso no ven el insulto, la verdadera ofensa?, medita el docente, memo, iluso, desubicado; cabría preguntarse si acaso Elías no advierte la realidad.
—Lo siento. No fue mi intención faltar al respeto a nadie: ni a vosotros, ni a vuestra tutora.
—No lo parecía —replica un mocoso, de pelo encrespado y mirada torva. Elías debe dominarse, entendiendo que su percepción se ve distorsionada por el valor insípido de una disculpa recurrente y la beligerancia del animal acorralado—. Parecía que te estabas riendo de nosotros. Nos trataste como si fuéramos tontos. Te aprovechaste de

que somos niños para reírte de nosotros, porque algunas cosas de mayores todavía no las entendemos.
—Os aseguro que en ningún caso fue mi intención…
—Mi madre dice que al colegio venimos a estudiar, y ese día algunas personas no habían hecho sus deberes —salta una espontánea, sin pedir la vez desde el fondo del aula.
—Los profesores no pueden hablarnos así —replica una voz anónima —. Los niños tenemos derechos.
—¡Algunos niños se levantaron de sus sillas sin pedir permiso!
—¡Y dijo cosas de sexo de las que no se puede hablar!
—¡Mi padre dice que le van a echar porque eso es un delito!
—¡Vale! ¡Silencio todo el mundo! —La tutora alza la voz, frenando el galimatías en el que ha desembocado la reprimenda ensayada las semanas previas. Al frente del aula, la mujer roba protagonismo y majestad al profesor vapuleado, cuyo corazón retumba estruendoso—. ¡Ya está bien! ¿Alguien quiere irse a casa con un parte? No, ¿verdad? Pues todo el mundo a callar… ¡Hombre! ¿Qué es eso de hablar sin permiso y todos a la vez? ¡Eso no es lo que yo os he enseñado! ¡El próximo que abra la boca se gana un parte rojo!
Vuelve el silencio, incómodo, picajoso. De pronto, la inspectora alza las cejas y señala al flanco del aula, un punto ciego junto a la pared, en primera fila, con el pupitre pegado a la mesa del profesor bajo la ventana. Todos se vuelven, incluido Elías, que descubre en aquella esquina a Nacho. Llevaba un buen rato buscándolo, pero con los nervios no se le había ocurrido volver la vista. El profesor advierte que han decidido cambiar de sitio al muchacho, tal vez para que se sienta más protegido, cerca del radiador de pared, de la luz natural que atraviesa el velo acristalado, de la voz penetrante de los docentes amaromando los sentidos con sus lecciones magistrales. Elías tiene preparado un *lo siento* que ha perdido fuerza, entereza, esencia y verdad de tanto gastarlo; y seguramente no hay un *lo siento* más auténtico y sentido que éste.
—Nacho, ¿quieres decir algo? —pregunta la tutora, a lo que el alumno asiente con un movimiento de cabeza. Elías teme al muchacho, quien le despierta además una extraña ternura.
—Sí… Eh… Quería decir que… Sólo quería decir que… Yo… Lo siento. Yo… Dije cosas y… Me porté mal y no quería que pasara esto. Lo siento mucho.
—No tienes de qué disculparte —responde Elías, al borde de la lágrima—. Yo soy el profesor, y es mi responsabilidad que todos estéis bien, que ninguno de vosotros se sienta a disgusto, que vengáis a clase sabiendo que nadie os incomodará, que nadie os amedrentará, censurará ni ninguneará, que sabré hacerme entender y me habré preocupado por escucharos. Nacho, lo siento. Hace tiempo que

debería haberme disculpado. Lo siento mucho.
—Bien. ¡Creo que ya hemos terminado! —La tutora invita a los intrusos a abandonar su aula, que reclama como propia y exclusiva, antes que como un préstamo circunstancial concedido por los alumnos, sus familias y la administración—. María Victoria, ayúdame a repartir estas fichas.
Mientras la niña de tez acaramelada se pone en pie y recoge el taco de hojas que deberá distribuir entre sus compañeros, la inspectora y el director salen de la clase en silencio. Elías duda, queriendo permanecer junto a estos chavales a los que puede que haya temido y detestado en algún momento, pero con quienes se sabe en deuda. Al elevar la vista, el profesor se enfrenta al escrutinio de los alumnos, y en ese momento cree distinguir arrugas y distensiones imposibles en sus rostros, riscos afilados y pedregosos, pátinas reflectantes de grasa y colorete. Es el reflejo de los adultos que hablan por boca de sus hijos, emergiendo a la superficie como una montaña de detritus en un váter atascado. Elías percibe un regusto ácido en el paladar. El profesor se lleva la mano a la boca, y al apartar la vista de los alumnos, la mirada displicente de su colega le fulmina. Enfermo, Elías humilla la frente y sale por la puerta. En el pasillo, la pareja de autoridades conversa entre bisbiseos a cierta distancia. Elías permanece junto a la entrada al aula, en tierra de nadie, esperando a que se apiaden de su suerte. Dentro, la responsable del grupo continúa con su hora de tutoría, dando instrucciones a los alumnos en un tono marcial con el que se blinda frente a posibles reproches.
—¡El departamento de orientación ha preparado una ficha de convivencia para que la rellenéis! —grita la mujer, aun cuando no hay necesidad—. ¡Vamos a repasarla! ¡Todos atentos! ¡En la ficha podéis leer una serie de afirmaciones! ¡Tenéis que escribir un número, en el recuadro junto a las frases, del 1 al 5! ¡1 si estáis muy en desacuerdo con esa afirmación, 2 si estáis en desacuerdo, 3 si no lo tenéis claro, 4 si estáis de acuerdo y 5 si estáis muy de acuerdo! ¿¡Entendido!? ¡Vamos a leer la primera frase y os explico la dinámica del ejercicio con un ejemplo! ¡En la primera frase se lee: «El ambiente en mi clase es de mutuo respeto y compañerismo»! ¡Si estáis completamente de acuerdo con esta idea, escribís un 5 en el recuadro junto a la frase; si estáis un poco menos de acuerdo escribís un 4, y así sucesivamente! ¿¡Entendido!? ¿¡Todos!?
La inflexión no admite réplicas, y el ejercicio, tan insustancial como torticero, poco aporta a los chavales, tan poco de hecho que ni siquiera se molestan en dudar de su pertinencia.
—¡Muy bien! ¡Otra cosa! ¡La dirección del centro y los orientadores nos han pedido que busquemos voluntarios para el programa de *Tutores Junior*! ¡Ya estuvimos hablando de esto la semana pasada! ¡Lo

ocurrido aquí da la razón a quienes pensamos que era necesario desarrollar esta iniciativa! ¡Buscamos alumnos que compartan con nosotros los posibles problemas que surjan en clase! ¡Quienes estéis interesados, debéis escribir una cruz en la última casilla de la ficha que os he pasado! ¡Como os dije, los *Tutores Junior* tendrán convalidada bien la asignatura de Religión o bien la de Valores Éticos, y se reunirán todas las semanas con el orientador y los profesores! ¡Su función será vigilar si algún compañero tiene problemas, si alguien está sufriendo acoso, o bien si hay estudiantes que infringen las normas del centro, como fumar en el patio o en el váter, usar el móvil, copiar en los exámenes o decir palabrotas y cosas malas de alumnos y profesores! ¡No quiero que nadie llame a los *Tutores Junior* chivatos, porque no es así! ¡Buscamos alumnos comprometidos que se preocupen por la clase, y en quienes sus compañeros puedan confiar de una forma que, quizás, no hagan con nosotros! ¿¡Entendéis!? ¡Muy bien! ¡Ahora, completad la ficha durante el resto de la hora! ¡En silencio hasta que suene el timbre! ¡Vamos!

La tutora mira la pantalla de su teléfono móvil, mientras los alumnos se sumergen cabizbajos en la tarea. En el reverso de la hoja hay un ejercicio que completa la ficha, y al que la tutora no se ha referido. En el encabezado se lee una lista de sustantivos abstractos que representan valores, y después se encomienda a los chavales que escojan de entre esas palabras dos de ellas para *regalarse* a sí mismos, dos para *regalar* a sus familias y dos para *regalar* a sus compañeros. Un detalle en el que ninguno de los estudiantes cae es que todos los sustantivos de la lista son de género femenino: esperanza, lealtad, comprensión, responsabilidad, ilusión, alegría, inteligencia, sensibilidad, valentía, bondad, humildad, justicia, constancia, paciencia, tolerancia. Nacho levanta la mano, con dudas respecto al ejercicio, y al despegar la nariz del papel ve tras el vano de la puerta al profesor atrapado minutos antes en un bucle de disculpas. La tutora repara en Nacho, y al seguir la trayectoria de su mirada, se vuelve y descubre a su colega de pie a la entrada del aula. Sin mediar palabra, la mujer se acerca a la salida, agarra la madera y cierra de un portazo, tan extrañamente violento que desconcierta por igual a los estudiantes en sus pupitres y a la inspectora y el director, que interrumpen su charla y observan gélidos a un desvalido Elías.

Capítulo 10
La obligación

> «MRS. TILFORD: Soy una anciana, señorita Dobie, y he visto a lo largo de mi vida a demasiada gente actuar guiada por el orgullo y la rabia. Esas personas, al final, sólo consiguen castigarse a sí mismas».
>
> Lillian Hellman. *The Children's Hour*.

Elías entra en el aula escoltado por una figura que, a fuerza de costumbre, se ha vuelto ya común para todos. La inspectora busca un rincón al fondo de la clase, como es habitual. Aunque la mujer pretende pasar inadvertida, testigo muda del trabajo docente que evalúa en estos días, su sola presencia desbarata la cotidianidad del grupo, coarta sus impulsos y los convierte, de forma tan prosaica como intangible, en alumnos retraídos y sumisos frente a la amenaza indefinida de la autoridad. La inspectora ni siquiera se ha presentado en las distintas clases por las que lleva días merodeando, pero todos conocen su identidad, y no tanto por las aclaraciones de Elías como por los rumores grandilocuentes que circulan. Como en un experimento de física cuántica o antropología colonial, el observador transforma la realidad que observa, malogrando cualquier interpretación, que termina por ajustarse a sus pretensiones. El aula aparece, de esta forma, como un espacio acendrado de orden y aprendizaje productivo, los alumnos como cachorros obedientes en una cadena *taylorista* de ensamblaje intelectual, y Elías como un cuello blanco sin mácula, un capataz digno de confianza; porque nadie puede haberse equivocado, ni a la hora de diseñar los currículos académicos, ni al agrupar a los alumnos, ni al escoger a los profesores. Elías, de pie junto a una mesa y una silla presidenciales, donde nunca se sienta, observa a sus alumnos comunicarse entre susurros, ellos que gritan presa de las hormonas, y a la inspectora de pie en su esquina del cuadrilátero, entretenida en consultar sus correos electrónicos en el teléfono móvil; los contempla a todos, y le viene a la cabeza una de esas visitas ministeriales que colman las primeras planas y los

noticiarios al inicio de cada curso. Como en una pieza televisiva, parece que la realidad se puede seleccionar, montar, adecuar y otros tantos infinitivos de incólume factura. Si las cosas salen bien, la inspectora se irá por donde ha venido, no pisará de nuevo un aula y todo volverá a la normalidad: la somnolencia a primera hora, la agitación al cabo de un día interminable escuchando sermones, el tedio por contenidos ajenos a cualquier experiencia, la desconexión de alumnos que interpretan las paredes de este recinto como los límites de una celda. ¿Cuántos son ya? Unos doscientos por curso durante los últimos quince años suman algo menos de tres mil. ¿Habrá servido de algo?, se pregunta constantemente Elías, más ahora que las circunstancias le obligan a evaluar el esfuerzo de media vida… ¿Haciendo qué? Las certidumbres del principio se han ido desliendo, y ahora sólo quedan dudas, honestas y recurrentes.

—Llevo casi un mes con una inspectora de educación pegada al culo. —La clase ríe, sorprendidos por la boutade de su profesor, una más de las muchas en las que se prodigaba hasta que hace poco. Los adolescentes se giran entre sonrisas maliciosas y expresiones atónitas. Doña Esperanza Calabuig toma aire y esconde el móvil, molesta al saberse observada—. La inspectora está aquí para evaluar mi trabajo, ya os lo dije. Entra en mis clases para comprobar si lo hago bien, si os enseño lo que toca y no digo demasiadas burradas. Le preocupa saber si soy correcto en el trato con mis alumnos, si soy educado, si no me meto en líos. Quiere cerciorarse de que no uso un lenguaje inapropiado, de que no envío a nadie a tomar por culo, no descalifico a ciertos profesores como subnormales ni critico al centro y a la administración por estar más preocupados por la puta burocracia antes que por vuestra educación. —Los alumnos se encienden con aplausos y silbidos que amagan con alentar un motín, mientras la inspectora aguarda paciente a saber dónde conducirá esta arenga—. No quiere que os hable de drogas, de sexo ni de política, porque ningún adulto se mata a pajas viendo porno en su portátil; ninguno se empolva la nariz en el baño de un restaurante o se mete un tiro en bodas, bautizos y comuniones; ninguno se pone cachondo escuchando las arengas populistas de un cabrón en *twitter* llamando a bombardear pateras llenas de negros o a cortarle los huevos a quien pronuncie un comentario machista o viole una gallina para hacerse una tortilla de patatas.

»La inspectora lleva casi un mes entrando en el aula conmigo, y por eso nos hemos comportado como buenos seminaristas reprimidos, yo el primero. Está ahí, de pie en una esquina, a vuestras espaldas, y por eso teméis decir una palabra más alta que otra, y bien parece que sois todos unos ángeles, y yo un buen adiestrador de perros que sabe mantener a raya a las bestias en sus jaulas. ¿Y sabéis qué? Estoy hasta

los cojones, y como lo que toca hacer hoy me preocupa, voy a dejarme de gilipolleces y os pido que hagáis lo mismo. Yo me expresaré como acostumbro para deciros lo que no queréis oír, lo que no os va a gustar; y vosotros os dejaréis de precauciones y remilgos, y me hablaréis con franqueza, sin excusas, porque ha llegado el momento de ponernos serios y no tengo tiempo ni paciencia para más tonterías. ¿Queda claro?

Se escuchan murmullos, al fin. Elías se acomoda al alboroto, la confusión indisciplinada, las voces en avalancha que se pisotean hasta, prácticamente, volver ininteligible el discurso. Cualquier cosa menos el silencio, plúmbeo, tedioso. El profesor contempla en la periferia de su mirada perdida a la inspectora, incómoda, azorada por el bullicio y las proclamas incendiarias del docente a quien evalúa, y la expresión ofendida de la mujer de mediana edad anima el verbo voluptuoso y agrio de Elías, que se arroja sin red al vacío.

—¡Vale! ¡Escuchad! ¡Escuchad! —Las voces se apagan, y Elías se sabe de nuevo timonel—. Ayer por la tarde tuvimos evaluación. Los resultados del trimestre han sido un puto desastre: prácticamente todos habéis suspendido algo, y a más de la mitad os han caído cuatro o más asignaturas. Pregunté a vuestros profesores qué había ocurrido, y todos coincidieron en que no estáis haciendo una puta mierda: no atendéis en clase, no presentáis los ejercicios a tiempo y los resultados de los exámenes han sido catastróficos. Me dicen que, en algunas materias, como Matemáticas o Lengua, habéis renunciado, ¡y apenas estamos a mitad de curso!

—¡Eso no es justo! —grita una muchacha desde la esquina, junto a los ventanales—. El de Lengua no da clase, ni nos dice lo que va para el examen. Pasa de nosotros.

–Ya te contamos lo que nos hizo –argumenta un chaval, vestido con ropa deportiva–. Nos pone oraciones para analizar en las que nos insulta. «Todos los alumnos de este grupo son estúpidos y suspenderán el curso». Esa fue la frase del último examen.

—¡Eso era todo el examen! —le corrige su compañero de pupitre—. «Analiza sintácticamente esta oración»; fue la única pregunta. ¡Diez puntos! Yo para eso no estudio.

—¡Vale! ¡Vale! —Elías se eleva sobre la tormenta—. Ya he hablado con vuestro profesor de Lengua, y le he mandado a la mierda porque es lo único que se puede hacer con un hijo de puta que desprecia a sus alumnos, pero ése no es el problema. Soy vuestro tutor, y me partiré la cara por vosotros siempre que haga falta, pero la impresión general del claustro es que sois unos vagos a quienes no les importa lo que se hace aquí, y cada vez que os tocáis los huevos y no hacéis nada, ofrecéis argumentos a cabrones como el de Lengua para convencer al resto de que este grupo es un caso perdido, de que no vale la pena el

esfuerzo, de que aquí nadie va a conseguir su título al final del curso, ¡y eso es algo que ni vosotros ni yo podemos aceptar! Quiero que aprendáis, en mi asignatura y en tantas como sea posible, cuanto seamos capaces de enseñaros y vosotros tengáis la oportunidad de entender, pero llegados a este punto me preocupa que consigáis vuestro título para seguir adelante. ¡Debéis titular, todos! No quiero que perdáis este tren, porque el instituto ya no va a ofreceros nada más… Lo entiendo, estáis hasta las narices de la mierda que os obligamos a memorizar sin sentido, de conocimientos que creéis que no sirven para nada, y a estas alturas no tengo tiempo ni fuerzas para explicaros por qué estáis equivocados, ¡porque estáis jodidamente equivocados!, porque todo lo que podáis aprender en esta vida, en el instituto o fuera de él, os será útil… No, ahora no es el momento de arengas motivadoras ni de discursos reveladores; ahora es el momento de ser pragmáticos, de cambiar de actitud, de demostrar a esos capullos amargados que echan pestes sobre vosotros en las sesiones de evaluación que se equivocan, que entregaréis los trabajos, prestaréis atención a las indicaciones que os den y aprobaréis el curso para salir de aquí con vuestro título bajo el brazo. Y más adelante ya llegará el momento de tomar decisiones trascendentes, y de aprovechar esas pasiones que os motivan para coger las riendas de vuestras vidas, estudiar lo que os interese y seguir avanzando; más adelante, ¡porque ahora toca sacarse el puto curso! ¿¡Hablo claro!?

—¿Cómo vamos a hacer eso con profesores como el de Matemáticas, que ni siquiera nos dice qué entra en los exámenes?

—El de Matemáticas sólo da clase para los cuatro que se sientan en primera fila —se quejan desde el fondo.

—Tal vez, si no os pasarais la hora hablando y prestarais un poco de atención —se defiende un muchacho con el rostro sembrado de acné, volviéndose de espaldas desde la vanguardia. Sus compañeros protestan, y de nuevo prende la amenaza del motín.

—¡Basta! —estalla Elías, fuera de sí, lo que descuadra a los muchachos, quienes nunca han visto tan irritado a su tutor—. ¡No consiento que os echéis mierda entre vosotros! ¡Y basta de excusas! ¿El mundo no es perfecto? ¿Tenéis profesores incompetentes a cargo de vuestra educación? ¿Os sabéis injustamente tratados? ¡Por supuesto! No seáis imbéciles. ¿Creéis que ahí fuera no vais a encontraros con un mundo lleno de hijos de puta? Compañeros de trabajo a quienes sólo preocupa aparentar ante sus jefes, jefes inútiles que se aprovechan de vuestra capacidad y competencia, personas que os despreciarán creyéndose superiores, cabezas obtusas que no atienden a razones. El mundo no es perfecto, igual que no lo es el instituto, ¡pero no podéis ocultaros tras excusas toda la vida! ¡No os convirtáis en esa clase de imbécil orgulloso de su necedad! En vez de

eso, debéis encarar los problemas con diligencia, sin quejas. ¡Actuad de forma más inteligente que los desgraciados que os amargan la vida! Sabed qué quieren de vosotros esos mismos profesores que os desprecian; preguntadles, exigidles que aclaren los contenidos que entran en los exámenes, los criterios de corrección, las fechas de entrega de los ejercicios y cualquier requisito que se les pase por la cabeza. Cumplid con lo que os piden, sin darles el más mínimo argumento que justifique la mierda que van diciendo de vosotros en corrillos y reuniones de evaluación. Y si se niegan a hablaros, si no os contestan, si os marean o pasan de vosotros, entonces decídmelo y yo les exigiré que hagan su puto trabajo, pero dejad que lo haga yo, un adulto, otro profesor; dejad que se caguen en mis muertos porque a mí no me pueden hacer nada, pero a vosotros os pueden joder el curso, y eso es algo que aquí nadie debe permitir.

—Nos tienen manía, profe —afirma una muchacha de dicción impetuosa y actitud resignada.

—Os equivocáis. No os tienen manía, ¿y sabéis por qué? Porque les importáis una mierda. —Los alumnos murmuran incómodos. La inspectora resopla, valorando intervenir—. A algunos profesores les importa una mierda su trabajo, igual que les importa una mierda la educación. Están jodidos, hartos, agotados y desilusionados, porque creyeron que les pagarían un buen sueldo por demostrar su sabiduría sin límites sobre lengua, matemáticas, filosofía o química, y les ofende descubrir que a vosotros os importa una mierda eso en lo que ellos son expertos, ese mundo menguado de erudición sin fondo ni forma, sin valor ni uso. Hay demasiado investigador frustrado, poeta frustrado, académico frustrado, deportista frustrado, ingenieros, arquitectos, economistas, historiadores, biólogos, químicos, geólogos, geógrafos, físicos, matemáticos, filólogos que se han escondido en un instituto y aún no han comprendido que estamos aquí para que vosotros aprendáis, no para que ellos se luzcan… Pero también tenéis buenos profesores, gente que se parte el alma y se deja la piel para que recibáis la mejor educación posible. Así que, ¡renunciad a las putas excusas! Aprovechad la oportunidad que os ofrecen aquéllos que se preocupan por vosotros, y sed más inteligentes que los miserables que os desprecian. Aprended de quien os quiera enseñar, sacad el mejor partido de lo que pueda ofreceros este sitio, que más parece una cárcel que un centro de enseñanza, ¡sí, lo sé! ¡Ya me lo habéis repetido mil veces! ¡Pero, por el amor de Dios, conseguid vuestro puto diploma! ¡Nadie acabará este curso sin titular! Y nunca olvidéis qué fue el instituto para vosotros, cómo hubierais deseado que os trataran y qué hubierais querido cambiar, porque más de uno acabará donde yo estoy ahora, y no quiero que os convirtáis en ese tipejo amargado que repudia a sus alumnos porque en cada clase le recuerdan lo que no ha

sido capaz de conseguir, a lo que ha quedado reducido… No más excusas, ni ahora ni en adelante, ni este curso ni el resto de vuestra puta vida. No más excusas. Si es necesario, os lo tatuáis en la frente. ¡No más excusas! Haremos camisetas. ¡No más excusas!

Los estudiantes parecen incapaces de responder a la vehemencia del tutor. Elías se siente vacío y estúpido. El profesor no quiere a sus alumnos conmocionados por su verborrea, rendidos a su determinación. No. Los quiere vivos, rebuznando, airados, inflexibles ante el abuso de quienes pretenden imponer su autoridad arbitraria. Ahora los llamará uno a uno, y se deshará en requiebros, palabras de ánimo y cordialidad. En público, Elías cocea como un animal herido, cuando luego no es sino un padre caldoso que no puede ver sufrir a sus hijos; así se lo reprocha con cariño su mujer embarazada, y así se reconoce el tutor en el reflejo de sus pupilos adolescentes.

—Me gustaría hablar con vosotros en privado, y compartir algunas cosas que se dijeron en la evaluación. Ana —dice Elías, señalando a la primera alumna de su lista—, vienes conmigo al pasillo un momento, por favor. Gracias.

La muchacha se levanta y acude solícita a la llamada del tutor, quien la deja salir primero del aula, mientras cunden los rumores. La inspectora cruza la habitación desde la esquina, pero cuando iba también a encarar la salida, Elías le sale al paso.

—Si no le importa… Quiero hablar con mis alumnos en privado. Gracias.

La inspectora asiente, sorprendida por la rebeldía del hombre que, a lo largo de estas semanas, ha soportado su intromisión con docilidad. Elías sale también del aula, y doña Esperanza Calabuig se vuelve entonces, encarando a una clase que la escruta. Hace tiempo que la mujer no se enfrenta a un aula repleta de púberes y adolescentes, y lo cierto es que no sabe qué hacer, qué decir. Los estudiantes tampoco reaccionan, y la contienda queda en tablas.

La sesión de tutoría termina al escucharse el toque de corneta que anuncia el cambio de clase. Elías recoge sus bártulos y enfila el largo pasillo del primer piso, escoltado por la inspectora, sin mediar palabra. Al pasar por la puerta de una de las últimas aulas del corredor, los alumnos congregados a la entrada se abren para formar un pasillo que envuelve al docente bajo el manto de una fanfarria coreada con las manos extendidas y los brazos inhiestos, al uso de lo que los chavales ven en los campos de fútbol.

—¡Cuuuuuulo-silla! —Suenan tres raudales de palmadas sincronizados y rítmicos—. ¡Cuuuuuulo-silla! —De nuevo las palmadas—. ¡Cuuuuuulo-silla! —Una vez más.

—¿Son suyos? —pregunta desconcertada la inspectora, mientras Elías y ella se alejan unos pasos del barullo. Los cánticos aún se escuchan de

fondo.
—No. Coincidí con ellos en una guardia hace un par de meses… Estos no me denunciaron.
—¿Qué es lo que repiten? —se interesa la inspectora, pasando por alto la impertinencia.
—Una tontería —se ruboriza Elías—. Cuando entro en clase y están de pie, les pido que se sienten con una chorrada, algo así como que sus culos conozcan a sus sillas, y de ahí lo de «culo-silla».
—Ya —sonríe la inspectora—. Se diría que le gusta provocar. ¿Ha leído a Sandor Marai? —Elías lo niega, con una honestidad que supone una herejía entre operarios que se tienen por intelectuales, proclives al fingimiento allí donde no alcanza el esfuerzo o el interés —. Debería leerlo… Vamos a la cantina. Le invito a un café.
La pareja es atendida en la barra con celeridad: la inspectora pide un cortado y el profesor un refresco. Mientras se dirigen a la mesa, la mujer mira a su alrededor, repeliendo de forma implacable el escrutinio de los curiosos.
—Tengo la sensación que no nos quitan ojo —comenta la mujer con una leve sonrisa.
—Les pone nerviosos tener a una inspectora merodeando durante semanas por el centro.
—La verdad es que nunca había pasado tanto tiempo en el aula junto a otro profesor —confiesa la mujer, mientras endulza su bebida con sendas cascadas de azúcar en sobre—. Con los docentes en prácticas, no suelo perder más de una mañana: le pego un vistazo a las programaciones, pregunto a los jefes de departamento y entro en alguna de sus clases para cerciorarme de que no hemos aprobado a un autista. Rutina, ya sabe… Con usted, sin embargo, llevo ya tres semanas. Se aprende mucho viendo cómo trabaja un compañero. Es una experiencia que deberíamos promocionar.
—Pocos aceptarían verse escrutados en la intimidad de su aula.
—Ya, pero esa es la clave: que no es su aula. —La mujer sonríe, dando un sorbo al café caliente con la vista perdida en la contemplación de los chavales en el patio, tras la cristalera de la cantina—. Sin embargo, tampoco puedo dedicar tanto tiempo a un solo profesor. Hoy es nuestro último día; así que, la semana que viene usted volverá a la rutina de sus clases y yo escribiré mi informe.
—¿Y cuál es la sentencia, después de tres semanas?
—No sé por qué todos se empeñan en hablar de este asunto en los mismos términos —protesta la inspectora, al tiempo que dobla las piernas y se recuesta sobre el respaldo de la silla—. Esto no es un juicio ni nada parecido.
—Sí que lo es —discrepa Elías—, sólo que los agraviados se han erigido a la vez en fiscales y tribunal, jueces y parte.

—Tonterías. Todo esto no ha sido más que un desafortunado incidente que ha trascendido sin que hubiera necesidad de ello. Además, poco importa lo que otros piensen. Por ahora, el único criterio que cuenta es el mío.
—¿Y cuál es la sentencia, entonces? —repite Elías, testarudo y persistente, como un perro royendo un hueso—. Dígame, ¿qué ha visto en estas tres semanas?
—¿Qué he visto? Bueno… Es usted uno de los profesores más caóticos e indisciplinados que he conocido. Desprecia las programaciones, prescinde de contenidos a la ligera y según un criterio propio, exclusivo, no consensuado con sus colegas de departamento, además de no prestarle atención al libro de texto, lo que provoca que sus alumnos se pierdan con frecuencia, que les cueste seguir la relación lógica entre sus explicaciones y el material de estudio. Apenas se asegura de que los estudiantes refuercen su aprendizaje con tareas en casa, y en las pocas ocasiones en las que manda deberes olvida más tarde reclamárselos, permite que se salten las fechas límite de entrega y los valora con peligrosa munificencia. Las clases son excesivamente dialogadas, sin apenas trabajo en el aula, y sus exámenes son demasiado abstractos, complejos, exigentes. Trata a todos sus alumnos por igual, y de todos espera el mismo rendimiento, siempre el máximo, incluso de los más limitados; a todos exige las más altas capacidades al margen de la diversidad. Tiene problemas para mantener el orden, para imponerse ante potenciales brotes de indisciplina; resulta demasiado blando, les consiente actitudes y comportamientos inapropiados que antes o después favorecen la desobediencia. No le preocupa pasar lista, lo que por sí solo supone una falta grave en la función de guardia y custodia que las familias han depositado en nosotros. Puede ser usted especialmente zafio, y cuanto mayor es la ofensa, más se crece en sus comentarios procaces. Tal vez excuse usted esta forma torpe y desagradable de expresarse en unos modales bruscos, pero lo cierto es que es consciente de que sus comentarios ofenden, e intuyo que esa certidumbre le encorajina. La verdad, me sorprende que no se hayan quejado antes. ¡Por el amor de Dios! Todos nosotros somos modelos de comportamiento adulto para los alumnos, y por ello debemos resultar ejemplares. Reprima esas bromas subidas de tono, esas gracias arrabaleras, impúdicas y políticamente incorrectas; compórtese con un mínimo de madurez, de elegancia. Y, por supuesto, le exigiría que se contenga a la hora de hablar de sus compañeros en los términos que lo hace. Esa forma de criticar el trabajo de los demás resulta inaceptable, ¡y mucho menos frente a los alumnos! ¿A usted le gustaría que dijeran esas barbaridades a sus espaldas?
—Seguramente las dirán, ésas u otras; pero no me preocupa. Confío en

el criterio de los chavales —asegura Elías, nervioso.
—Pues no debería. Cuando suelta mierda por esa boca —prosigue la inspectora, rebajándose al nivel de su interlocutor—, no sabe quién está escuchando: los alumnos, por supuesto, pero tal vez también las familias, y como en el juego del teléfono roto, tampoco sabemos cómo llegará el mensaje original a oídos de terceros, ¡y si no, mire el lío en el que nos ha metido!
—Entiendo lo que dice, pero…
—¡Pero nada! —La inspectora atrae las miradas sin disimulo—. No es forma de comportarse en un profesor que trata con menores de edad, ¡y punto! Debemos proyectar una imagen, debemos preocuparnos por las formas, el trato, la apariencia, la manera de vestir, la pulcritud, la corrección, la puntualidad, el orden, el recato, los modales. Es evidente que usted no concede relevancia a las formas, pero se equivoca, y más en un instituto con adolescentes, donde en ocasiones las formas lo son todo, por encima de la transmisión de conocimientos y habilidades que muchos de ellos no pueden ni quieren alcanzar. Enséñeles a sentarse, a atender, a escuchar al otro con respeto, sin interrumpir, a cerrar la boca y a guardar silencio…
—¿Aunque todo cuanto les preocupe, mientras guardan silencio, es la réplica que preparan al margen de los argumentos del otro, a quien no escuchan? ¿Es eso? ¿Quiere que les conduzca a la misma mediocridad adulta que representan sus padres?
—¿Los conoce usted, acaso? —La inspectora se revuelve incómoda por los derroteros que está tomando la conversación—. A las familias, ¿las conoce? ¿Se ha sentado con ellas, o sólo las prejuzga? Su labor de tutoría deja mucho que desear en ese sentido.
—¿Lo ha hecho usted? —replica Elías, envalentonado—. ¿Lo hace la administración? ¿Escuchan ustedes a los padres, a todas las familias, incluso a las que no se quejan, a las que no denuncian sin fundamento a un profesor por deslizar cuatro palabras malsonantes en un aula durante una guardia?
—Cuatro palabras malsonantes que han resultado ser sintomáticas de un comportamiento inaceptable.
Suena el timbre que anuncia el final del descanso, y los dos contendientes se calman mientras la cantina se vacía. Los profesores y alumnos acuden a sus clases, y al final sólo queda la pareja. Elías tiene una hora libre, y la inspectora, después de tres semanas pegada al docente como una lapa, es consciente de ello, por eso ha escogido este momento para volcar las conclusiones de su evaluación sobre la mesa árida de una cantina desolada. En ausencia del tumulto, la pareja siente el frío tomando posiciones a su alrededor.
—Le pierden las formas —prosigue la mujer—, pero le sobra cerebro, corazón y entrañas. Conoce usted las materias que imparte, y no le he

visto entrar en una clase sin haberla preparado antes. Estudia con diligencia, invierte media vida elaborando materiales, y los alumnos no han de esperar más de uno o dos días a tener ejercicios y exámenes corregidos, con toda suerte de anotaciones y consejos donde les invita a mejorar. Su metodología funciona, no se lo niego, y la eficacia tal vez radica en la insistencia, en la perseverancia y, por qué no decirlo, también en el mimo con el que trata a todos los alumnos, y entre todos a los que más le necesitan. Le apasiona su profesión, que entiende no es la especialidad fortuita que estudió en la universidad sino la tarea de educar, taladrando esas duras molleras que se resisten con uñas y dientes al asedio. Escucha a sus alumnos, hasta el extremo de rectificar, lo que en ocasiones funciona y en otras no, restándole autoridad, pero que igualmente es un signo de ética que ejemplifica su compromiso. Le preocupan los estudiantes más que su propio prestigio, y es capaz de meterse en zarzales que otros evitarían, bien por hastío, bien por pereza, bien por un miedo pusilánime que usted parece despreciar. Se diría que siempre se pone del lado de los alumnos, incluso cuando no tienen razón, y aunque es un error tampoco creo que sea un mal punto de partida. Es un necio, bravucón y estúpido en el trato con sus colegas, mucho menos inteligente de lo que usted o los chavales podrían pensar, y pierde con sus desplantes y esa chulería intempestiva la oportunidad de llegar a otros profesores, en beneficio de sus alumnos y también propio, porque los críos dejan el instituto, pero usted se queda... Entiendo el origen de esa rabia, y en parte lo comparto, no diré que lo admiro. Ayer, en la evaluación de su grupo, cuando llamó a capítulo a los indolentes y biliosos que maltratan a sus chavales, debo reconocer que me alegró escuchar cómo los censuraba, cómo alguien les obligaba a ruborizarse, a sentirse incómodos al menos, a deshacerse en excusas. Me gustó verlos lloriquear, aunque entiendo inútil el esfuerzo, patética su soledad al frente de una evaluación perdida, otra más. Será por eso que abandoné el aula, para huir de cuanto no tiene solución; pero me alegra saber que alguien queda con ánimo para partirse la cara por lo que importa.

La mujer llama al personal de la cantina, que atiende tras la barra. La inspectora tarda unos segundos en comprender que nadie acudirá en respuesta a sus requerimientos. Elías observa desconcertado a su interlocutora, borracho de ideas e impresiones.

—Entonces, ¿ahora qué? —pregunta al fin el profesor, que no sabe cómo tomarse las palabras de la inspectora.

—En breve convocaré a las familias a una nueva asamblea. Ese día, usted leerá una disculpa, reconociendo el error de su comportamiento inadecuado, que puede excusar en motivos personales, sin más detalle. Insistirá en su arrepentimiento y en su propósito de enmienda,

asegurándoles que este desafortunado incidente no se repetirá en el futuro. Por suerte, dado que estamos a mitad de curso y su mujer dará a la luz en breve, el permiso por paternidad puede alargarse hasta junio, y para entonces las aguas ya se habrán calmado… Parece que no atienden en las mesas. Voy a pedir otro café. ¿Quiere usted algo más? ¿Otro refresco?

—No. —Elías responde de forma precipitada, pero al momento cae en la cuenta de la posible confusión a la que conduce su negativa—. No voy a disculparme.

—¿Cómo dice? —La inspectora, que ya se había puesto en pie para encaminarse hasta la barra, regresa a su asiento.

—No pienso disculparme.

—Creo que no entiende…

—No pienso disculparme —repite terco el profesor—. Esto es ridículo. Hace dos meses, entré en un aula de guardia durante cincuenta y cinco minutos, ¡cincuenta y cinco putos minutos! Dije cuatro gilipolleces, gasté un par de bromas e hice reír a los chavales un rato; y por esos cincuenta y cinco minutos los padres, el equipo directivo y mis colegas llevan dos putos meses zarandeándome con reproches, reconvenciones y amenazas.

—Elías…

—¡No! He conocido profesores que desprecian a los alumnos, que los insultan a diario, que los ningunean, que se cagan en su educación, que se burlan de su futuro; que dejan las putas llaves del coche encima de la mesa, se sientan frente al ordenador y se ponen a leer el periódico mientras la clase entera pierde el tiempo copiando enunciados. Nadie pide la cabeza de los cabrones que obligan a memorizar contenidos abstrusos e inútiles, de los vagos que corrigen exámenes y ejercicios a vuelapluma, de los incompetentes que se limitan a leer en voz alta párrafos del libro de texto. Nadie se queja cuando un profesor ofrece una enseñanza mediocre a sus hijos, pero piden mi cabeza porque mando a un alumno a la mierda o comparo un dibujo deforme con una polla eyaculando. ¡No me jodan! ¿Yo soy el malo aquí? ¿Dónde coño piensan esos soplapollas que están enviando a sus hijos: a un puto convento de cartujos, a una colonia de puritanos? Los chavales se regodean en un lenguaje infinitamente más soez que el mío; y no es por las redes sociales o los videojuegos; ¡joder, yo hablaba como ellos cuando tenía su edad! Igual que sus profesores, y sus familias, y usted, aunque ahora a todos les haya entrado la rigidez de un palo de escoba metido por el culo. ¿Qué es esto, un instituto o una academia de etiqueta y buenos modales? Acepto que fiscalicen mi trabajo, que enmienden mis errores, que me exijan convertirme en un mejor profesor; pero, si todo lo que les preocupa de mí son las formas, créame cuando le digo que pueden

besarme el puto orto helíaco de Sotis.
—¿Ha terminado? —Elías ha perdido los nervios después de tres semanas de escrutinio y habladurías, y si no sigue escupiendo espumarajos es porque la rabia le ha enmudecido—. No quiero que me interrumpa, así que se lo vuelvo a preguntar: ¿ha terminado? Sí. Bien, porque esto sólo lo voy a decir una vez, usted lo va a entender y hará lo que le ordeno, paso a paso y sin rechistar. ¿Me escucha? ¿Me escucha? ¿¡Me escucha!?
Elías asiente. El carácter decidido de la inspectora diluye su euforia, dejándole a merced de un pánico creciente que sube desde la boca del estómago como una ráfaga de ardor.
—Dentro de unos días, convocaré a las familias para que atiendas a sus disculpas. Antes de que llegue ese momento, usted me hará llegar un borrador de sus palabras. Yo revisaré el texto, corrigiendo cualquier comentario, hasta la más mínima expresión que no me parezca pertinente. El día de la asamblea, usted se limitará a leer ese comunicado, sin trucos efectistas propios de una película de sobremesa, sin romper el papel y hablarles desde el corazón, sin saltarse una sola pausa, una sola coma o punto, sin alterar siquiera la entonación, con emotiva diligencia y aplomo. Y cuando termine de leer, se quedará ahí, de pie, aguantando el chaparrón de quejas, los improperios y el malestar de las familias que quieren su cabeza, ¡porque está claro que nadie se quedará satisfecho ese día! Usted digerirá paciente cada insulto, cada necedad, cada grito, limitándose a responder un «lo siento» que, después de repetir una docena de veces, ya no significará una mierda, tanto para usted como para ellos, hasta el extremo de que terminen perdiendo interés y se pregunten qué coño hacen en un instituto malgastando una tarde libre cuando podrían estar apoltronados frente al televisor o hinchándose a tapas y cervezas en una terraza.
»Esto que voy a decir es de suma importancia, así que emplearé el tono y las formas con los que parece sentirse más cómodo. En todo momento, de aquí a que empiece a disfrutar del permiso por paternidad y le pierda de vista, va a coger usted toda esa rabia, todo ese orgullo, y se los va a meter por el culo, con o sin ariete, a mí eso me la suda. ¿Y sabe por qué? No por usted, porque no estamos aquí por usted, ni llevo tres semanas tratando de resolver este embrollo por usted, ni pienso partirme la cara por usted cuando las familias insatisfechas y sedientas de sangre vengan a mí con sus sermones. No. Me parece usted un imbécil, jactancioso y maleducado, y preferiría que se dedicara a cavar zanjas, a descargar bidones o a fregar platos; pero resulta que es usted profesor, un profesor a quien sus alumnos necesitan, los que tiene este año y los que vendrán en cursos futuros; y es por ellos por quien voy a contenerme antes de mandarle a la

mierda, y es por los alumnos que usted va a bajar la cabeza y a morderse la lengua. Porque usted no tiene derecho a cagarla, ¿me escucha? ¿Me entiende? ¡No tiene derecho! Los vagos, los cerdos, los cabrones, los hijos de puta a los que antes hacía referencia, esa escoria puede meter la pata, pueden ser unos profesores de mierda y yo puedo darme el gusto de crucificarlos cuando una queja o una denuncia llega a mi mesa; pero usted no. ¡No tiene derecho! Así que, por sus alumnos va a doblar el cuello ante esos imbéciles ofendidos con vidas de mierda que pierden el tiempo despotricando en redes sociales, se armará de una buena dosis de cinismo, recibirá un buen par de ostias con una sonrisa y dentro de seis meses volverá a las aulas, que es donde debe estar. Y como se le ocurra abrir esa bocaza para decir una sola gilipollez, yo misma lo atropellaré con mi coche. ¿Ha quedado claro? Asienta, al menos, si me ha comprendido… Bien. Y ahora, ¿quiere otro café, un refresco? ¡Por Dios, no sé cómo puede gustarle esa mierda azucarada! Ya tiene usted una edad.

Elías guarda silencio. La inspectora se acerca a la barra, con la cartera en la mano. El profesor siente un complejo regocijo al observar la silueta de la mujer.

Capítulo 11

La causa

> «A él y a unos ciento cuarenta maestros más se los había sacado al mismo tiempo de la misma factoría con los mismos principios, como otras tantas patas de pianoforte. Se les había hecho superar una inmensa variedad de etapas y contestar volúmenes de enrevesadas preguntas. (…) Ah, una dosis excesiva, señor M'Choakumchild. ¡Si hubiese aprendido un poco menos, cuán infinitamente mejor habría enseñado un poco más!».
>
> Charles Dickens. *Tiempos difíciles*.

El gimnasio está abarrotado. Se escucha el susurro de la multitud, un escándalo polifónico que amedrenta al orador. El evento se iba a realizar en una de las aulas, pero luego se pensó que el salón de actos acogería mejor a las familias, capaces de doblar la audiencia por la duplicidad de madres y padres. Al final, la expectación obligó a reconsiderar las opciones, y temiendo que algunos se quedaran fuera y los asientos limitados provocaran disputas, el equipo directivo decidió habilitar el pabellón cubierto del gimnasio, donde se ha instalado la tarima y se han desplegado las sillas que se guardan en el almacén para las ceremonias de graduación y otros actos ungidos de solemnidad.

Elías espera solo, abandonado, apenas sujeto al folio impreso donde hace días volcó sus disculpas, un pliego de prosa relamida que la inspectora ha validado con su marchamo de cinismo, como ella misma admite. Las manos le sudan, y el corazón tamborilea. Su mujer insistió en acudir, pero ha entrado en la recta final del embarazo y Elías no quiere sobresaltarla. «No es más que un trámite», mintió el profesor, besando la mejilla de su esposa al tiempo que arropaba su nuca con la palma suave de la mano. Elías no alza la vista porque sabe, intuye, tal vez sólo teme, que todos le observan. No anda desencaminado el profesor, si bien tampoco acierta. Los concurrentes, distribuidos en corrillos que se destejen por las esquinas, departen de forma animada

al tiempo que escrutan el horizonte, pendientes de chismorreos y galas. La inspectora tampoco se ha atrevido a subir al estrado, y forma piña con el director del centro, la jefa de estudios y un par de figuras oportunistas que siempre revolotean en torno al poder, por nimio que sea. La tutora se ha entregado a varias familias, ganada a la causa de los indignados, una más entre la multitud que pide la cabeza del canalla que se mofó de sus estrategias pedagógicas. Han venido un gran número de curiosos, y a Elías le gustaría saber que también varios de sus estudiantes: unos por no dejar solo a su profesor, a quien siempre han podido recurrir en momentos de necesidad; otros con el morboso anhelo de ver cómo el viejo estalla desde su patíbulo en exabruptos y revelaciones. A estos últimos les sorprendería la dócil predisposición con la que Elías acude al matadero; a ellos y a los demás, incluido al mismo protagonista, que no termina de creerse lo que está a punto de suceder. El sermón de la inspectora aún retumba en su conciencia, y el profesor apaleado sabe que no existe réplica posible para aquellos argumentos.

Los organizadores del evento dilatan la espera preliminar. Elías ve a la inspectora discutir con el equipo directivo: la mujer señala al docente, diana de las miradas indiscretas que por momentos se vuelven indecorosas. La inspectora niega la mayor e insiste en una idea, que la jefa de estudios rechaza una y otra vez. Al final, la mujer da media vuelta y avanza hacia la tarima entre bufidos de lidia. Cuando Elías ve subir por la escalinata a la jueza que lo ha cortejado este último mes, siente un alivio irrefrenable, que somatiza en forma de rictus involuntario. El profesor abrazaría a esta mujer, la única que se atreve a arroparlo en su soledad: la agarraría con todo el amor desesperado del que es capaz y, entre lágrimas, le suplicaría que no lo abandone al alcance de la masa hambrienta, la jauría que huele su miedo como si fuera carroña fresca. La mujer fuerza media sonrisa de compromiso y se adelanta a desarticular el micrófono acoplado a su pie. Al ver cómo la autoridad se apresta a iniciar el acto, familias, profesores, alumnos y curiosos moderan sus balbuceos y van tomando asiento, al menos los que pueden, dejando al resto de pie en los laterales y esquinas del gimnasio.

—Buenas tardes. —La voz de la inspectora reverbera poderosa gracias a la amplificación mecánica de los altavoces instalados por el departamento de Tecnología—. En principio, convocamos a esta reunió sólo a las familias interesadas, pero a lo largo del último mes han cundido los rumores, y desde el Consejo Escolar se decidió abrir la asistencia a docentes, alumnos y otros miembros de la comunidad educativa, a fin de despejar cualquier duda o preocupación motivada por malentendidos o habladurías. A título personal, fui reacia a que abriéramos este acto a la participación de personas que no se han visto

directamente involucradas en el suceso, pero, desde la inspección, hemos optado por respetar la voluntad de los órganos de gobierno escolares.

Casi nadie ha escuchado a la mujer que sostiene el micrófono; de hecho, muchos ni siquiera la reconocen, y tampoco les importa lo que venga a contarles. La mayoría está allí por satisfacer la curiosidad morbosa en el desenlace al episodio que ha sido la comidilla de los mentideros escolares los últimos meses, rescatando del tedio y la mediocridad a profesores, familias y alumnos sumisos a la rutina.

—Como todos ustedes saben, hace unos meses se produjo un incidente en un aula, que motivó la queja de estudiantes, madres y padres, quienes solicitaron de la inspección educativa una valoración de lo ocurrido. Durante las últimas semanas, he tenido la oportunidad de acompañar a los implicados en sus tareas diarias en el instituto, y he podido cerciorarme de que el problema se ha resuelto satisfactoriamente, no existiendo peligro de que vuelva a darse tal situación. A fin de zanjar este desagradable asunto, el profesor implicado nos ha pedido que convocáramos este encuentro para así poder ofrecerles una disculpa acorde a las circunstancias. Así que, sin nada más que añadir, cedo la palabra. Muchas gracias.

Las madres y padres sentados en primera fila se miran confusos e intercambian una cadena de comentarios apenas bisbiseados. La inspectora entrega el micrófono a Elías, que recoge el testigo con dificultad a causa de un temblor que tuerce su pulso.

—Buenas tardes. Si me permiten, y para que los nervios no me traicionen, leeré unas palabras que he escrito para esta ocasión. —Elías desdobla el papel tantas veces plegado y desenmarañado, hasta el extremo de que sus costuras parecen ir a desgajarse en cualquier momento—. Antes que nada, permítanme disculparme por cualquier agravio, ofensa o pesar que haya podido causarles, tanto a ustedes como a sus hijos. Les aseguro que nunca ha sido mi intención provocar daño alguno a nadie; y a pesar de ello, de nuevo me disculpo, porque entiendo que la honestidad de las intenciones no siempre es suficiente y pude haberles causado algún mal incluso sin pretenderlo. Lo siento.

»Soy profesor desde hace más de quince años. La docencia es mi vida, y tengo la enorme suerte de haberla escogido, sin que me viniera impuesta por las circunstancias, la necesidad ni el oportunismo. En estos quince años, he compartido aula con miles de estudiantes, y nunca antes me había visto en esta tesitura; puede que no sea la primera vez que un alumno se siente ofendido por mis palabras, pero es la primera vez que me lo hace saber y que yo lo percibo, lo que me lleva a concluir que mi comportamiento tal vez no haya sido ejemplar en otras ocasiones, y que debo prestar más atención a partir de ahora a la sensibilidad y necesidades de mis pupilos, así como al efecto de

mis actos. Como adulto, soy responsable de cuánto ocurre entre esas cuatro paredes durante el tiempo en el que ustedes depositan en mí su confianza para que cuide a sus hijos y les asista en su aprendizaje. Por ello, de nuevo, les pido disculpas si no he estado a la altura de ese compromiso.

»Los alumnos acuden a nosotros para recibir la mejor formación posible, y es nuestro deber garantizarles un entorno seguro y respetuoso. Cuanto no cumpla con esas condiciones, es inaceptable; y, por lo tanto, si con mi comportamiento, comentarios o alusiones he faltado a ese fin, les ruego humildemente disculpas y les aseguro que no volverá a suceder. Soy el primero que considera inadmisible cualquier trato injusto o inadecuado hacia los alumnos, el primero que siente la ofensa como propia y no consiente ningún abuso hacia sus estudiantes. Les pido por ello disculpas, de nuevo, y tantas veces como sea necesario. Lo siento.

Elías da un paso atrás, deja el micrófono en su pie y dobla el papel con mimo. La inspectora asiente, cruzada de brazos, sin mirar tampoco al frente. Entre el público vuelven los susurros; nadie entiende si acaso la función ha concluido, si esto es todo cuanto pueden esperar. La audiencia parece decepcionada, especialmente las primeras filas, donde los unos se dirigen a los otros, buscando un interlocutor que verbalice su desencanto. Al final, un hombre se erige en portavoz de la masa: el padre de Nacho, don Ignacio Seguí, pulcramente vestido con un traje chaqueta de color azul eléctrico. El hombre se alza de la silla, de espaldas al escenario, y con las palmas de las manos extendidas pide contención a sus colegas de corral; después, se acerca al pasillo formado entre las dos columnas de asientos y eleva la voz, mirando al estrado con expresión desafiante, como no podría ser de otra forma.

—¿Ya está? ¿Eso es todo? —pregunta el padre.

—No le comprendo —responde Elías, inclinando medio cuerpo hasta que sus labios rozan la celosía metálica que recubre el extremo del micrófono.

—¿Eso es todo cuanto tiene que decirnos? ¿Lo siento?

—Le aseguro que mis disculpas son…

—Déjeme preguntarle algo, ¡pero no a usted, sino a la mujer que le acompaña ahí arriba! Con usted no tengo nada que hablar. ¿¡Esto es todo lo que tenían hoy que decirnos!? ¿¡De esta forma se supone que resuelve usted los problemas!?

—Disculpe, pero…

—¡No hablo con usted! —El padre ofendido señala al horizonte con su dedo acusador—. ¡Me dirijo a la inspectora! ¡Esa mujer nos aseguró hace un mes que tomaría cartas en el asunto, que pondría fin a los abusos cometidos sobre nuestros hijos y repararía el daño causado! —

brama don Ignacio, dirigiéndose esta vez al público.
—Oiga. —La inspectora desplaza a Elías y toma la delantera al frente del micrófono—. En primer lugar…
—¿¡Eso es todo lo que nos ofrece después de un mes investigando los abusos cometidos sobre nuestros hijos!? —insiste el padre, señalando a la inspectora con violento desprecio—. ¿¡Una disculpa!? ¡Con una disculpa no arreglamos nada!
—¿Y qué es lo que quieren? —pregunta la inspectora.
—¡Queremos que echen a la calle a ese hombre, que no vuelva a pisar un aula, que ningún otro alumno se vea expuesto a sus abusos!
—¿Se han vuelto locos? ¡Por el amor de Dios! ¿Han perdido ustedes el juicio?
—¡Son nuestros hijos! —grita una espontánea entre el público.
—¿¡Es que acaso nuestras preocupaciones no cuentan!? —le secunda otra madre.
—Si sus reparos son legítimos y se sustancian en evidencias, por supuesto que…
—¡Son nuestros hijos! ¡No lo olviden! —continúa don Ignacio arengando a sus fieles—. ¡En la educación de nuestros hijos, decidimos nosotros, sus padres! ¡No vamos a permitir que unos extraños nos digan qué hacer! ¡No, señora! ¡La administración debe escucharnos! ¡Ese hombre debe perder su empleo por lo que hizo! ¡Eso, como mínimo! ¡Y una vez en la calle, que sean los tribunales quienes se pronuncien, y tal vez acabe en una celda si es que aún queda justicia en este país, que lo dudo con los políticos que tenemos!
—¡No! —grita la inspectora, visiblemente alterada. Elías pretende calmar su ánimo, pero la mujer le rechaza con un aspaviento—. No voy a seguir ni un minuto más con esta estupidez. ¡No! ¿¡Me oyen!? ¿Se han vuelto ustedes locos? ¿¡Una celda!?
—¿¡Qué clase de ejemplo le damos a nuestros hijos si ese hombre regresa a las aulas!? —se pregunta una madre en voz alta.
—¡Entre profesores siempre se protegen! —insiste don Ignacio—. ¡Eso todo el mundo lo sabe!
—¿¡Cómo se atreve!? —replica la inspectora, airada. Se están formando corrillos segregados, donde se eleva la voz en forma de insulto y reproche, injurias y eslóganes de campaña.
—¡A ustedes sólo les preocupan sus vacaciones y cobrar a fin de mes! ¡Nuestros hijos no les importan lo más mínimo! ¡Haríamos bien en educarlos en casa!
—¡Háganlo si tienen huevos! —La inspectora devuelve la marca del dedo acusador al padre iracundo, perdiendo al fin los estribos—. ¡O mejor aún, antes de abrir la boca, entren en un aula con treinta mocosos malcriados y traten de mantener su interés y atención durante cincuenta y cinco minutos siete horas seguidas! ¡Vamos! ¡Les

invito a cruzar todas las mañanas esa puerta con el ánimo incorrupto para predicar en el desierto a una manada de chiquillos ingratos a los que han malacostumbrado colmándolos de caprichos! ¿Educarlos en casa? ¿Ustedes que se lo consienten todo, que son incapaces de ponerles los límites más elementales, que dan la espalda a sus obligaciones como padres y sólo piensan en que llegue el momento de abandonarlos en la puerta del colegio para que sean otros los que se ocupen de aguantar a los pequeños dictadores que están criando? ¡No me jodan! ¡Educarlos en casa!

Un aplauso espontáneo brota entre algunos profesores desde el fondo del gimnasio. Varios familiares dirigen improperios soeces a la inspectora, pero la mujer impone su voz gracias al micrófono, que en un arrebato de teatralidad ha arrancado de su pie, sujetándolo con la mano frente a unos labios que escupen ráfagas de esputos.

—Llevo un mes detrás de este infeliz —asevera con fiereza la inspectora, señalando a Elías, que no sabe cómo reaccionar—. He contribuido al acoso que este desgraciado sufre desde hace semanas, ¡y todo porque le dijo cuatro gilipolleces, cuatro bromas sin gracias, cuatro palabras gruesas a sus hijos! ¡Sus hijos, que como cualquier púber escuchan barbaridades mucho más terribles cada día en boca de amigos, desconocidos y cretinos a los que siguen en las redes sociales! ¡No me jodan! ¿Quieren crucificar a este pobre diablo por lo que dijo, cuando no se preocupan en vigilar los contenidos a los que sus hijos se exponen en la televisión, en los videojuegos, en la música que escuchan, en las páginas de Internet que visitan? ¡No pueden ser ustedes tan jodidamente cínicos! ¡No consiento que se refugien en la ofensa, y que luego enchufen a sus hijos frente a una pantalla para perderlos un rato de vista! ¡No me jodan!

—¿¡Cómo se atreve a hablarnos así!? —responde indignado el padre de Nacho—. ¿Quién se cree usted para…?

—¡Cállese de una puta vez! —replica la inspectora. Nadie da crédito a esas palabras, y pocos son capaces de reaccionar, si no es con una sonrisa pazguata o una simple expresión de asombro—. ¡Estoy de usted hasta los ovarios! ¿Sabe que ha sido por usted que he obligado a este pobre infeliz a leer esa estúpida disculpa? Es por ustedes que hemos montado este circo, y si no se dan por satisfechos permítanme que les diga una cosa. ¡Váyanse a tomar por culo!

—¡Tendrán noticias de mi abogada!

—¡Váyanse a la mierda, usted y su puta abogada!

Las voces se multiplican, los aspavientos, las amenazas, los reproches entre tribus enfrentadas en las esquinas del recinto: profesores y padres, alumnos y docentes, abogados del Diablo y energúmenos para quienes parece haber llegado su momento, una locura colectiva que convierte en dogma el improperio, en ruido la ceguera. Nadie escucha,

todos gritan; será tal vez porque todos tienen la razón y nadie se equivoca, o eso creen, o eso opinan, y es su juicio el único que cuenta: parcial, encendido, irrevocable, teleologías de aspecto inmarcesible, simple pirotecnia, si bien nada más importa: quien eleve la voz una octava más alta ganará la partida.

—Por favor… Escuchen… ¡Por favor! ¡Eh!

Elías pronuncia un alarido seco, micrófono en ristre, de eficacia probada en cientos de clases a lo largo de la última década. El tumulto se modera. La inspectora y el padre de Nacho, que se habían enzarzado en un bucle de insultos, observan al orador: ella a su lado en la tarima, él desde el foso. Los chavales pierden los nervios cuando sueltas demasiado la cuerda; se sobreexcitan hasta el extremo que no se reconocen en sus propios actos, y entonces sólo queda el recurso del latigazo, un golpe de voz, una palmada sobre la mesa, una llamada de atención que temple el torrente hormonal y les devuelva a sus asientos: culo-silla. Los adultos en el gimnasio, sin embargo, se le antojan a Elías como una caterva de animales salvajes, con los ojos fijos en la presa que pretenden despedazar a dentelladas.

—Permítanme que me disculpe —suplica Elías.

—¡No queremos oír más discursos! —gritan desde el fondo.

—No pienso darles ningún discurso, créanme. ¡Fíjense, no llevo nada escrito! No les insultaré con más frases huecas. Pero, por favor, se lo ruego, escúchenme.

—Pierdes el tiempo con estos paletos. —La inspectora baja los escalones, renunciando a la tarima para reunirse con el equipo directivo que aguarda junto a la puerta, al frente de un tumulto atrincherado de profesores.

—Permítanme que me disculpe —repite Elías—, con ustedes, los padres, las madres, por no favorecer que formen parte de la educación de sus hijos. A veces, los profesores nos quejamos porque las familias no se responsabilizan del comportamiento de los chavales, pero nosotros somos los primeros que mantenemos altos los muros que nos separan de ustedes, para que no pongan en evidencia nuestros métodos, por miedo y comodidad, con cierto desprecio y demasiada arrogancia. Pero ésos que son sus hijos también son nuestros alumnos, y aunque perseguimos un mismo fin, demasiadas veces nos damos la espalda, incluso nos ponemos trabas que sólo repercuten en perjuicio de los chavales. Siento no haberles hablado con franqueza, sin artificio; lamento no haberme dado a conocer y no haber convertido mi aula en la suya, en la nuestra. Si lo hubiera hecho, tal vez no recelaríamos los unos de los otros, y problemas como éste se hubieran resuelto con una conversación provechosa, sin amenazas ni desconfianza.

»A mis alumnos, también quiero pedirles disculpas —continúa Elías,

dirigiendo la mirada al fondo del gimnasio—. No hemos sido justos con vosotros. Vuestros padres os entregan cada mañana en las puertas del instituto como si fuera una guardería, y nosotros os tratamos como si estuvierais en una prisión, y a nadie parece preocuparle que percibáis vuestra condena como una larga pérdida de tiempo. Veréis, yo… Yo no soy el educador que debería ser. Me escogieron para entrar en un aula hace quince años por todo cuanto podía repetir, no por cuanto era capaz de comunicar. Muchas veces no sé qué hacer con los estudiantes, si no es exhibir mi erudición. Comparto con vosotros lo que creo saber, lo que he vivido, mi experiencia, mi juicio, y trato de comprobar que me habéis seguido, con la ilusión, muchas veces ficticia, de que algo ha cambiado en vosotros después de pasar por mi clase. Pero el aula no es mía, sino nuestra, y de poco sirve que me esfuerce en cambiaros cuando no veis el sentido a nada de lo que aquí hacemos. Os escucho, es cierto, y trato de ponerme en vuestra piel, pero con demasiada frecuencia pierdo la perspectiva del que se sienta en uno de esos pupitres y soporta el incansable hastío de una larga sucesión de explicaciones deslavazadas solapándose como un rodillo a lo largo de la mañana. Algunos deberíais estar corriendo, saltando, gritando a campo abierto; a otros tal vez os convendría hablar y ser escuchados; y los hay que, efectivamente, encuentran su sitio en lo que ellos perciben como una cómoda rutina académica. Pero nosotros os tratamos a todos por igual, piezas de un engranaje mecánico en una línea de producción en cadena. Y, lo peor, es que no sé hacerlo de otra forma, ¡porque no soy profesor!, ni siquiera tengo claro en qué consiste el oficio. No he recibido una verdadera formación docente, no me he preocupado por leer y aprender sobre los fundamentos de mi profesión, ¡lo que sé sobre dar clases me lo habéis enseñado vosotros, mis alumnos! Voy a tientas con casi todo: gestión del aula, trabajo académico, métodos de evaluación. Cada cierto tiempo, algún iluminado llama a mi puerta para ofrecerme una solución mágica que guíe mi tarea y resuelva mis dudas, y a veces escucho esos cantos de sirena, cambio mi metodología, incorporo nuevas palabras y reflexiones a la práctica docente, y sigo mi camino de incompetencia, porque en el fondo no tengo ni puta idea de qué hacer con vosotros. Algunos aprenderíais solos, aunque yo no estuviera; otros os habéis institucionalizado, y sólo respondéis a la rigidez del aula más obtusa; y a muchos os he perdido porque no sé cómo llegar a vosotros. Y por todo eso, lo siento, no sabéis cuánto.

»Y a mis colegas, a la dirección del centro, a la inspectora, a la administración, querría también pedirles disculpas. —Elías mira al corrillo de autoridades a la diestra—. Su trabajo consiste en ordenar, reglamentar, estructurar, pautar y vertebrar la actividad educativa, y yo no sirvo para nada de eso. Finjo cumplir con las normas, pero

apenas presto atención a esas directrices; ¡y no es tanto por desprecio como por ignorancia! No sé para que sirve toda la burocracia con la que nos atosigan, ¡no tengo ni la menor idea! Ninguno de ustedes se ha molestado nunca en explicar la pertinencia de esos largos monólogos que publican periódicamente como normas de obligado cumplimiento, y creo que se debe a que ustedes tampoco entienden su razón de ser. Entre todos, hemos erigido robustos muros que nos separan: alumnos, familias, profesores, administración, y para comunicar esos guetos inventan procedimientos abstrusos y normas infladas de sordina. ¡Y yo no las entiendo! Y por eso me acaban importando una mierda, lo que me lleva a vulnerarlas cada vez que impongo el sentido común donde priman las restricciones. Soy una pieza defectuosa de un engranaje mecánico, y lo peor es que no les importa, lo aceptan, asumen que algunos de nosotros no cumpliremos con aquello que nos exigen, que algunos seremos indolentes, despistados, rebeldes, tozudos, negligentes, y viven con ello, ¡vivimos con ello! Lo aceptamos, todos, ustedes, las familias y nosotros, los profesores, aislados en la burbuja del aula donde unos se sienten demiurgos cabreados, otros turistas sin vocación, náufragos, refugiados, personajes de una ficción a caballo entre la indiferencia y el absurdo. Todos habitamos, con mayor o menor comodidad, en ese aislamiento, y a lo sumo reunimos nuestros llantos y reproches al final del trimestre en una evaluación administrativa o plañidera, mecánica o amarillenta a causa de los cotilleos en los que algunos se regodean. Y lo siento, siento no haberme obligado a colaborar con mis compañeros, a dar por sentado la abulia y ceguera de la administración, a ir por libre, ocupándome de mis asuntos, contemplando los acontecimientos desde la periferia, sin involucrarme, sin exigirme participar de una ambición trascendente.

»Lo siento, no por lo que en estos meses se lleva murmurando, en ocasiones a gritos, sino por lo que no se ha dicho. Siento que hayamos llegado a este extremo sin reaccionar, que no hayamos sabido cuidarnos mejor los unos a los otros, que hayamos elevado la voz tanto que ya no somos capaces de escucharnos, y lo peor, que al final nada de eso nos preocupe. Asistimos al fracaso de la educación, y aunque todos somos responsables, en este momento soy yo el que debe disculparse, y lo hago, sin guion, sin precauciones, sin rencores, sin alharacas. Lo siento.

El auditorio retiene el aliento una fracción de segundo, e inmediatamente después aparta la vista del estrado, regresando a las conversaciones murmuradas en sus corrillos, donde sólo hallan un refuerzo positivo a sus juicios y previsiones, a sus reparos y quejas. Elías aún permanece de pie en el escenario un buen rato, sin saber cómo seguir. A los pocos minutos, cuando es consciente de que nadie

advierte su presencia, a nadie preocupa, aprovecha su invisibilidad para salir del cuadro. Mientras camina entre el gentío en dirección a las puertas del gimnasio, el profesor pasa cerca de las autoridades y las familias, de los curiosos y los alumnos, pero nadie se vuelve a mirarle, ni siquiera reparan en su trasiego espectral en esta gélida atmósfera de indiferencia.

Las conversaciones se prolongan un buen rato, hasta que unos y otros sienten el frío en los huesos y deciden irse por donde vinieron. Los dos últimos grupos en disolverse son los de familias y autoridades. Vulnerando el protocolo, y sin una audiencia a la que arengar, don Ignacio Seguí se acerca a la inspectora con un postrero reproche. El director del centro le corta el paso, con un gesto tan aparentemente heroico como baladí. La inspectora, sin embargo, aparta a su escudero con amable disposición, aceptando el cruce de insultos con este padre que sigue hambriento de protagonismo indignado.

—¿De verdad no van a despedir a ese desgraciado, después de lo que ha hecho, de todo lo que ha dicho? —pregunta don Ignacio.

—Mire —objeta condescendiente la inspectora—, sobre la mesa de mi despacho se van acumulando los informes de quejas y problemas por resolver. Tengo docentes que, presuntamente, han proferido insinuaciones de contenido sexual a estudiantes menores. Hay casos de profesores que han agredido a sus alumnos, lanzándoles objetos, tirándoles del pelo, golpeándoles; y de la misma forma, recibo todas las semanas noticias de ataques físicos y verbales a personal docente por parte de chavales y familias. Debo resolver casos de profesores que no se han incorporado a su puesto de trabajo desde que empezó el curso, hace más de cuatro meses, y que alegan haber sufrido el acoso laboral de compañeros y equipos directivos que ni siquiera conocen porque aún no han visitado el centro. Bajas dudosas, retrasos diarios sin justificaciones plausibles, quejas infundadas; y eso por no hablar de profesores que no imparten docencia alguna en el aula y se limitan a leer el periódico, pirados que convierten a los alumnos en auditorios para sus discursos políticos, religiosos y sectarios, incompetentes que confunden la clase con una filmoteca y se pasan el curso poniendo una película tras otra. ¿Entiende lo que le digo? Me han tenido ustedes vigilando durante un mes a un pobre imbécil cuyo único pecado es ser un bocazas sin remedio, y mientras he desatendido problemas reales que, para ser sincera, ni siquiera sé cómo resolver.

»¿Me pregunta si vamos a despedir al profesor que supuestamente insultó a su hijo? Llevan meses torturando a ese desgraciado con sus quejas, reclamaciones y amenazas. Lo han convertido en un paria para las otras familias, sus compañeros y no pocos alumnos. ¿Qué más quieren?

Capítulo 12
La penitencia

> «PROCTOR: ¡Está ardiendo un fuego! ¡Oigo los pasos de Lucifer, veo su sucia cara! ¡Y es mi cara, y la suya, Danforth! ¡Arde para todos los que no se atreven a sacar a los hombres de su ignorancia, como yo no me he atrevido, y como ustedes tampoco se atreven ahora, aunque en el fondo de su negro corazón saben que todo esto es mentira!».
>
> Arthur Miller. *Las brujas de Salem*.

C

amino del coche empieza a llover. Se trata de una fina cellisca que apenas se posa en la superficie de las carrocerías y el pavimento sin que llegue a cuajar. Elías se ajusta las solapas de la chaqueta y acelera el paso, cargado con una caja de paquetes de folios donde ha metido una pila de ejercicios y exámenes. La calle que corre en paralelo a la parte anterior del instituto sólo está iluminada por las luces indirectas del centro escolar, que los bedeles están apagando de forma sincopada antes de echar el cierre por hoy. El profesor tiene su coche prácticamente al final de la calle, aparcado en batería; es el único vehículo en la zona, y apenas se distingue confundido en la oscuridad de la noche. En horario de oficina, no cabe un alfiler en esta zona, y los vehículos se suben incluso a la acera para aparcar. Ahora no hay nadie, si no es una sombra borrosa de pie junto a la carrocería negra. Elías teme por un momento que alguno de los contendientes que se han dado cita esa tarde en el gimnasio le espere para expresar a golpes sus quejas. Circulan historias de profesores agredidos por padres iracundos, de discusiones pueriles que degeneraron en huesos rotos y labios partidos. Elías se tiene por un bocazas, por supuesto, pero anda lejos de creerse un matón pendenciero. Mientras aligera el paso para sortear la lluvia, que parece dispuesta a arreciar en cualquier momento, el profesor siente cómo le tiemblan las manos y le castañetean los dientes, y sólo al final de su indecisa travesía, el hombre se calma al distinguir a pocos metros la identidad de la persona que le aguarda de pie junto al coche: se trata de la madre de

Nacho, el alumno agraviado. Elías recuerda a la mujer del encuentro que mantuvieron semanas atrás, a pesar de que ha aparecido parcialmente oculta por el embozo de su gabardina. Es curioso: Elías no cree haberla visto en el gimnasio esa tarde; de ser así, lo recordaría.
—Buenas noches —musita el profesor desde la distancia.
—¡Dios mío! No me diga que le han despedido —se lamenta la mujer, visiblemente conmocionada.
—¿Qué? —Elías cae en la cuenta de la caja que sujeta con un brazo, apoyada en la cadera, y entiende entonces el motivo de la confusión —. No, no. No se preocupe. No. Me llevo un montón de exámenes y ejercicios para corregirlos este fin de semana en casa.
—Menos mal —sonríe la mujer con alivio.
—No creo haberla visto en el instituto esta tarde.
—No. No… No he tenido fuerzas para entrar.
—¿Se encuentra usted bien?
Sin esperar respuesta, el docente abre el maletero de su coche y deja la caja dentro. La puerta abatible le sirve de paraguas, bajo el que Elías se guarece mientras habla con la mujer, a su derecha. La madre de Nacho baja de la acera y da un paso en dirección al hombre, tan lejos como para que la situación no resulte incómoda, y tan cerca como para que oiga su voz a pesar del viento.
—Quería pedirle perdón —susurra la mujer.
—¿Cómo dice?
—Quería disculparme con usted —repite la madre.
—No tiene usted de qué disculparse —asegura Elías, ruborizado a pesar del frío y la tormenta que descarga con más de fuerza.
—Se equivoca. Debo contarle algo. Fui yo quien… Yo hablé con las otras madres... Fui yo quien les contó lo que había ocurrido. Sospechaba lo que podía pasar… No… Bueno… Lo sabía. Sabía que esas mujeres, chismosas y aburridas, lo exagerarían todo. Es lo que siempre ocurre en esos grupos. Sabía que los padres acabarían compitiendo por ver quién estaba más indignado, y que, seguramente, se nos iría de las manos, como ha ocurrido. Por eso, lo siento.
—Ya. —Elías no sabe qué decir. Lleva meses disculpándose, y no está a acostumbrado a este cambio de papeles—. ¿Por qué lo hizo? Perdone, no quiero...
—No, no. No se preocupe. Yo… Estoy en medio de un divorcio difícil, y mi madre... No. —La mujer sonríe, y al tiempo dejar escapar las primeras lágrimas, que se confunden con la lluvia. Elías la invita a acercarse bajo la puerta del maletero, donde la pareja halla refugio—. Son excusas, ¿sabe? No. Lo hice porque no quería que las otras familias pensaran que no cuido lo suficiente a mi hijo, que no me preocupo por él, que no lo protejo. No quiero que me juzguen como a

un mujer blanda y asustadiza que permite cualquier abuso sobre su niño sin sacar las uñas.
—Lo siento —se disculpa Elías, regresando al rol donde se encuentra cómodo—. ¿Cómo se encuentra Nacho?
—Lo está pasando mal. Él no acepta que su padre y yo nos estemos divorciando. Para él, no tiene sentido. No acierto a entender si cree ser responsable de nuestra ruptura, como nos dice unos, o si trata de aprovechar la separación para imponer sus exigencias a los adultos, como nos aseguran otros. No tengo ni idea. Lo único que sé es que no está bien. Nacho siempre fue un niño cariñoso, amable, un buen chico, pero ahora… No sé cómo hablarle. No sé qué hacer con él. Se está convirtiendo en un extraño.
—No conozco demasiado bien a su hijo —explica Elías—, apenas hemos coincidido en un par de ocasiones, si no recuerdo mal, pero mi impresión es que el crío tiene un buen fondo. Seguramente, andará perdido, pero si se arman de paciencia con él, seguro que sale adelante. No hay mejor bálsamo que el tiempo y el diálogo, sobre todo si es franco y se prescinde del reproche fácil.
—¿Usted cree? —se pregunta la madre, queriendo convencerse de los buenos augurios de este hombre, que no deja de ser un desconocido—. ¿Puedo pedirle un favor?
—Por supuesto —responde con precipitada ansiedad el profesor—. Dígame.
—¿Podría usted abrazarme? Por favor. No es nada…
Elías duda un momento. No lo hace porque tema que el gesto se malinterprete, no le preocupa que alguien los esté observado y saque conclusiones erradas, no se le pasa por la cabeza que su esposa embarazada pueda reprocharle la intimidad con otra mujer. No. Elías duda porque no sabe cómo consolar a esta madre que llora bajo la lluvia, y lo último que desearía es aumentar su dolor con un gesto inapropiado. El docente, sin embargo, se derrite en la aflicción que esta madre angustiada le transmite, y al final la abraza con ternura, al borde también él de la lágrima. Y durante el minuto largo que dura esa comunión, la pareja redime sus tormentos en una súplica que halla un indulto mutuo. Por un instante, el hombre y la mujer regresan a aquella celda de castigo donde se conocieron, y este embrollo, este desafortunado episodio, como gusta en calificarlo la inspectora, queda zanjado, resuelto que no olvidado, porque sirve como aprendizaje de errores comunes. Por un momento, piensa Elías, el calvario de los últimos meses tiene sentido.
El abrazo termina cuando la mujer se aparta. El profesor sonríe, y la madre lo mantiene agarrado por los hombros. Parece que la mujer está a punto de abalanzarse sobre Elías, tal vez con la intención de besarlo, piensa el profesor, quien al momento da un paso atrás,

poniendo un remedio prematuro a cualquier malentendido. Pero entonces la mujer se echa sobre Elías, le coge por las solapas de la chaqueta y lo empuja con fuerza. El profesor está a punto de perder el equilibrio, dando dos pasos atrás hasta quedar en mitad de la calle, y al volver la vista distingue durante una fracción de segundo unas luces que se le echan encima. El coche atropella al profesor, cuyo cuerpo gira como un pelele en el aire después de encontrarse con el morro y el parabrisas del vehículo. La mujer deja escapar un grito, al tiempo que se lleva las manos a la boca. El coche homicida frena en seco a los pocos metros del siniestro, al tiempo que la puerta del copiloto se abre. La mujer tarda en reaccionar, y al rato sale corriendo calle arriba, monta en el coche y cierra con fuerza. En la cabina, don Ignacio pisa el acelerador. La pareja permanece en silencio los primeros minutos, hasta que la mujer empieza a farfullar, hilando frases en su mente aturdida.

—Hacía tiempo que no me sentaba en este asiento, desde que nos separamos y me quedé con el coche. Ahora siempre lo conduzco, así que no me he vuelto a sentar en este asiento desde entonces. Había olvidado lo que es ir sentada en este asiento...

—Cálmate —ordena don Ignacio a su esposa. Al hombre le tiembla la voz, por mucho que se esfuerce en simular entereza.

—Recuerdo que siempre iba incómoda en este asiento porque la silla de los niños estaba detrás y no podía moverlo, y siempre tenía las piernas muy cerca del salpicadero...

—¡Cálmate!

La mujer responde con sollozos y temblores al grito de su marido, y al momento enloquece, queriendo bajar del vehículo en marcha. El hombre frena en mitad de una calle residencial mal iluminada, y con la mano retiene a su esposa, evitando que abra la puerta.

—Un colega me ha dejado las llaves de su chalet. Llevaremos este coche allí, lo esconderemos en el garaje y nos volveremos con otro viejo que tienen para imprevistos.

—¿Qué hemos hecho? —duda la mujer, desecha en lágrimas.

—Hemos hecho lo que había que hacer. —El hombre arranca el utilitario y reanuda la marcha—. ¿Me oyes? Hemos hecho lo que había que hacer.

El coche sigue su camino hacia el anonimato del tráfico rodado de la autopista. Mientras, Elías se desangra sobre una calle desierta hasta morir.

FIN

Capítulo 1
La guardia

> «GALILEO: (…) La vieja que, la noche antes del viaje, le da con su mano seca un haz de heno más al mulo, el navegante que, al comprar provisiones, piensa en la tormenta y la calma chicha, el niño que se pone la gorra cuando se le demuestra que puede llover, todos ellos son mi esperanza, todos ellos atienden a razones. Sí, tengo fe en la suave violencia de la razón sobre los hombres. A la larga no pueden resistírsele. Nadie puede ver mucho tiempo cómo dejo caer una piedra y digo que no cae. La seducción que se desprende de una prueba es demasiado grande. La mayoría se rinde a ella, y a la larga todos. Pensar es uno de los mayores placeres del ser humano».
>
> Bertolt Brecht. *Vida de Galileo*.

Los ecos del alboroto se escuchan desde el pasillo. Elías acelera el paso, y al cruzar el umbral de la entrada, se arma de decisión. Los alumnos se han sublevado: unos pocos, aún en sus asientos, garabatean mecanicismos en libretas cuadriculadas; la mayoría andan revueltos entre carreras, risas altisonantes y corrillos en torno a un teléfono de contrabando. Los chavales tardan en reparar en la presencia anómala del profesor, y cuando lo hacen, los rumores se propagan remolones, presa de una molicie como reactivo a la exigencia de orden, esfuerzo, concentración y rígida disciplina que se asocia con esos adultos cariacontecidos que capitanean el aula en rachas de cincuenta y cinco minutos. Elías deja su mochila sobre la mesa de gala, da dos palmadas y busca la atención cómplice de éstos, que por un día serán sus pupilos circunstanciales.

—¡Vale! ¡Sentaos! ¡Vamos! ¡Que vuestros culos se fundan en íntima comunión y serena cortesía con vuestras sillas! ¡Culo-silla! ¡Silla-culo! ¡Culo-silla! ¡Así eyaculo! ¡Vamos! ¡Eso es! Apretad fuerte, como si estuvierais cascando nueces con las nalgas, pero sin cagarse encima, al

menos quien no lleve pañal. —Elías se dirige a un muchacho de cabello rubio y alborotado que reta al adulto con la mirada, al tiempo que intercambia expresiones de asombro con sus vecinos de pupitre—. ¡Culo-silla! ¡Silla-culo! ¡Vamos!

—Profe, ¿puedo ir al baño? —pregunta una joven menuda, de voz atiplada y rostro de roedor almizclero.

—¡Tú sabrás! ¿Puedes? —La alumna no comprende la pregunta, y espera de pie junto al profesor, pendiente de los últimos rezagados en tomar asiento—. ¿Te ves capaz de ir a al baño por tu cuenta o necesitas una audioguía con instrucciones invocadas por la voz serena de un creador de contenidos en una plataforma digital?

—Pero… ¿puedo ir?

—Puedes, y debes, si es que puedes, así que la clave está, de nuevo, en saber si puedes. Y yo te pregunto: ¿puedes? ¿Te ves capaz? ¿Estás dispuesta a asumir el reto? ¿Te sientes con ánimo, con fuerzas, esperanza y caridad? ¿Lo has hecho antes? ¿Sabes cómo va el asunto? ¿Tienes claro el diseño de fontanería?

—Es que… Tengo que ir al baño.

—Coño, pues date prisa; no te mees aquí, en mitad de la clase. —Los alumnos ríen sorprendidos por la respuesta del profesor. La alumna sale por la puerta, al tiempo que mira atrás, dudando de si acaso le han concedido permiso para salir, como resulta preceptivo—. ¡Si no llegas, busca un rincón poco concurrido! ¡Y antes de rendirte, avisa a Protección Civil o a los bomberos! ¡No pienses en grifos goteando, ni en Justin Bieber exprimiendo sus morritos contra el cristal! ¿Sabéis quién es Justin Bieber? ¿No? ¡Joder, de la que os habéis librado! Por lo que se ve, la única ventaja de una sociedad tan ansiosa es que hasta la estupidez caduca.

—Profe, ¿tú quién eres?

—¿Cómo te llamas?

—¡Y yo qué sé! —replica Elías, fingiéndose desbordado por las dudas de los chavales—. ¡Vaya preguntas que hacéis! Llamadme como os dé la gana, mientras no sea capullo, que por ese nombre responde la mitad del instituto.

Los alumnos ríen viendo cómo el profesor se encoge de hombros, alza los brazos y niega albergar respuestas coherentes con movimientos espasmódicos de su cabeza. Entre los críos cunde un nuevo bullicio de comentarios que amenaza con alterar su temple, por lo que Elías reconduce la conversación.

—Vuestra profesora de Matemáticas no vendrá hoy y me han enviado a cubrir la guardia. Me han dicho que teníais una montaña de deberes de cálculo para entreteneros.

—¡Los hemos terminado en la hora anterior! –gritan varias voces a coro.

–¿Tampoco habéis tenido profesor antes? —Los muchachos asiente, mientras Elías inspecciona las libretas sobre los pupitres de la primera fila con un rápido vistazo desde su atalaya—. Bueno, ahora me paso y compruebo que todos habéis hecho los ejercicios. Si habéis terminado, podemos bajar al patio y os dejo vandalizar las gradas y saltar los muros cubiertos de alambre de espino, con sus buenas concertinas y trozos de botellas rotas como dientes de sierra.
—No podemos bajar al patio —advierte un alumno con la nariz pegada a su libro de texto—. Sólo nos permiten bajar al patio cuando no ha venido el profe de gimnasia.
—Sólo se puede bajar al patio cuando hay gimnasia. —Elías se mofa del tono relamido del estudiante, con un deje exageradamente pomposo y expresión astringente. Los chavales rompen a reír, y cuando el muchacho imitado levanta la vista, el profesor cambia de expresión, asintiendo de forma ceremonial, sujeto a la barba hirsuta que afina su mentón.
—Profe, ¿tú qué das? —pregunta una joven mulata, de tez brillante y un moño compacto de rizos a la altura de la coronilla.
—¿Yo? Yo doy por saco, no sabes cuánto. —La alumna se desternilla, agitándose en su asiento, envuelta por las carcajadas de sus compañeros—. Chiquilla, ¿a ti qué te pasa? Vuestra compañera ríe como una abuela de ochenta años que hubiera visto un hombre desnudo por primera vez en su vida: «Uh, ¿qué es eso? ¡Una pilila! ¡Parece un gusanito!». —Elías exagera el tono corrosivo de la muchacha, acelerando una hilaridad que se extiende por el aula—. En serio, me estoy acojonando. Parece una sierra mecánica. Ahora le pones un lápiz en la boca y lo reduce a serrín. ¡No para, la tía! A ver si se va a mear encima. ¿Sabéis si vuestra compañera viene de fábrica con botón de apagado? A lo mejor para si aprieto el estropajo que tiene aquí en la cabeza, ¿no?. Chata, ¿cómo te llamas?
—Se llama María Victoria Eugenia, pero todos en clase la llamamos Pocahontas porque cuando estábamos en Primaria siempre llevaba todo de Pocahontas, y ahora no le gusta que le digan eso, pero los niños de…
—¡Para, para! —Elías se acerca al chaval que parlotea como si hubiera estado reteniendo el aire hasta la fractura, y ahora las palabras brotaran en tromba—. ¿Qué te han dado, lengua para desayunar? ¿Cómo te llamas?
—Nacho Seguí Rodríguez, para servirle a usted, a Dios y a la patria. ¡Viva España! ¡Viva el rey! ¡Viva el orden, y viva la ley!
—Mucho tomate junto ahí, ¿no? —Elías aprovecha para merodear entre las filas y columnas de pupitres, comprobando qué alumnos han completado las tareas de Matemáticas, y cuáles tienen pendiente concluir, incluso iniciar los ejercicios que, ahora lo descubre el

docente de guardia, están anotados en la pizarra.
—Profe, ¿estás casado? ¿Tienes hijos? —pregunta una de las niñas que compone la avanzadilla.
—Tengo uno en camino. Mi mujer está embarazada.
—¡Qué bonito! —se derrite de manera impostada la muchacha.
—Eso díselo a mi esposa, que pesa media tonelada y tiene que ir a mear cada dos minutos.
—¡Igual que Nacho! —gritan desde el fondo, favoreciendo las risas contagiosas.
—¿Qué pasa, que vuestro compañero es de gatillo fácil? ¿Cómo era eso que decías antes, Nacho? ¡Viva el rey, viva España, y por la noche meo la cama!
El sonido de las risas sirve de advertencia a Elías, quien teme haberse excedido bajándole los humos al chaval que se ha aventurado a retarle. El profesor se arrepiente de sus excesos verbales, y no tarda en desviar la atención de Nacho, a quien sus compañeros martirizan con su mismo bálsamo.
—¡Vale! ¡Calmaos! Bajad la voz. ¡Calmaos! ¡Eh! Estáis más revueltos que las hormonas de mi mujer.
—¿Qué le pasa a tu mujer? —preguntan desde el fondo.
—Que está de uñas —explica Elías, entre risas—. Hasta que no dé a luz, mejor no cruzarse en su camino.
—Mi padre dice que las embarazadas se vuelven locas —comenta un muchacho con acento meloso, precisamente uno de los alumnos que hace un momento se reía de Nacho y su desgraciado encuentro con la lírica oportunista—. Así que, como tu mujer está embarazada, pues también…
—¿Qué has dicho de mi mujer? —pregunta Elías, pretendiéndose ofendido por el comentario del alumno—. ¿Te acabas de meter con mi santa esposa?
—Como usted ha dicho eso —se defiende inane el chaval—, yo sólo he…
—Espera, que te vas a enterar. —Elías saca su teléfono móvil, busca el contacto de Carla y oprime un botón, fingiendo grabar un mensaje de voz—. Mi amor, ¿cómo te encuentras? Cariño, estoy en el instituto, de guardia en una clase de Primero, y un alumno insiste en que no estás en tus cabales a causa del embarazo, y que deberían quitarte el carnet de conducir, el derecho al sufragio y todos los cuchillos que tengas a mano en la cocina. Estamos en la primera clase del segundo piso, en el pasillo de la derecha, por si quieres venir a hacernos una visita. Te quiero, mi amor.
Elías simula enviar el mensaje, alza la vista y disfruta con la expresión de horror en la mirada del muchacho, a quien ahora los demás martirizan sin piedad. Elías rompe a reír, y el pobre infeliz entiende al

fin que todo ha sido una broma, lo que resulta insólito en un adulto, y mucho más siendo profesor.
—Si aparece una mujer con una sandía bajo el vestido y un cuchillo de carnicero en la mano, ya sabes que viene a por ti.
—Profe —continúa Nacho, señalando a tres compañeros que ocupan una serie de pupitres esquinados—, esos niños estaban jugando con el teléfono móvil antes de que llegaras, y nuestra tutora nos ha dicho que no se puede utilizar el teléfono en el instituto, y que si veíamos a alguien usando el móvil teníamos que...
—Eres un poco chivato, ¿no? —responde Elías, provocando aplausos y gritos entre los infractores señalados por su compañero. El profesor entiende, por las expresiones de los alumnos, que la delación responde a un pulso si no amistoso sí al menos admitido por las distintas partes.
—¡Tienes que quitarles el móvil, profe! –exige Nacho, con una sonrisa maliciosa–. Y ponerles un parte rojo de expulsión. Nos lo ha dicho nuestra tutora, que si vemos a un niño usando el móvil en el instituto debemos decírselo a los profesores para que...
—¡Ostia, este tío no se calla ni bajo el agua! —reacciona Elías, incapaz de frenar la verborrea gárrula del muchacho. El profesor se gana la simpatía de la clase, que vitorea su réplica tajante—. No me digáis que está así siempre.
—Llevamos aguantándolo desde Primaria —interviene la chica a quien apodan Pocahontas.
—Os habéis ganado el cielo. Si yo, que sólo lo conozco desde hace dos minutos, ya ansío tirarlo por la ventana, no quiero pensar sus padres. Si me sale un hijo así, me enfundo en un condón de los pies a la cabeza y me hago un nudo de tres vueltas en la polla.
—De… los… su hermano... —Elías apenas interpreta palabras sueltas en medio del jaleo.
—No me jodas que tienes un hermano, cabeza-mocho —dice el profesor, dirigiéndose a Nacho, quien mira con recelo cómo la broma se alimenta a su costa—. ¿Un hermano mayor o pequeño?
—Pequeño. Se llama Carlos Federico y tiene ocho años, pero es muy canijo y por eso…
—Ostia, pues si es más pequeño que tú, tus padres no tienen excusa. —Elías termina la ronda de comprobaciones, regresando a la cabecera del aula.
—No lo entiendo —protesta Nacho, ligeramente contrariado.
—Te está llamando aborto —le increpa una compañera dos pupitres a su diestra.
—Yo no he llamado aborto a nadie —aclara el profesor, apaciguando a los alumnos con gestos de sosiego—. Lo que digo es que tener hijos siendo los padres de cabeza-mocho es un deporte de riesgo. Es como tirarse de un puente atado con los cordones de las zapatillas a la

baranda.
—¿Puedes ser nuestro profe? —pregunta un chaval de cabello rubio y lacio desde la esquina, bajo un mural elaborado por los estudiantes sobre papel estraza.
—Vosotros no queréis que sea vuestro profesor. Mis alumnos acaban hasta el gorro de mí: no entienden la mitad de mis bromas, y se pierden con la mitad de mis explicaciones, así que no pillan ni la mitad de la mitad de lo que digo… Pelo-paja —continúa Elías, acercándose al pupitre del muchacho rubio, al tiempo que señala al mural—, ¿eso lo habéis hecho vosotros?
—En clase de Sociales —explica el alumno de cabello lacio—. Es una pintura rupestre.
—Está chulo. Apenas se nota que han pasado veinte mil años de evolución. Pelo-paja, ¿cuál has pintado tú?
El muchacho se levanta con orgullo para señalar la silueta en negativo de una mano. Otros alumnos se aventuran a abandonar sus asientos y acuden corriendo para mostrar su contribución. Elías bromea con ellos, y los anima cordialmente a regresar a sus pupitres. Nacho es de los últimos rezagados en acudir a orillas del abrigo paleolítico para reclamar como propio su mendrugo de esta obra colectiva que el interés del adulto ha singularizado.
—Yo he dibujado el que está más arriba. Es un menhir, al que han atado una persona para sacrificarla a los dioses, y el resto de la tribu está bailando mientras arden las llamas del fuego porque el hombre se está quemando vivo…
—Te llamabas Nacho, ¿verdad? —duda el profesor, animando al alumno a que vuelva a su sitio—. Anda, majo, sienta el culo en tu silla… Este tío no para… A ver, Nacho, no es por criticar, pero tu menhir parece algo distinto. No sé si lo ves, pero esa cosa alargada que has dibujado tiene una cabeza ancha y roja en la punta y pelillos en la base. ¿Sabes? ¿Me sigues? Imagínatelo con un par de canicas, así como guisantes, y tal vez te resulte familiar.
—Eso son las llamas.
—Mis huevos. —Los estudiantes ríen de forma histriónica—. Pelo-paja, dime que tú ves lo mismo que yo. ¿A que eso parece una pilila? No me digas que no estás viendo una, grande, libre y bien gorda. Nacho, no quiero criticar tus gustos, pero eso es un pene salpicón de toda la vida. Y encima con un montón de tíos desnudos bailando alrededor. Te has montado una orgía prehistórica de puta madre. Pelo-paja, tú también lo ves, ¿verdad? —El chaval de cabello rubio asiente entre carcajadas lacrimógenas—. Te estás poniendo rojo como un tomate, pelo-paja. Tu cabeza me recuerda a una pintura rupestre. Cálmate, o te va a dar algo.
—¡Va a hacer que pelo-paja se mee encima! —grita un espontáneo de

melena azabache desde la otra esquina del aula, imponiendo su voz distorsionada por encima de las risas.
—¿Que te vas a hacer una qué? —pregunta Elías, fingiendo haber malinterpretado las últimas palabras—. ¿Qué dices de una paja? Esas manos, encima de la mesa, que las vea yo. ¡Esas manos! ¡Eh! ¡Esa mano derecha! ¿¡Dónde va esa mano derecha!? —Los muchachos ríen, y Elías los lleva al paroxismo golpeándose la mano derecha con la palma contraria—. Ostia, pero ¿dónde me he metido yo? Tenéis las paredes llenas de arte homoerótico prehistórico, vuestro compañero se pone palote contemplando el perfil egregio de pelo-paja, la niña del estropajo en la cabeza ha reducido a serrín tres lápices, dos sillas y un armario ropero en los últimos quince minutos, y mi mujer está a punto de entrar por la puerta con un cuchillo jamonero y los ojos inyectados en sangre. Tengo miedo.
La clase entera se entrega al absurdo de los chascarrillos que se suceden, y entre todos sobresale Nacho, que exagera su hilaridad, retorciéndose en su pupitre hasta caer al suelo, para jolgorio de quienes le rodean. Elías entiende en ese momento que debe contenerse, que quizás se ha dejado seducir por un público entregado y que estos excesos podrían llevarle a perder el control del aula.
—A ver, Nacho, deja de hacer el ganso y siéntate bien. Joder, tengo doscientos alumnos y no me sé el nombre de ninguno, salvo el tuyo, y eso que no eres alumno mío. ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? Habrá que decirles a tus padres que te envuelvan en plástico de burbujas para venir al instituto.
—Yo no siento el dolor. La semana pasada, en el patio, unos niños mayores me dieron un balonazo en la espalda y me dejaron una marca roja pero no me hicieron daño…
—Vale, niño-burbuja, cálmate —resopla el profesor, ignorando a Nacho al tiempo que se acerca a la pared del fondo del aula, donde se exhibe una extraña composición con una veintena de folios adheridos al yeso por tiras de celofán—. Hay una cosa que quiero preguntaros desde que he entrado por la puerta. ¿Qué coño es esta mierda que tenéis pegada a la pared?
—Lo hicimos con nuestra tutora —responde una niña, remilgada y soberbia.
—Son cartas de presentación para la clase —explica el muchacho a quien Elías ha martirizado con insinuaciones priápicas—: con nuestras fotografías, el nombre y los apellidos, nuestras aficiones...
—Joder, parecen fichas policiales en una comisaría de Guecho —bromea el profesor—. ¿Quién es… Adela? —Elías se vuelve y sigue los gestos y miradas de los chavales que se dirigen a una niña sentada junto a la entrada—. Adela, dime, ¿en esta foto qué tenías, cuarenta y cinco años? Has traído a la Adela del futuro para que ponga su cara a

tu ficha policial; ¡no es lista la jodida ni nada! No, en serio, tú como poco tienes ya dos hijos, tres hipotecas, dos gatos, un perro con diarrea y las cabezas de seis maridos en el frigorífico. Eres la primera alumna que se jubila antes de terminar la Secundaria.
—También hicimos esos carteles en tutoría —informa ansioso otro de los muchachos. El chaval señala varias cartulinas con ripios que orlan la parte más elevada de las paredes.
—¿Qué coño pone ahí? «La educación es la solución». —Elías rompe a reír como un loco, y los alumnos se dejan llevar por sus excesos—. Pero, ¿qué mierda de frase de autoayuda es esa? ¡Qué mala ostia tiene vuestra tutora! ¿Y en la cartulina de al lado qué pone? No lo veo bien.
—«La empatía es la vía» —lee una alumna sentada en las últimas filas. Elías se tumba de costado sobre la mesa del profesor, donde se retuerce entre carcajadas y lágrimas. Los estudiantes no terminan de entender la actitud del adulto, pero la encuentran tan inusual y desproporcionada que sólo pueden secundarla, dejándose llevar.
—¡Qué mala leche! La educación es la solución, la empatía es la vía y cinco rima con amor, que dice un amigo mío. Me cago en la ostia; doy gracias de no tener vuestra edad. A mí, me viene una tía que moja las bragas pensando en Paulo Coelho con eslóganes para decorar compresas con olor a nubes y le pego fuego al instituto. Ya pasáis suficiente tiempo aquí encerrados, soportando que un profesor tras otro os dé la tabarra, para encima que os traten como si tuvierais la inteligencia de una coliflor.
—Esto es una cárcel —recita el crío de acento meloso y corpulencia prematura a quien Elías ha amenazado con la ira de su esposa. El comentario parece efímero, pero Elías lo encuentra interesante, y no desperdicia la oportunidad que le ofrece.
—Me lo decís mucho, y sí, la verdad, se parece a una cárcel. Tenéis horarios, timbres, patio, funcionarios de prisiones. ¿Alguno sabe para qué venís aquí cada mañana?
—Porque me echan de casa —reconoce una niña, sentada de lado en su silla. Elías asiente y aplaude su colosal franqueza.
—Para aprender cosas y tener un buen trabajo en el futuro.
—Si creéis que eso es verdad, estáis jodidos —sentencia Elías. Las risas se han esfumado, y sólo quedan medias sonrisas complacientes—. Con pocas excepciones, aquí no os preparamos para el mercado laboral, ni siquiera para que encontréis vuestra vocación, ¡ojalá! Aquí os tenemos estabulados mientras vuestros padres van a trabajar o se quedan en casa disfrutando del silencio. Os decimos que, al final de vuestra estancia en este purgatorio, hay una oportunidad de independencia, trabajo, vivienda, coches, viajes, electrodomésticos y comodidad para el que acabe sus estudios, pero hace tiempo que vulneramos ese contrato por vosotros. No. Aquí se viene a aprender obediencia, a

bajar la cabeza, a reconocer el castigo que acompaña a la falta, y así prevenir futuros rebuznos… Es posible que no me estéis entendiendo… No deberíais memorizar gilipolleces ni copiar frases bordadas en los cojines color pastel del dormitorio de un oligofrénico; no. Deberíais venir aquí para conoceros, para saber quiénes sois, qué os interesa, qué habilidades demostráis tener y cuáles necesitáis desarrollar. Deberíais aprender para decidir, y no para que otros escojan por vosotros, porque llegará el día en el que padres y profesores no estaremos, y habremos completado un trabajo de mierda si en ese momento no sabéis qué queréis ni cómo elevar la voz. Deberíais poder confiar en los profesores, en que estamos aquí por vosotros y no para vomitar cuatro consignas y cumplir con el horario. Pero, bueno… Aún quedan veinte minutos. ¿Bajamos al patio con una pelota y nos pegamos cuatro carreras por la banda? ¡Attica! ¡Attica! ¡Attica!

Los chavales asienten, y con ánimo renovado dejan atrás sus cosas y salen por la puerta. Elías se queda con los últimos rezagados. Nacho se acerca a hablar con el grupo que coloniza la esquina; el profesor sigue la escena desde la distancia, a la vez que departe con la estudiante mulata de sonrisa dentada. Los chavales del fondo se agitan divertidos, y en un momento Nacho se mete la mano bajo el pantalón, la encaja entre sus nalgas y acerca los dedos malolientes al rostro de un compañero; después sale ligero, y el muchacho agraviado corre tras él, llamándole a gritos «niño-burbuja».